

ALFAGUARA

Nélida Piñon

Una furtiva lágrima

Narrativa Internacional Traducción de Roser Vilagrassa

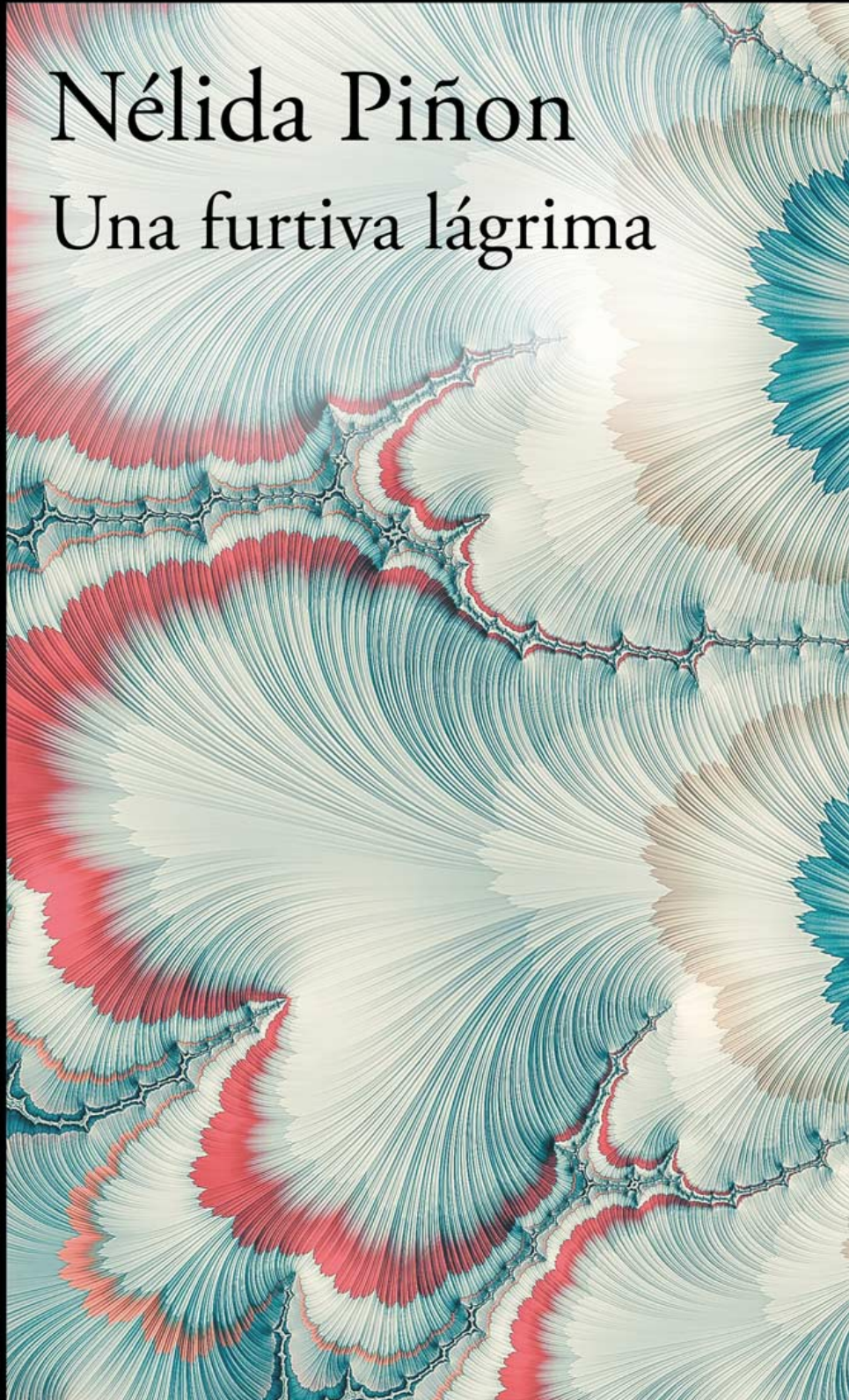


ALFAGUARA

Nélida Piñon

Una furtiva lágrima

Narrativa Internacional Traducción de Roser Vilagrassa



Nélida Piñon

Una furtiva lágrima

Traducción del portugués de Roser Vilagrassa

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

In memoriam
de mi querido

Gravetinho Piñon,
amigo inolvidable

Soy diversa

Hablar en primera persona exige audacia. Pero es una opción natural. Cuando hablo por mí misma, o pienso por mí misma, incorporo a los demás a mi genealogía. No voy sola por el mundo.

Puesto que soy diversa, soy muchas. Mi lenguaje reverbera, tengo la memoria de todos en la psique. Entonces el colectivo empieza a afectarme, se aloja en mi primera persona, que es una experiencia dramática. Al mismo tiempo, es bueno saber que estamos solos en el mundo, que no nacemos de una camada.

Cuando narro mi historia cumplo una serie de pactos, puesto que cuento la trama de todos. Y honro a aquellos con los que comparto vida. Acaba siendo una experiencia que va más allá de la estética, del arte narrativo.

Mi oficio

Escribir es lo que sé hacer. Narrando me introduzco en la corriente sanguínea de lo humano, y de ese modo me aseguro de poder seguir contando los minutos de las vidas ajenas. Pues nada debe olvidarse ni dejarse a la intemperie. Hay que extraer la historia de los sentimientos a partir de la perplejidad que sintió el hombre cuando, en la soledad de la caverna, encendió el primer fuego.

Sentencia

Pensé en escribir un diario breve, un resumen de mis últimos días, según la sentencia del oncólogo que, con parsimonia y convicción, antes incluso de las últimas pruebas, fue concluyente. Me quedaban entre seis meses y un año. Regresé a casa dispuesta a prepararme.

En mi habitación, Gravetinho presiente mi vulnerabilidad. Aunque su naturaleza no tenga control sobre el misterio que me atañe, intuye que, según la opinión médica, estoy al borde de la muerte. Despiadada inminencia.

Con él y Suzy a mi lado, como si me protegieran, doy comienzo al diario de la muerte. Como única redactora. Nadie está autorizado a añadir nada. Si alguien se atreviera a agregar una palabra, envenenaría el final de mi vida.

Mi muerte no es inspiradora, no puede contener rasgos poéticos, correcciones o matices metafóricos. No hay poesía en la muerte. He alejado los lances que adornan la belleza. No los quiero cerca. Condenaré a quien exponga algo que nunca haya pensado, o siquiera he mencionado.

Pese a todo, claudico sin quejarme. Sin emitir sonido alguno que suene a despedida o confesar que no me enorgullezco de la muerte. Sin pedir que me cubran con la misma mortaja que a mi madre.

Con todo, sé a quién quiero a mi lado en el momento de la despedida. Seguramente faltarán algunos nombres, que no puedo invocar ahora porque están lejos o porque me precederán en la partida.

Pienso en la hora de decir adiós instalada en la casa que amo, donde a menudo fui feliz. Un territorio donde me pareció fácil vivir.

Me despediré asumiendo lo que siempre fui, sin descartar ningún estado. Como mujer, brasileña, gallega también, y escritora. Una conjugación de factores que me ayudaron a transitar por las antiguas civilizaciones y por la simbología del mundo. Y hasta por la historia del arte, de las religiones, del amor y de las amistades.

No creo que durante estos años haya renunciado a los fundamentos que heredé desde la cuna, ese legado cargado de tramas, siempre inseparables.

Mientras he podido, he observado los misterios de la fe. He sonreído y llorado ante la adversidad. He amado y he sido amada. He dejado a Dios descansar en mi regazo. Ya solo me queda decir: «Amén».

Fueron dos meses en los que me detuve. Pocos sabían que contaba los días en silencio. Y el silencio renovó mis energías. Simplemente, no quería sufrimiento alguno que pudiera perjudicar mi dignidad. Entretanto, en São Paulo, el veredicto resultó ser erróneo, y me sometí a los tratamientos debidos.

Casi tres años después, ya estoy bien. He resistido, vivo, pienso. Imagino y, sobre todo, escribo. Hete aquí los misterios de la vida.

Estrellas y quimeras

La imaginación es una razón para vivir. Acciona la voracidad y no tiene fin. Es una alfombra que extendiendo a lo largo de la escalinata de la Piazza di Spagna con el pretexto de llegar a las puertas del Hades.

Es una suerte de caja que encierra secretos, sacia el hambre, cede pedazos de la materia capaz de salvarme. Son cortezas de pan, trozos de cristal, un billete arrugado, todo cuanto no reniega del origen humano.

Desde la infancia me he expresado con exageración a favor de un mundo claro, transparente. Apelo a ciertos ejercicios para que la vorágine de la invención me dé aliento. Se trata de un proceso sin interrupciones. Con el primer sorbo de café, intuyo que existe una fórmula que, gracias a su combustión natural, atiza la imaginación, que paga el sudor colectivo con las monedas obtenidas en ese juego de azar.

Atraigo los tesoros a casa siempre que rechazo versiones oficiales. Y es que, cuando me inclino al fracaso, corro el riesgo de atarme al borde del precipicio a esperar que los pájaros me picoteen el hígado.

Dependo de la sinceridad ajena para vivir, de las crueldades y las maravillas inherentes a la locura humana. Claro que tal condición afecta a los efectos de la realidad en mi vida cotidiana. Aun así, acepto ese desbordamiento que me lleva a atravesar la frontera moral que Dante estableció para castigar al adversario.

A cualquier hora, en especial al caer la noche, suelo aguzar la imaginación. Gracias a este ejercicio, es fácil ver los Campos Elíseos más hermosos de lo que suponía, bajo la mirada que me brinda Virgilio, o incluso Eneas en busca de su padre, Anquises. Más tarde la propia imaginación deshace la visión del Hades. Sufro un duro golpe, pero me consuela perpetuar en el recuerdo a los seres queridos que ya han se han ido. Aún me queda la ilusión de zafarme del infierno que el ilustre florentino concibió. De mirar a salvo el firmamento poblado de estrellas y quimeras.

Padre y madre

Padre y madre son los ancestros que encarnan el origen de la civilización. La familia es la tribu que, al traernos al mundo, dicta las reglas y establece la medida del amor y del valor que se concede a las cosas. En su sangre se alojan las taras morales y afectivas que estarán presentes a lo largo de la vida. Y su trabajo es difundir la estética que regirá la conducta y el gusto futuros de sus hijos. Pero ¿cómo soslayar los dictados de la pasión y la ira que se asimilan alrededor del pan familiar?

Estatuto del amor

Conserva a tu hijo entre las paredes de la casa, donde está su hogar. Dale pan, jabón, agua, la cama de cada día. Hazle soñar si le falta capacidad para sorprenderse. Cuéntale historias que él pueda perpetuar en la memoria. Para que tu recuerdo se transforme un día en flecha de plata atravesando la noche de los tiempos.

Frota la espalda de tu mujer con la espuma del amor. Procura que la fuerza de tu impaciencia y tu descuido no hieran jamás la piel de tu compañera. Vigila con atención tu violencia. Es la parte oscura y sórdida de tu alma. La crueldad que ejerces contra tu mujer y tu hijo es un desafío a Dios, pues la rudeza mancilla tu condición de mortal y afecta al lento y difícil proceso civilizador.

No permitas que la familia crea que es una desgracia en tu vida, el peso de la desesperanza, unas cadenas de las que conviene deshacerse en nombre de un corazón indiferente, despiadado, baldío.

No expulses de tu vida a tus seres queridos. No te abandones a ese ensañamiento que, en realidad, refleja la existencia de un corazón que desconoce la utopía, el sueño, los derechos sagrados del hombre.

Que no te arrastre el yugo de tu ira, o dejarás a tu mujer y a tus hijos a merced de la suerte ingrata e indolente.

Defiende al hogar de ti mismo. De tu ferocidad, de tu pasión desenfadada, del ansia de golpear, mutilar, maltratar, como si tan salvaje y falso ejercicio de justicia te atañera.

Evita que tu familia, despojada del hogar, lleve en su alma el estigma del infortunio, arriesgándose a perder la majestad, la autonomía, los derechos humanos que le son inalienables. Y que después de echarla a la calle, desprovista de valor, ostente en su cabeza una corona de hojalata y espinas, manchada de una sangre que no es la de Cristo, sino la derramada por tu arbitrio, tu despotismo, tu prejuicio, tu crueldad, tu cobardía inmisericorde. Gracias a los cuales la tragedia se abate sobre tu casa antes incluso del amanecer.

Acuérdate: privada del palpito del amor, de los gestos de cariño, tu brutalidad quedará grabada a hierro y fuego en la memoria de tus seres queridos.

Tampoco dejes de invitarlos a visitar las dependencias de la casa, del jardín, de la calle, como si fueran todos ellos héroes intrépidos. Ayúdalos a celebrar la presencia humana en el mundo, a recibir de la vida las travesuras de los insurrectos, el espectáculo de los fanfarrones, las revelaciones amorosas que inauguran y renuevan nuestros sentimientos. Solo así, tan pronto se encienda la luz tenue de las farolas, regresarán al hogar sin miedo en el corazón, sin temor a sufrir innumerales humillaciones. A ese hogar que nos reconforta con el simple hecho de girar el pomo; donde las madres, los hijos y los animales domésticos desentrañan los misterios ancestrales, los enigmas del futuro.

Al fin y al cabo, una vida justa y generosa es aquella que jamás apaga las sombras de una casa. No ahuyentes así la convivencia. Procura que el rostro de tu mujer y el de tu hijo se iluminen en un instante, con solo ver la olla de alubias hirviendo al fuego, anunciando el *feijão*, ese plato

brasileño que exalta la paz y la abundancia.

Sobre todo, no usurpes a tu familia sus privilegios naturales. No la envenenes con la amargura de tu pecho. No la amordaces con tu ira. Al contrario, asegúrale la herencia de tus gestos, de las palabras. Recuerda que, por mucho que el corazón humano se obceque en la codicia desmesurada y la ausencia de escrúpulos morales, en ti perdura el ansia del paraíso. Así se logra mantener en la familia la ilusión de ser todos hijos de Dios.

¿Qué seríamos sin aquellos que nos ofrecen la armazón del hogar?, ¿aquellos que batallan para que en nosotros subsista la soberana emoción de saber que formamos parte de una familia que se sucede a sí misma a lo largo de la peregrinación humana?

Y si en el futuro el amor a tu mujer se le agota, no hay motivo para dejar en su lugar los restos del desamor, el estigma de la maldad. Ni una pizca de carne humana merece ser golpeada por la indiferencia, la violencia o la injusticia. Por lo tanto, no abatas a tiros, a golpes, a arañazos, el cuerpo de tu mujer. Forjaste una familia en comunión con ella. Respeta, pues, el derecho que te otorgaron de reproducirte en otro ser, tu hijo. La familia es el fruto de tu humanidad esencial.

Así que no le niegues tu mirada compasiva, las lágrimas ultrajadas por una realidad que traicionó tus sueños. Quienquiera que habite el recinto sagrado de tu hogar heredará tanto tu horror como tu capacidad para maravillarte.

Aprende que el otro es tu hogar. Es tu cuerpo, tu nombre, tu otra cara. Es el envés y el revés de tus entrañas. Es el espejo de tu irrenunciable humanidad.

No esperes a descubrir la indecible gravedad de tu infamia el día en que por obra de tu violencia tu familia sea diezmada. Comprende a tiempo el gozo que sentirías si, en vez de matarla, la llevaras en el pecho mientras aún está viva.

Sumérgete en la liturgia del amor y renuncia a tu ira insensata. El amor es y siempre será tu mejor gesto en la tierra. El único capaz de proyectar luz sobre esta precaria existencia humana.

La belleza

La belleza es vertiginosa. Sacude convicciones, nos lanza a la aventura que proviene de la estética en acción. Cada cual inventa la idea de belleza que más lo favorece, que perpetúa la creencia en el talento humano.

Personalmente, la belleza, incluso la grotesca, me emociona. A veces huyo de su impacto para que no marque a hierro y fuego mi piel de ganado indefenso.

La belleza predica el misterio y es una bendición.

La tragedia

Tarantino se extralimita, pese a su gran talento. Me sirve sangre en la cuchara de la sopa, y yo vomito, me rebelo contra sus excesos. Hace mucho tiempo que evito convivir con la tragedia, con las venas abiertas. O describir el drama que desmerece mi visión del mundo y que, so pretexto de desarrollar una estética patológica, se complace en mutilar partes del cuerpo, bajo la suposición de que me deleito con el horror que el espectáculo humano disemina.

Alejo de mí la vida *in extremis*. Sé, con todo, que la crueldad del planeta es responsabilidad mía. No ignoro los efectos del mal esencial, pero tampoco deseo que esa exposición visceral sea un instrumento del arte. Pienso así porque soy vulnerable a los estertores procedentes de la inquisición, del tráfico de esclavos, del holocausto, de los genocidios sistemáticos, de las guerras religiosas, de la limpieza étnica, del engaño ideológico, de los sótanos de la dictadura.

El mal supera mi imaginación. Sus tentáculos escénicos y musicales confiscan mis creencias, enaltecen la ignominia, borran la imagen del pesebre donde nació Jesús. No quiero estar bajo su vigilancia. Pero me pregunto, a modo de conclusión, ¿cómo defenderme de quien entra en mi salón adornado de rosas de raro fulgor y me lanza el dardo de la traición?

Soy aldeana

Dondequiera que vaya, soy campesina. Desorganizo la vida en nombre de la tradición. Así, cuando me instalo en una pensión, reorganizo la habitación como si fuera a quedarme allí para siempre. También el alma tiende a adaptarse en su afán de acompañar al cuerpo. Quiero que mi vida gire en torno a la cama, un espacio privilegiado para saltar y danzar con quien allí esté.

Me entretengo con humildes celebraciones, con aquello que me habla del apogeo de la vida y me hace olvidar la decrepitud. Cuando me dispongo a dormir, me sumerjo en mi propio espíritu, en mis escombros. Antes dedico un momento a enaltecer algún lugar que, para mí, es profano.

En casa voy de la cocina a la sala con naturalidad. Y cuando me invitan a cenar en morada ajena, ya sea esta majestuosa o modesta, gozo de las excelencias del banquete que me ofrecen con las especias de la vida.

Me falta vocación para ser triste. Tengo la risa fácil. Sin embargo, aunque no lo parezca, también tengo una feroz vocación por la soledad, el lugar metafísico donde mejor me encuentro.

Abraham y Sara

Si observamos el territorio del Oriente Medio de hace milenios, nos enfrentamos al hombre bíblico que, tras ser expulsado del paraíso, quedó aturdido al perder su condición inmortal.

Las circunstancias sumen a este personaje bíblico en la batalla de la supervivencia. En la lucha por obtener, en medio del peligro, licencia para matar, extorsionar y hacer sufrir, privado de sosiego y abundancia.

Bajo la ley que le impone un dios punitivo, este ser humano somete su cuerpo a la extenuación a diario. Por su parte a la mujer, que también está presente, con las piernas abiertas, destrozada, le toca parir a su hijo entre dolores, sangre y heces.

El relato bíblico da inicio a una fábula que difunde el terror como medida preventiva. Para que el hombre sea consciente de que su origen está ligado a la voluntad del creador, para que no olvide el castigo que se le impuso por desobedecer al dios del paraíso, el mismo que pese a ofrecerle las exquisiteces de la tierra no vaciló en aplicar severas sanciones al mínimo desliz.

Asimismo, las teologías refuerzan la suerte humana y confirman el pacto entre Dios y Abraham, del cual surgió la Sagrada Alianza. Un diálogo que, si bien benefició a Abraham, mantuvo a Sara al margen y condenó a la mujer a un castigo histórico, como si lo mereciera.

El universo hebreo, al contrario que los artificios escénicos de los griegos, estaba ocupado por semitas pastoriles que vivían en tiendas, rechazaban el lujo y los gestos elocuentes. Al considerarse a sí mismos el pueblo elegido, aceptaron como parte del acuerdo entre Jehová y Abraham, que respondía por las doce tribus, que Dios, judío como ellos, interviniera en sus preceptos religiosos y los castigara cuando adoraran a dioses paganos.

Jehová, que velaba por su pueblo, ordenó a Abraham que liberara a los suyos de las calamidades climáticas y la amenaza del hambre, que condujera a las tribus hacia Egipto. En el Alto Nilo convivieron con las riquezas del faraón, pese a que este veneraba a dioses injustos.

El silencio de Dios daba a entender su consentimiento para que Abraham cediera a Sara a la codicia del faraón, alianza carnal gracias a la cual los semitas prosperarían. Ya desde el principio se advierte el poco aprecio que Jehová tiene por Sara. Tanto es así que ni siquiera le dirige la palabra, mientras que habla dos veces con Agar, la amante de Abraham.

Tal es la animosidad de Dios hacia aquella que omite comunicarle su inminente maternidad; antes prefiere enviar a Abraham tres ángeles con la misión de anunciarle la gravidez de una Sara incrédula, a la que Dios reprende por sonreír.

Adaptado a la memoria colectiva de Israel, Jehová convierte a Abraham, y al final a Sara, en arquetipos de su pueblo, mitos que escenifican una liturgia que refuerza el propio monoteísmo. Así como la proximidad divina deifica a Abraham y a Sara, la pareja bíblica encarna por un instante la pátina de Dios, la potestad de su expresión. Al fin y al cabo, quién sino Abraham había sido el interlocutor ideal de Dios, ayudando al Señor a conocer a los hombres y a recuperar el diálogo que otrora había existido en el paraíso con Adán y Eva.

Gracias a la incipiente intimidad con el pueblo que deambulaba por el desierto, Dios se

familiarizó con estos seres que, pese a haber sido creados a su imagen y semejanza, jamás habían visto su rostro. En contrapartida, al confirmar que su relato se fundía con la trama de Dios, Abraham conquistaba el derecho a intervenir en la historia de Judea, a reescribirla, a traducir para los demás las intenciones del Señor en cuyo nombre hablaba. Y sin duda semejante atributo le daba la oportunidad de apoderarse de la palabra divina y concederle un sentido tal vez contrario al que Dios pretendía.

¿Acaso podrían culparlo por interpretar la palabra de Dios a su manera? Hasta entonces él y su pueblo habían vivido inmersos en el profundo misterio, sin obtener jamás una respuesta que guiara sus vacilaciones; perdidos en una realidad cruel que, sin embargo, parecía surgir a veces de milagros sucesivos, de la creencia de que Dios jamás los abandonaría a su suerte.

Tras cederle su mujer al faraón, Abraham se sintió un hombre nuevo. Para salvar a su gente, había actuado con corrección y había intuido que contaba con la comprensión de Dios. Sara había obedecido a su esposo sin tejer intrigas. Condicionado por la fuerza de su fe, que era un remedo de la voluntad de Jehová, Abraham acabó siendo el responsable de la manifestación del universo judeocristiano.

La complacencia de Dios lo había convencido de que se sentaba a su derecha y por tanto era digno de aspirar a aquello que estaba prohibido al ser humano. Una suerte de supremacía que acaecía a menudo a los personajes de la Biblia, a los santos poscristianos que, juzgándose por encima de los demás, se tomaron la libertad de inventarse cualquier cosa. Síndrome que padecen también los narradores, pues mientras desarrollan su obra sienten que están libres de error y de culpa. Incluida yo.

Galicia

Guardo Galicia en el hueco de la memoria. Cuando hablo de esta tierra, llevo sus leyendas en mi pecho. Ellas me alimentan. Pero no actualizo los mitos gallegos con la intención de hacerlos contemporáneos. ¿Para qué? No quiero pintarlos a la moda, con andrajos que parezcan falsos.

Los mitos no se modernizan. Después de todo, la esencia mítica de aquella tierra se extiende más allá de las aldeas que amé. Así, cuando menciono los hórreos que adornan el paisaje gallego falseo los sentimientos. Porque en casa de la abuela Isolina los llamaban «canastros». Alguien me indujo al error, pero poco importa. Es legítimo transmitir estas visiones por el mundo, aun cuando hablo de la contemporaneidad.

No tardé en indagar sobre el recorrido del inmigrante. No conocía bien sus sufrimientos e ilusiones. Solo a medias. ¿Cómo iba a entender, pues, sus secretos?

Esta cuestión aún hoy me conmueve. Me llega al corazón con una fuerza persistente. Reconozco que pongo excesivo énfasis en mi llegada a Vigo, en el momento en que, siendo todavía una niña, vi la tierra desde la cubierta del barco y todo me pareció inhóspito, frío. Las mujeres nos saludaban vestidas de negro, desde su eterno luto. Sin embargo, me bastó ver una única vez el puente medieval y la capillita a la entrada de Borela para jurar amor imperecedero a aquella tierra. Y he cumplido mi palabra hasta el día de hoy.

Suzy

Suzy Piñon nació en Teresópolis, en el Morro do Tiro. No conocí el lugar donde nació, pero debía de ser humilde. Vivía en el seno de una familia que criaba cachorros y los vendía. Nunca tuvo una cama, una vida privada, un espacio propio.

Unos amigos, Marina y Renan, la descubrieron y la llevaron a Lagoa cuando ya tenía cuatro años de vida, después de haber parido una camada. Esa maternidad me angustia, me persigue la imagen de la perra rodeada de sus cachorritos, arrancados de las tetas maternas.

Busco en su mirada huellas de la violencia que sufrió. Y no me resigno a la idea de no haber estado a su lado para protegerla, para impedir aquel acto bárbaro. Imagino que perdió la mitad de su vida cuando le quitaron a sus hijos, que yo no tengo modo de devolverle, como tampoco puedo revocar un sentimiento que nunca se extinguirá. Quisiera arrancar las espinas que tiene clavadas en el corazón.

En 2014, cuando entró en la casa de Lagoa en brazos de Marina, sentí al verla el mismo asombro que Gravetinho me despertó cuando, muchos años antes, lo recibí en la misma puerta, y él, aposentado en la alfombra de la escalera, se resistía a avanzar, pues esperaba a Elza, su madre hasta entonces, que tardaba en llegar porque subía en otro ascensor.

Me enamoré de Suzy y no quise perderla. Me resistí a devolverla a su casa de Teresópolis, como había prometido a su dueña. Pues el propósito del viaje a Río era cruzarla con Gravetinho, que, por circunstancias adversas, a pesar de varios intentos consecutivos pero infructuosos, no había conocido las delicias del amor, fuera o no fuera conyugal.

Cuando la vi allí, tan pequeña y bajita, con el pelaje castaño y corto, sus orejas largas me sorprendieron. Eran un par de auriculares que detectaban los ruidos del mundo y la ponían sobre aviso de cualquier peligro inminente. Pero debía cumplir el compromiso asumido de devolverla después de cruzarla con Gravetinho, lo cual no llegó a ocurrir porque Suzy no estaba en celo.

Marina fue hasta Teresópolis para comprarla a cualquier precio. A pesar del escaso tiempo de convivencia con ella, yo ya no podía prescindir de su presencia. La amaba, y me habría dolido sobremanera perderla.

En cualquier caso, Suzy fue muy cauta al principio, y jamás se rindió a Gravetinho, hasta entonces el señor supremo del feudo. Seguramente él sufría con aquella aparición indeseada. No veía por qué tenía que aceptar una compañera que no había pedido. ¿Acaso debía renunciar a la soledad, a la comodidad de considerar la casa solo suya, porque era una hembra destinada a proporcionarle en los días venideros un placer que jamás había conocido?

La historia es larga. Y, aunque luego convivieran durante años en la misma casa, creo que nunca se gustaron.

El verano wagneriano

El verano brasileño es inhumano, pero acepta desafueros, blasfemias, desnudez y sexo exasperado. Quienes se hallaban encerrados en una jaula se liberan dando rienda suelta al desenfreno.

Cierto verano, yo vivía con la expectativa de ir a Bayreuth el mes de agosto. Éramos una pequeña tribu, conformada por Marília Pêra, Bruno Faria y Roberto Halbouti, que se preparaba para viajar al universo inmemorial de Richard Wagner que nos acogería.

Hasta la víspera del viaje, yo consumía los días en casa escuchando el ciclo del *Anillo*, a la par que estudiaba el pensamiento del compositor, que aún en la actualidad dificulta la representación de sus óperas en ciertos países.

Disfruto de su música a la espera de que algún acorde insospechado o alguna frase melódica sacuda de pronto mi vida apacible y la fracture en mil pedazos, bajo los efectos de la pasión que irradia. Sobre todo cuando estoy instalada en la platea del teatro, en un asiento duro de madera, sin relleno ni brazos, que el propio autor concibió con la intención de impedir el sueño al espectador. Y cuando estoy expuesta a una partitura sublime, que derrama abundancia sobre mi cuerpo, mientras recibo el beneplácito del Valhalla.

Inmersa en la atmósfera mítica de Wagner, adquiero una nueva dimensión. Me es fácil abandonar los recintos de la literatura y convertirme en Isolda, o incluso en Brunilda. Cualquier papel sirve a mi propósito de pedir prestado a estas heroínas los pedazos esenciales con los que formar el mosaico de sus personajes.

Con qué excelso gozo pisaría el palco wagneriano para contribuir a su obra. Concentrada en un papel que me hiciera olvidar al público dispuesto a crucificarme al final de la jornada canora. El delirio resultante de cada nota que emitiera fortalecería o profanaría la persona que soy. Junto con mis agudos pasionales predicaría los postulados germánicos que recuerdan los mitos griegos.

Sin embargo, ¿sería equiparable esa sensación arrebatadora nacida en un palco de Bayreuth a ascender sola el Anapurna, o a filtrar, cual escritora desamparada, las palabras procedentes de las corrientes más profundas del Rin?

Incluso en el teatro concebido al detalle por Wagner, me invade el recuerdo de Río de Janeiro, víctima del calor que me moldea. No obstante, dado mi compromiso de interpretar el mundo, pongo mi imaginación al servicio de lo que dictan las óperas a las que asistiré los próximos días en compañía de amigos.

Durante esos días alemanes, escogí para leer *El pensamiento de Montesquieu*, de Carmen Iglesias. La historiadora española me ayuda a entender el desgobierno del mundo y los efectos del pensamiento del francés en la contemporaneidad actual. Mientras, remato mi obsesión verbal aplicando mi espíritu arcaico a la consulta de aquellos mitos que exigen mi hospitalidad. Los inmortales que igualmente habitan Wagner refuerzan las relecturas de Joseph Campbell, Machado de Assis y Álvaro Cunqueiro; todos ellos, intérpretes del imaginario occidental.

Desde la cuna

Convocada desde muy temprano a fundir las tradiciones brasileñas y españolas, ambas la fuente de mi lenguaje, el palimpsesto de mi fabulación, me complace pensar que también heredé los pigmentos y la emotividad de todos los pueblos.

Por consiguiente, me atrevo a concebir el mundo como una ficción. La palabra, como elemento de uso común, propicia la invención que tamiza las impurezas de lo cotidiano y permite transmitir la grandeza propia del día a día. El arte es lo concreto. Empiezo cada relato partiendo de esta creencia, y declaro con naturalidad que el hogar gallego donde nací no me oprimió ni me cegó. Sus ocupantes no parecían inclinados a solapar las iniciativas libertarias supuestamente habidas en la nueva tierra, con todo aún por hacer. Actuaban como si no llevaran en el alma el daño que Castilla, la nobleza feudal de la región o el clero dominante infligieron en su momento a Galicia. Nunca percibí en el abuelo Daniel, ni en sus hijos, indicios de servilismo.

Así, libre de las muchas sanciones que podrían haberme aplicado, no viví bajo el signo de normas intransigentes que adiestraran mi imaginación o me cortaran las alas, haciendo de mí una mujer híbrida, incapaz de amar mi patria y la de mis ancestros. Nunca tuve que mirar a España con resentimiento por haber expulsado de sus aldeas a mi pueblo. Al contrario, disfruté de ambas culturas con patente exaltación.

Gracias a esta discreta libertad, sucumbí a las distintas formas de arte. Empecé a practicar con audacia el lenguaje de lo cotidiano que circulaba por la casa. Y, fascinada con la promesa de visitar un día España, los relatos familiares me iban preparando para un viaje que finalmente se realizó.

Una vez en casa de la abuela Isolina, en la aldea de Borela, conviví con la naturaleza gallega. Comulgué con el mundo arcaico, con las cantigas de Martín Codax, la poesía de Rosalía de Castro, el castellano de Cervantes. Sobre todo, con la materia de la especie humana, con sus contribuciones a la memoria infantil que hasta entonces había acumulado acontecimientos brasileños y ahora se preparaba para recibir el impacto de las emociones procedentes de aquel universo distinto. Fue como haber nacido de nuevo. Esto me obliga a honrar hasta hoy la carga de muchos recuerdos, y el júbilo de un viaje iniciático.

Ese tiempo en España se prolongó casi dos años, y gracias a él llevo auestas otro hogar, además del brasileño. Como si a mi vocación de escritora no le bastara contar con una patria como Brasil y tuviera ahora que responder a los dislates de diversas herencias. Así pues, me movía el ansia por la vida que sentí desde la más tierna edad, cuando exigía un caudal de aciertos y desaciertos, de historias vividas por Cleopatra, Semíramis, Aníbal y sus infelices elefantes.

Aquella temporada española que pasé en Borela, Cotobade, en casa de la abuela Isolina, con esporádicas visitas a Portugal, me brindó una comunión con la naturaleza gallega y el mundo ancestral, cual druida celta postrado en actitud de adoración ante los árboles. Me sentía como el mitológico Atlas, sosteniendo la esfera celeste en las manos, mientras asimilaba, intrépida, la geografía, el campo y la montaña, las leyendas, la brujería, las lenguas gallega y castellana, las

fiestas de verano, los aromas, la comida, las costumbres locales, el sustrato, en fin, de la grey de la que descendía.

Participar de la gloria y la vileza conjuntas, de las ceremonias sigilosas, me hacía sentir que estaba condenada a vivir con intensidad. Y, por lo tanto, era grande la tentación de inventar el país de mi familia, al que había llegado aquel noviembre, rodeada de una cultura que no tenía desperdicio. Y nadie veía ni sabía que todos esos fenómenos modestos sucedían justo cuando mi cuerpo despertaba; solo yo, con el propósito de relatarlos en el futuro.

Una zapatilla roja

Soy ciudadana de la miseria y la esperanza. Apenas despierto, la vida cotidiana me abrumba o me distrae. Porque quiere abolir lo esencial, sin darme tiempo a identificar aciertos y desaciertos, a adherirme a las virtudes de antaño, a memorizar ciertos hechos.

Estando una vez en Montecarlo cuando era joven, me asomé desde el baluarte del puente del casino bajo el que pasaba el tren. Tradicionalmente, en el pasado, el lugar atraía a visitantes desesperados que recurrían al suicidio en cuanto perdían su fortuna en la ruleta. Había quien hacía lo mismo por otros motivos. En aquella época me afectó mucho recordar a Moira Shearer en el papel de bailarina en la película *Las zapatillas rojas*, arrojándose, justo desde donde yo me hallaba, a las vías del tren que se acercaba a gran velocidad.

Según la historia —por alguna razón que no recuerdo—, la muchacha estaba condenada a no poder quitarse jamás unas zapatillas que, una vez puestas, la obligaban a bailar sin tregua, sin el menor descanso. Esta maldición la llevaba al agotamiento físico y psicológico. Y, al fin, con los nervios destrozados, se arrojaba sin más remedio a las vías para poder descansar.

Me acompañaban mi madre y Tiazinha; mientras recorrían, distraídas, los salones iluminados del casino, atraídas por el lustre de los cristales, yo, quieta desde mi lugar, no apartaba la vista de los rostros tensos y contraídos de quienes jugaban a la ruleta que dirigía el crupier, con la expectativa de hacer saltar la banca. Cerca como estaba de ellos, me llegaban indescifrables expresiones de desesperación. Ya había leído *El jugador*, de Dostoievski, que me transmitió un conocimiento trágico, aplicado en esta ocasión a la existencia de la mesa verde sobre la que rodaban las fichas.

La pasión que mostraban aquellos hombres y mujeres vestidos con elegancia me despertaba una curiosidad desconcertante. Incluso contando con la ventaja del poder narrativo, y didáctico, del escritor ruso, el hechizo que había impulsado a la bailarina y a los jugadores al abismo me desorientaba. Era incapaz de entender qué había en el subsuelo humano, algo más fuerte que la vida, la salud mental, la dignidad. ¿Acaso buscaban dinero, gloria, la confirmación de que había que desafiar la vida porque era frágil?

Indiferentes a mi mirada, o a mi cuerpo joven, que aún no inspiraba el deseo sexual, los jugadores proseguían con la misma devoción que Dostoievski había plasmado con inédita maestría en su personaje.

Aún hoy me pregunto si también soy víctima de la pasión de la escritura que derrama lava a mi paso. Si sería capaz de arriesgar valores como la dignidad y el dinero a fin de asegurarme una maléfica felicidad enclavada en el interior del infierno humano.

Es más, me pregunto qué me impediría cometer locuras. Si estaría dispuesta a rendir tributo a esa misma promesa de felicidad sin saber cómo sería. Y dónde ocultaría la flaqueza que me habría llevado al desatino, a arrojarme a las vías del tren en busca del arte, de aquellos manuscritos cuyas páginas revoloteaban, sueltas, sobre la ruleta del casino de Montecarlo. ¿Qué habría significado mi apego a la vida?

Estas consideraciones no me sientan bien. Conviene interrumpir el sueño y la pesadilla, materias corrosivas que el casino de Montecarlo evoca. Y regresar, al fin, a Brasil para reducir el margen de mis errores. Pero sospecho que de nada sirve este propósito. El peligro está en aquello que existe a mi alrededor y no distingo, todo lo que es capaz de contaminar mi existencia. Tal vez deba esperar que el as de oros escondido en las manos del crupier de Montecarlo me augure un porvenir compasivo.

Resumen

En una frase intento resumir quién soy, qué pienso en el instante de la creación. La acumulación de frases, a poco de componer un libro, realza una memoria literaria que revela lecturas, enjuiciamientos, analogías. Cierta materia prima a la que me aferro, pero de la que me cuido, pues así me lo aconseja la imaginación. Según ella, conviene crear sin oponer defensa ni razón, con vulnerabilidad. Y, preferentemente, que rijan la insensatez.

Ahora bien, los consejos derivados de mi filosofía no sirven para nada. Mi carne está indefensa y tiende a desgovernarse. De muy temprano me llamó la atención que todas las civilizaciones hubieran producido mitos. Estos me fascinaron desde las primeras lecturas. Me resultaba natural convocarlos a mi vera para que participaran del festín del hogar gallego. En la mesa puesta siempre había lugar para uno más.

Y, con igual tenor persuasivo, vigilaba a los funámbulos, a los vagabundos, a los juglares, para luego incorporarlos al arte de fabular. Los viajeros solían recorrer Europa a pie predicando doctrinas o herejías, diseminando apostasías o las novedades que iban surgiendo. Como Erasmo de Róterdam y Maimónides, que tal vez huyeran de recintos nauseabundos donde las ideas no se aireaban. Aunque en la soledad del descampado, bajo el firmamento, estaban a merced de los asaltantes.

La lectura fomentó mi aprecio por tales periplos medievales. Yo imaginaba aquello que omitían. Apuntaba a sus secretos corazones. Estos ejercicios, desprovistos de doctrina, de vínculos con la familia y la patria, estimulaban la escritura. No me obligaban a anticipar mis sueños, ni a confesarlos. La única promesa que debía cumplir era meramente literaria.

A pesar de alimentar mi insaciable curiosidad, aún hoy evito hacer preguntas indiscretas, por costumbre heredada de mi madre. Y aprecio a quien me interroga a mí con sutileza, dándome margen para ser vaga e imaginativa, sin tener la obligación de responder. El diálogo de orillas secretas irradia verdades latentes.

Aunque ahora escriba con experiencia, me superan las películas que exceden los límites de la realidad razonable. Los excesos de la imaginación, sus descabros, me exaltan. Puedo abolir cualquier lógica siempre y cuando el instinto de supervivencia del héroe, puesto a prueba frente al peligro, me pregunte si estoy contenta con el resultado obtenido. De este modo acumulo leyendas, relatos, adquiero el don de la ubicuidad para narrar, la habilidad de ocultarme allí donde está la palabra, la ventaja de abrir la puerta de casa para que los personajes se instalen entre mis cojines, bajo la promesa de no perjudicarlos con mi texto.

No les pido que se rindan ante mí, como tampoco a los amigos. Por mucho que tuvieran que tener en consideración quién soy. Alguien que renunció a una existencia cómoda para crear vínculos con estéticas sofocantes, y que aceptó las garras abusivas de la conciencia moral que nos perturba todas las mañanas.

¿Y cuánto me queda por decir porque la vida me distrajo?

Palabras al viento

Nací en Río de Janeiro, en la zona norte, en el siglo XX. Me aventuré a vivir desde la infancia épocas pretéritas, fundacionales. Así abandonaba un siglo a favor de otro. Me refugiaba en esas épocas remotas, atraída por sus narraciones, como si fuera una peregrina, una nómada, un caminante del medievo.

La sed de saber y la imaginación me distanciaron de las paredes de casa. De niña, soñaba con no dormir dos noches seguidas bajo un mismo techo. Lema que hoy mantengo, escudada en la imaginación. También quería ser simplemente anónima, pero sin por ello perder mi identidad.

Me estimulaba inventarme vidas diversas que adornaran la mía. Me soñaba rodeada de héroes, de seres magníficos. Hermes me atraía en especial por el casco que lo volvía invisible en cuanto se lo ponía. De esta forma podía instalarme en medio de cualquier lugar vecino y frecuentar cualquier realidad ajena que codiciara, y ser mil personas a la vez.

El siglo XVI

Siento un gran aprecio por el siglo XVI. Proclamó las ideas del individualismo y la existencia de América, y consolidó el concepto de nación. Nos convenció de que el sentimiento del trabajo, como hoy lo conocemos, surgió del mundo protestante, recién inaugurado entonces, a pesar del rechazo de Carlos V y de Roma, que vendía indulgencias a los crédulos.

Los hijos de Lutero, de exquisito rigor teológico, avalaron su doctrina defendiendo un nuevo orden en el que el trabajo destacaba como valor moral irrecusable. Por su parte los católicos, mientras fundaban los cimientos de un capitalismo creciente y tras haber perdido media Europa a consecuencia de las desavenencias religiosas y el retiro de Carlos V al monasterio de Yuste, osaron declarar que el trabajo físico era un acto despreciable, propio de las clases populares. Las tareas incompatibles con la élite correspondían al pueblo.

Tal concepto, que el implacable Concilio de Trento llevó hasta sus últimas consecuencias, impulsó a portugueses y españoles (cuyos modelos sociales heredamos nosotros, los brasileños) a un rechazo ostensivo de la fuerza de trabajo, a una adopción tardía de las prácticas igualitarias y a la conservación de valores esclavistas.

Así, determinadas clases sociales de algunos países europeos, bajo imposición parasitaria, se refugiaron en la corte o en sus inmediaciones, junto a la burocracia ascendente, en un dramático afán de prosperar. Dicha ambición requería ardid para concretarse. Había que desarrollar al máximo el arte del disimulo, ocultar cualquier rastro de decadencia, hacer creer a los demás que la fortuna todavía les sonreía y que no les faltaban condiciones para convivir con la nobleza y merecer las distinciones que el rey repartía.

Era habitual que los hidalgos arruinados, medio famélicos, se ensuciaran el pelo y la barba con restos de pan duro antes de salir de casa en busca de fortuna. Creían así convencer a los demás de que provenían de una casa rica: la prueba era que acababan de disfrutar de una comida fastuosa. Así, sucios y maltrechos a los ojos de todos, acababan siendo objeto de la envidia ajena. Si bien no trabajaban ni poseían fortuna, era evidente que frecuentaban los salones de los nobles que se beneficiaban de lo que producían los siervos.

De modo que mientras los protestantes enaltecían el trabajo, convirtiéndose en mentores y amos del capitalismo y los medios de producción, los católicos, hijos del atraso impuesto por la Contrarreforma, postergaban su acceso a un futuro que tendía a subsanar las injusticias sociales y a proporcionar la redención moral.

La medida del hogar

El hogar es insuficiente. Conviene abandonar los límites espasmódicos de la vida cotidiana. Viajar como quien sale de su ciudad y visita, como por milagro, el medievo, el culmen del gótico, los ejemplos civilizadores sin los cuales el cerebro sería de piedra.

Y, tras emprender esta iniciativa, regresar a casa con nuevo aplomo. Exhibir costumbres relajadas a la vez que elegantes. Ser capaz de echar pestes, beber cerveza tibia, echarse a llorar como le ocurrió al cruzar las puertas de la catedral de Sevilla; de aplaudir el flamenco que acaso João Cabral, hombre peculiar que odiaba la música, habría amado; de saludar la bandera brasileña, novedad que hiere el escepticismo de tantos; o escribir en un billete de metro francés un juramento de amor para deslizarlo en la taquilla al salir.

Comoquiera que actuara este personaje, tal vez aprendió que sin el prójimo no es más que un vulgar vagabundo que no tiene donde caerse muerto, excluido de cualquier trámite civilizado, incapaz de contribuir a la grandeza de sus iguales, ni siquiera a la de un hijo que aún no ha nacido.

Es posible que así sea cuando llame a la puerta de su casa después de perder la llave y considerarse indigno de pedir una copia, sobre todo porque durante meses no ha dado noticias a su esposa preñada ni a su propia madre. Pero al ser recibido como si nunca se hubiera ausentado, si bien sin entusiasmo amoroso, echa sobre la mesa de la cena, decorada con un racimo de plátanos brasileños, el regalo que la familia esperaba recibir algún día y que tanto tardaba en llegar: un repertorio de maravillas que lo facultan entre los familiares que carecen del conocimiento que lo ha convertido en un hombre nuevo.

Todos los viajes impulsan al individuo a crecer.

Las suelas gastadas

Con todo, sigo adelante, araño las calles con las suelas gastadas y borro las malélicas frases anunciadas en los edificios abandonados. Esta es la imagen que me viene a la cabeza cuando pienso que en breve el caminante fallecerá y todo seguirá como cuando estaba vivo.

Pero estoy alerta, el cuerpo resiste los embates. Tengo hambre, la misma que acometía a Gravetinho cuando me miraba fijamente con los ojos abiertos, reclamando su plato cuando le tocaba comer, y yo me enternecía como si su existencia justificara la mía. Y con esta declaración recuerdo el día en que Carlos Heitor Cony, en la Academia Brasileira de Letras, confesó, emocionado, que jamás había querido tanto a nadie como a Mila, su perra amiga, y que nadie lo había querido tanto como ella.

Decido instalarme en el Paladino, cuyos bocadillos restauran las fuerzas. Aprovecho para comprar el queso Reno, con un envoltorio que consiste en una lata inexpugnable que se resiste al abridor moderno. A propósito de esto, en cierto viaje a Barcelona regalé a unos amigos este queso, que fue aplaudido por todos. No me di cuenta hasta meses después del hecho de que ninguno de ellos, durante mi ausencia, logró abrir la lata y descubrir el secreto que contenía. De vuelta a la península ibérica, lamentando mi fracaso, insistí en el Reno. Esta vez, provista de diez quesos en la maleta como regalo y el mismo número de abridores tradicionales y modestos, los únicos capaces de derribar las murallas de Jericó que protegen el queso.

Fue una gran alegría para Carmen y Lluís. Por fin, después de una larga espera, pudieron degustar el queso brasileño del que les había hablado con genuino fervor.

Junto al fuego

Al igual que todo el mundo, yo soy un espectáculo al completo. El telón de fondo del teatro revela al detalle aquello que me caracteriza. En este escenario cuyo entarimado cruje, me siento feliz entre mis aciertos y mis fracasos. Mis preciosos bienes. Los que dejaré como legado.

La primera vida

La vida no era entonces como yo la veía, algo que se dejaba tocar, que me instruía. No se correspondía con las fantasías que yo recogía aquí y allá, agradecida. El entramado iba más allá de lo previsto, de lo obvio, del simple tacto.

En esta madurez mía, los recuerdos aparecen y luego se eclipsan. Vivo en vísperas de la despedida, o de la capitulación final. Me conmuevo cuando según qué memorias llaman a la puerta; me ocupo un momento de ellas, pero luego sigo con otros quehaceres.

Los jueves y los domingos eran días felices. Mi madre nos daba rienda suelta a mí y a Teresa, la hermana de mi padre por el lado paterno, y abríamos nuestros corazones a la emoción que ofrecían el cine y el teatro. Cruzábamos la frontera del hogar para ser recibidas por reyes, princesas, asaltantes, asesinos, amantes apasionados, ataviados con vestidos de gala o andrajos, según las directrices de la historia que hubiera determinado el autor. No era fácil, sin embargo, alterar el ritmo doméstico, recibir aquel soplo que venía de lejos. Las aventuras de *Robin Hood*, de *Winnetou*, de *Hamlet*, que vi de niña gracias a la benevolencia de Pascoal Carlos Magno, que permitió mi entrada en el teatro a pesar de mi edad. El ambiente de los países que filmaban o escenificaban la vida.

Al considerarlos días sagrados, de celebración, después solíamos merendar en la Americana o en el centro de Cinelândia. Pedíamos un helado de bolas de colores y un gofre que compartíamos las dos, rebosante de mantequilla procedente de una vaca que aún pastaba en las colinas de São Lourenço. Todo esto nos causaba una emoción comparable a la de subir a una montaña rusa. O al efecto de las espinacas que ingería el marinero Popeye, el pretendiente de Olivia.

Gracias a la generosidad que mi madre prodigaba los domingos, comprábamos, antes de asistir a una sesión de la orquesta sinfónica, en la estrecha bombonería de la calle Álvaro Alvim que había al lado del monumental teatro, unos dulces de damasco con los que todavía sueño, que se deshacían en la boca.

Empeñados como estaban mis padres en invertir en mi educación, frecuenté el teatro dramático y cómico a partir de los nueve años. En el palco, normalmente el del teatro Serrador, en la calle Senador Dantas, veía en carne y hueso, en papeles que no siempre eran compatibles con los actores pero que hacían florecer en mi interior el sentido de la ilusión, a Dulcina, Odilon, Alda Garrido, Eva Tudor, Procópio y Dercy Gonçalves.

Me encantó que mis padres se atrevieran a dar el siguiente paso y me inscribieran en el templo del arte, el Teatro Municipal, donde viví, ya no de referencias, sino de sensaciones tormentosas y auspiciosas que se alternaban sin darles yo permiso. Era un territorio en el que podía ser, de repente, un pigmeo o un gigante. Mientras aprendía en poco tiempo que el mundo del arte, con la presencia de cierta arbitrariedad, era revolucionario, trasladaba milagrosamente el mundo al escenario. Y la medalla de grandeza que provenía del talento humano.

Así, el Teatro Municipal se convirtió, como tantas veces repito, en mi segunda casa. Poco a poco empecé a intuir que las dimensiones de aquel palco expulsaban cualquier cosa que emanara

de lo humano, para abrigar y dar expresión a aquello que legitimara al hombre. Sobre sus tablas únicamente sobreviviría —en medio del triunfo, las aventuras, los sentimientos, la ambigüedad, los enigmas en torno a la entidad del teatro, profana y sagrada, portadora de la voz colectiva— aquello que se adaptara a su grandeza. Al fin y al cabo, ¿cómo dudar de los preciosos registros que emite la voz humana, en cuya estridencia y reverberación subyacen la poesía del texto y lo contrario de su enunciado? Pues cuando el actor deflagraba la materia prima por la que respondía, su voz recreaba el sueño, el deseo, la ambición, la lujuria, la sangre derramada.

En aquella morada mágica cuyo gigantesco proscenio engullía mi cabeza y mis lágrimas, yo absorbía una vida sin cobros, recibos ni pagarés. Una libertad sin freno ni estigma, que no requería palabras. Era una época de buenas cosechas, de vacas gordas. No tenía por qué probar el pan ácimo ni ser sacrificada como Ifigenia por su padre, Agamenón.

Artemisa

Me atrae la carga simbólica que concentra Artemisa. Siempre ha sido una presencia anunciada. La diosa, hermana de Apolo, adquiere fuerza en la tradición griega gracias a las acciones y los atributos míticos que la envuelven.

Aunque se la considere una cazadora que, sobre todo, protegía a los animales al servicio de su templo, Artemisa se inmiscuía en asuntos banales de la vida cotidiana. Así, asume el cometido de educar a las doncellas nobles aplicadas en sus cuidados. A través de la convivencia diaria, les imponía preceptos, una severa disciplina, el espíritu de la obediencia, con el fin de desarmar cualquier acto de rebeldía que surgiera de sus almas juveniles. Actuaba cual precursora de las órdenes religiosas medievales, de cuyo código no podía desviarse bajo ninguna circunstancia. Y lo hacía con el deliberado propósito de prepararlas para una vida conyugal que nada tendría de amena.

Entregadas a su dominio, las jóvenes, desvalidas en ausencia de sus familiares, se dejaban moldear fácilmente por la diosa. Crédulas, sensibles, dúctiles, atendían a sus enseñanzas rigurosas como si estas procedieran, no ya de Artemisa, sino de Zeus y el conjunto de sus subordinados deificados.

La diosa jamás aceptaba contestaciones. Escuchaba confidencias ocasionales, clamores cíclicos entre las muchachas, pero luego sofocaba la menor rebeldía, duda o melancolía. Había que impulsar una pedagogía cuyo fin último era domesticarlas.

Como deidad que todo lo prevenía, conocía los elementos salvajes que habitan en la mujer, que le correspondía exorcizar para garantizar el orden social. Para ello adoptaba medidas extremas, como sacrificar su pelo con un corte casi a ras del cuero cabelludo con el propósito de desfigurar su belleza antes de devolverlas a la urbe.

Un cuadro en vivo contraste con los esposos, cuya cabellera hirsuta, semejante al pelaje de un animal de radiante opulencia, imponía sobre las prometidas una firmeza fundada en una estética autoritaria. Eran confiadas a un hogar en el que imperaban maridos que exhibían su musculatura, intimidantes, que evitaban atenuar una situación penosa para sus esposas. Pero se sabía con seguridad que, habiendo estado estas jóvenes bajo el cuidado de Artemisa, estaban preparadas para la obediencia conyugal.

Cuando me aproximé a la figura de Artemisa, estaba empeñada en descifrar cómo ejercía su poder en medio de tantos dioses. La diosa era una naturaleza incisiva que juzgaba a los hombres sin desaprovecharlos. Castigaba sin piedad a quien la desafiara. Agamenón, por ejemplo, capitán de la flota griega, sufrió el peso de su venganza de camino a Troya. Con su nave anclada en la playa por no poder proseguir a falta de una mínima brisa, se vio sorprendido por la noticia de que algunos de sus hombres habían matado un ciervo en el templo de Artemisa.

Al conocer tal ofensa, la diosa exigió inmediata enmienda. Y, si esta no era atendida, las embarcaciones griegas encallarían en la arena y no podrían seguir el viaje. Desesperado, Agamenón pidió su perdón, aduciendo que estaba dispuesto a hacerle las ofrendas que fueran

necesarias. Solo que nunca imaginó que la diosa accedería si ofrecía en sacrificio a su hija Ifigenia en el altar del templo.

Pese a las súplicas de su esposa Clitemnestra, el rey, por miedo a no poder cumplir el glorioso destino que lo aguardaba en Troya —y no formar parte de la *Iliada*, de Homero—, cedió a su hija a la diosa. Tampoco sabía que años después, en Micenas, tras su regreso de la guerra, su esposa, con la ayuda de su amante Egisto, lo asesinaría a él y a la princesa Casandra, que era parte del botín de la derrota troyana.

La envergadura mítica de Artemisa continúa siendo un enigma. Su dimensión es comparable a la de su hermano Apolo, señor de Delfos. A diferencia de otras diosas, su figura revela invenciones y mentiras narrativas. Hasta el punto de que seguimos preguntándonos qué mujer está detrás de esa entidad. Y quién equivaldría a ella en nuestros días.

En la llanura

Pronto amé las artes que me sacaban de la modestia del hogar y me lanzaban, por ejemplo, a las llanuras que aparecían en las películas y los libros.

A veces me veía cabalgando en esos descampados del lejano Oeste, próximos a las Montañas Rocosas, junto a un *mountain man* que jamás había puesto los pies en una zona urbana. Sola con él, envalentonada por la imaginación, me sometía a infortunios y escaramuzas con el enemigo, siempre sujeta a riesgos que flagelaban mi corazón. Sin embargo, en medio de todo cuanto inventaba, la vida transcurría mientras el viento y la sorpresa de los distintos episodios me insuflaban lecciones de estética.

En aquellos escenarios épicos disponía de un salvoconducto que me permitía deshacerme de las corrientes, era libre. Libre de escoger lo que yo quería, o a quién querer. Fue fácil amar a Winnetou, el personaje del noble jefe apache concebido por el escritor alemán Karl May. Un ser emblemático, coronado de excelsas virtudes, y cuya muerte, en un volumen que me regaló mi padre, lloré hasta casi ponerme de luto.

Del héroe mezcalero heredé un principio que me hizo ser audaz en el arte de escribir. En una ocasión, a instancias de su amigo Old Shatterhand, Winnetou bajó de su caballo y puso el oído en tierra para localizar a los enemigos que perseguían desde hacía tiempo. Después de largo rato sondeando la distancia que los separaba de los bandidos, dedujo qué montura llevaban, para concluir que a uno le faltaba un brazo, en concreto el izquierdo, porque la huella del lado izquierdo era irregular.

Esta anticipación del mundo que indujo a Winnetou a emitir un análisis arriesgado, a inventar versiones inauditas de la realidad, me enseñó que yo también debía igualar sus hazañas. No ya ser la guerrera con revólver, sino desafiar la palabra, conceder a la imaginación una dimensión amplia, adueñarme de cualquier fantasía, de cualquier cosa que estuviera o no a mi alcance. Al fin y al cabo, la verosimilitud es mera coincidencia.

Prueba de amor

Narrar es una prueba de amor. El amor exige declaraciones, testimonios de lo que siente. Habla de la desesperada medida humana. ¿Cómo amar sin que los demás lo sepan? ¿Sin hacer pública una pasión que alberga los cuerpos en la penumbra de un cuarto?

A partir de la existencia de la escritura, las confidencias humanas se volvieron valiosas. Y el horizonte verbal se amplió, estableciéndose una correspondencia entre lo afectivo, lo conceptual y las palabras. Para que la palabra y las emociones no se extraviaran de sus representaciones.

La escritura abraza el drama y aquello que la máscara resguarda. Asegura el papel de revelar lo real, de subvertirlo a lo largo de la narración. Y no le es lícito eludir lo que equivale a la trama.

La labor del arte narrativo, amén de avalar aquello que fue pretérito y hoy es presente, es perpetuar el lenguaje del alma, restaurar la creencia en lo que subyace a la armonía y la discordia.

Palpo el papel donde la escritura se encubre y me conmuevo. ¿Estaré yo entre sus líneas? Entonces trato de contrastar la eficacia moral de la narración que está en curso. Pongo en duda si el relato merece sobrevivir, si encarna el ansia de libertad.

Allí estaban las líneas del horizonte

Con cada travesía atlántica, una agitación afectaba a la idea que yo tenía de la historia. Confundía el puerto en que desembarcaba con el paisaje que tenía en la imaginación. En una ocasión, estando en Cádiz, a punto de regresar a Brasil después de casi dos años en la península ibérica, me sumí en un profundo desánimo. Sentía la tristeza de tener que alejarme de los amigos gallegos a los que tal vez no volvería a ver. Me consolaba escribiéndoles durante horas, tratando de expresar mi añoranza en las postales que estampaban la belleza de Cádiz. Temía sinceramente que olvidaran a aquella brasileña que tan feliz había sido en sus tierras. Fue entonces cuando sentí que viajar era algo más que conocer mundo, era una práctica que me daba la oportunidad de conocer mis límites.

Muchos años después, ya de adulta, seducida ante la visión del mar Egeo, tuve la sensación de haberme trasladado no a Grecia, sino al epicentro del mundo: aquella extensa península del Peloponeso a la que había llegado por fuerza del aprecio a las historias que leía, amaba y seguí amando. Allí desembarqué, en medio del desconcierto de paquetes, gente, gritos en griego, en mi afán por llegar a Olimpia, que era lo que tenía en mente. De modo que me subí al humilde autobús entre cuyos asientos se mezclaban campesinos y animales con plumas y patas, cada cual expresando su incomodidad con quejidos.

Sin embargo, la Grecia que tenía a la vista no me permitía reconocer lo que ya sabía de ella. En medio del ruido del motor y los animales, aún no había encontrado a mis héroes y pensadores, si bien aplaudía la belleza del paisaje.

No era más que una turista inconsistente que se lamentaba por aquella Grecia que había absorbido en las páginas de los libros, guiada por conocimientos acumulados y una imaginación capaz de subvertir lo establecido, un territorio del que la civilización occidental se apropiaba, sin permitir que fuera el país quien expresara su identidad.

Una vez en Olimpia, dispuesta a correr los cien metros clásicos o a participar del lanzamiento de disco, cualquier cosa que mi arrogancia pretendiera, me sobrevino una idea inesperada. No conseguía entender cómo era posible que aquel calor abrasador, que propiciaba entregarse a la indolencia o resguardarse a la sombra de un árbol de copa frondosa hasta caer la tarde, hubiera alentado la aparición de genios cuyo legado fundacional había proporcionado las bases del pensamiento de la humanidad.

Sin obtener respuesta a mis divagaciones, de pronto me envolvió el hálito de una brisa inesperada, suave a la vez que intensa, un frescor que jamás había sentido. Sus efectos, tan veloces, actuaron en mi cerebro despertando pensamientos dormidos, desencadenando ideas, imágenes, analogías finas y vulgares, formando frases con lógica e inclinación literaria. Como si, gracias al beneplácito de los dioses, me poseyera la esencia de lo poético.

Sentí un dolor en el pecho. No estaba preparada para descubrir la clave principal del pensamiento griego: que habían alcanzado la perfección gracias a un factor climático. Si yo misma, una modesta escritora brasileña, me estaba beneficiando de una brisa capaz de activar mis

neuronas, de verbalizar cualquier cosa sin freno, de alzar catedrales del pensamiento, había que agradecer a los moradores del Olimpo tal distinción. ¡Qué feliz fui en Grecia!

Soy una mujer brasileña

Soy mujer, brasileña, escritora, cosmopolita, aldeana, un ser de todas partes, de todos los puertos.

Dondequiera que esté, tiendo a disponer el mundo a mi manera, y lo obligo a que su misterio me haga feliz. Sobre todo, me garantiza la esperanza de no morir esta noche.

Me gusta vivir, disfrutar de las mañanas, las tardes, las noches, y hasta de las madrugadas. La vida que palpita a mi alrededor me afecta, hago lo posible para no intimidarla. Al fin y al cabo, desde la infancia he ensalzado lo sagrado y lo profano de cuanto existe. Y lo merezco. Todos lo merecemos.

Por lo tanto, soy sociable, diría que incluso mundana. Acepto el pan y el vino de los amigos. Siento que los dioses me guían para confrontarme con el afecto, la euforia, el brindis, el huevo frito sobre el arroz blanco. ¿Qué más puedo pedir para sentirme querida? Solo evitar la melancolía que surge del pantano y tiene canto de sirena. La que dificulta el placer de encontrarme.

Amuleto

Supongamos que la literatura, las personas, el conocimiento, la música y las artes son valiosos amuletos. También es un amuleto, y uno querido, mi perrito, conocido como Gravetinho, pura alegría para mí.

Me hace reír, y me fascina su percepción de las cosas y los seres.

Carta a Lygia

Pensé en comprar un espejo veneciano que vi en cierto anticuario, para regalártelo. Tú, como Clarice, consultas el espejo con plácida frecuencia. La moldura del cristal biselado en los bordes, que realzaba la limpidez del vidrio, me recordaba las góndolas, los bailes de disfraces de Venecia en los que las máscaras excitaban la libido desenfrenada de los amantes.

No sé por qué los espejos suscitan en mí estas emociones. Luego pienso en los esbirros del puente de los Suspiros, que se miraban al espejo antes de iniciar la jornada que les obligaba a cumplir el sagrado acuerdo de matar al enemigo de la república.

No soy yo quien asocia Narciso a las dos escritoras, como contrapunto del hechizo especular. Dulce engaño, querida amiga, para quien piense que vuestros graciosos gestos responden a una vanidad desbocada, o buscan confirmar la belleza que nadie les niega.

Me pregunto cómo se le ocurrió a Perseo apelar al espejo como único medio para afrontar la furia de Medusa, aquella gorgona que convertía al adversario en piedra con solo cruzar su mirada. Y así, a fin de ser un héroe clásico, evitando el hechizo de la gorgona, cortarle la cabeza.

Te aseguro, amiga, que contemplarse en el espejo —un gesto elocuente, sin duda— no representa en tu caso ningún peligro para la vista. Estás a salvo, al igual que tu admirable talento. Más aún tu alma, igualmente noble, que planea sobre las desavenencias del mundo. En tu caso y en el de Clarice, el cristal sirve para confirmar virtudes al alcance de todos.

Tal vez quieras saber por qué pensé en regalarte un espejo, pero no sabría responder.

Lygia, ¿se han terminado las vitaminas? Dímelo, para pedir más y enviártelas.

Mis quimeras

La familia siempre ha alimentado mis quimeras. Y pronto aprendí que Brasil no era mi único hogar. Por algo me forjé con la melancolía de los míos, que incluso en días festivos sufrían la ausencia de su Galicia natal.

En medio de las bromas, yo detectaba en los abuelos Amada y Daniel, así como en mi padre, Lino, la carencia de haber perdido una patria desvaída en el horizonte. Como si en el patio de la casa que el abuelo había construido en la calle Dona Maria faltaran las notas musicales oriundas de la gaita de fuelle que cruzaba el cielo de las aldeas gallegas. Con ellos conocí el dolor de pensar que un día podría perder Brasil.

Entonces entendí la importancia de la familia, que yo quería eterna, incapaz de abandonarme en el futuro. Pues necesitaba su apoyo para poder crecer como una persona sólida, ama y señora de la pródiga memoria que poco a poco me iban transmitiendo. Aspiraba a un hogar que me concediera la llave de la libertad y los cimientos de Brasil.

Crecí, pues, sumergida en las tradiciones que emanaban de los libros que transitaban por mi imaginación, al tiempo que mi madre me introducía en el mundo del teatro. Y hasta en el *ballet*, la ópera, la música, artes que aprendí en el Teatro Municipal, que frecuentaba con asiduidad. Aquel escenario mágico me enseñó a repartir el tiempo entre el poder del arte, la literatura, la vida familiar y la atracción por el amor. Siempre bajo el auspicio de la imaginación, que podía proyectarme tanto hacia el pasado como hacia el domingo siguiente.

Preocupada por el rumbo que seguía el mundo, me esmeraba en visitar los distintos siglos. Leía con afán diarios y revistas. Mi padre abrió una cuenta en la librería Freitas Bastos sin sospechar mis intereses, si bien nunca me supervisó. Era un hombre galante, que esperaba varias horas de pie, apoyado en un poste de la esquina de la avenida Rio Branco con Almirante Barroso, a que su hija saliera del teatro, sin quejarse nunca de eventuales retrasos. Se limitaba a preguntar: «¿Te ha gustado, hija?».

A mi madre le correspondía convocarme para la realidad. Pese a que me reprendía por mínimos detalles, me daba constantes pruebas de su profundo amor. En una ocasión me dijo que era una niña inteligente, pero que hablaba mal. Ante mi espanto, me aclaró que hablar bien permitía hacer visible a los demás lo que pensaba. Y a una amiga que la criticó por llevarme de pequeña a museos donde se exponían desnudos artísticos, ella le respondió que su hija debía mirar el mundo sin prejuicios.

Mientras asimilaba las normas de la vida cotidiana, escribía historias precariamente ilustradas, en hojas que cosía a modo de revista, para luego vendérselas a mi padre. No mucho después estaría ejerciendo el precoz oficio de escritora y cobrando mis derechos de autor.

Cuando aún vivíamos en el barrio de Botafogo, en la calle Dona Mariana, hacía los deberes escolares en un rincón del patio, cerca del lavadero, sentada a un escritorio que mi madre me había regalado, escuchando en la radio a Mozart, Beethoven, Wagner o Verdi. Y me extasiaba con las obras de Velázquez y Vermeer que aparecían en los libros de arte. En fin, un caleidoscopio que

aún hoy impulsa mi tránsito por las artes.

Cómo decirles a Carmen y a Lino que también miro el mundo con sus ojos y que ahora que ya no están aquí es mi deber prestarles los míos.

Leonor y Carlos

Seguí paso a paso las vidas de Carlos V, emperador del Sacro Imperio, y Leonor de Aquitania, dueña también de un trono, ambos soberbias figuras. Cada uno de ellos, distanciados en el tiempo, proyectaba su sombra sobre su propio siglo, sin darme motivos para unirlos. No obstante, sin saber por qué, los unía en mi corazón como si pudieran formar un par perfecto. Es sabido que ambos brillaron en su parcela de la historia, pero poco tienen que ver el uno con el otro, salvo por su alto linaje, y jamás podría reunirlos en la misma cama o en el mismo trono.

Leí mucho sobre sus hazañas, que aún hoy engalanan mi imaginación y las estanterías de casa. Conservo sus libros y su iconografía. Ciertas obras pecan al atribuirles hechos inverosímiles, otras les arrebatan fragmentos indispensables de sus recorridos. Algunos autores se empeñan en resaltar aspectos sexuales, como en el caso de Leonor de Aquitania, o un dudoso pudor por parte del poderoso emperador. En fin, seducidos por la grandeza de sus personajes, estos historiadores contemporizan con sus excesos. Como si les cupiera despojar a estos dos seres excepcionales de los siglos en que vivieron, con el fin de adaptarlos a cualquier otra época más adecuada para ellos. Desplazándolos, así, al dominio de lo atemporal, como ambicionan los grandes personajes.

Tengo la presunción de saber un poco de los dos. Y, como el que narra, tampoco los contextualizo a la perfección. Los hago deambular por cualquier página de la historia. Al fin y al cabo, fomentan la desesperada necesidad que tengo de emocionarme, de no prescindir de las señales que me llegan por medio de difuntos como ellos.

Dispongo de cuadernos en los que anoté sus enseñanzas, como si pretendiera ascender al trono que les pertenecía. O como si pusiera la mira en describir un día sus moradas interiores, expresión, por otra parte, que nos remite a uno de los libros de Teresa de Jesús, la santa heroica de Ávila.

Como ya he contado otras veces, en una visita al monasterio de Yuste recogí los últimos susurros de Carlos V, emperador del siglo XVI. También me imaginé recorriendo los castillos de Leonor, duquesa de Aquitania por derecho propio. Los había recibido en herencia, incluidos los que pertenecían a los Capetos y Plantagenets, que obtuvo al casarse. En los salones de esos castillos visualicé a Leonor de Aquitania envuelta en trajes de brocado, seduciendo a reyes con sus galardones de reina. La mujer más rica y poderosa de la Edad Media, que a mi juicio es posible que inspirara la abominable ley sálica, que representó una cuchilla sobre la cabeza de las féminas.

A lo largo de mis ponderaciones librescas, sostenidas por una temeraria inventiva, empecé a rectificar lo que hasta el momento sabía de Leonor y Carlos V. Con todo, procuré no mezclar las reflexiones que ambos personajes me habían inspirado, movida en todo momento por el empeño de profundizar en la angustia de cada uno. Al fin y al cabo, ellos también respondían a mi imaginación de escritora.

El Eclesiastés

La Biblia me deleita. Su poder narrativo fustiga al narrador moderno. Sus episodios, en general implacables, realzan aspectos humanos que más valdría desconocer. Dios, sin embargo, a pesar de dominar tan graves faltas, anima a sus siervos a seguir adelante, siempre y cuando acaten obediencia. Pero ¿con quién si no iba a contar Dios para gobernar?

El Eclesiastés casi predica que la vanidad esparce estiércol sobre la tierra, y que esto se debe a la conservación de la memoria. Al valorar en exceso hechos pasados y venideros, se recrudece la vanidad dormida. Así pues, el pasado es un bien dañino que conduce a la jactancia. Porque la memoria nos obliga a creer que sustrajimos de su secreto capullo el hilo con el que tejer nuestro ovillo de lana.

El descrédito que difunde el Eclesiastés somete a la memoria a los caprichos de los restos procedentes de recuerdos precarios. E insinúa que, al haber sido condenados al olvido, solo dejaremos como legado escasos vestigios de lo que existió.

Machado de Assis dominó mejor que ningún brasileño las entrelíneas del Eclesiastés, fuente también de su pesimismo.

Eran tan felices

He aquí dos versiones conciliadoras de lo humano. Un simple diálogo escatológico captado en los albores del medievo, que no es sino una larga estación caliginosa.

—Eran tan felices que meaban a la vez —dijo alguien.

A lo que otro, prosiguiendo el diálogo conciso, respondió expresando la miseria de la realidad:

—¿Qué es un momento cristiano?

—El momento en que uno se afeita la barba y se pone a cagar. Seguido de oraciones. Los maitines conventuales.

—Ah, ya sé. Es cuando se ora a la casta lujuria y se pide a Cristo una buena muerte.

Panteísta

A veces soy panteísta. Aparte de creer en un dios con el don de la ubicuidad, venero a otros que se congracian con mi inquieta imaginación.

Tengo preferencia por algunos dioses paganos. No soy insensible a los griegos que engendraron mitos ni a los druidas que adoraban a los árboles. A estos pueblos revestidos de divinidad les atribuyo singularidad. Sobre todo porque supieron resistir, y durante mucho tiempo, el aluvión del cristianismo que, desde que se estableció en la Europa de los primeros siglos, debilitó los postulados de sus dioses.

En estos siglos iniciales era común servir por igual a sus dioses y a Cristo, cuyo adviento celebraban. Era una época propicia a la libertad de la conducta religiosa. No se castigaba extensamente, es decir, a gran escala, a quienes practicaban los idearios de ambas religiones. Más bien existía una fusión de todos. Un vínculo inevitable entre el mundo arcaico y panteísta y el universo que estaba imponiendo un Dios único, abstracto, exigente, cuya severa moralidad fue poco a poco expulsando sin apelación a los dioses, las alegorías paganas, los mitos y los arcanos que fundaron la civilización occidental.

El paisaje

¿Qué vida habría sido la mía si hubiera apuntado a un único paisaje como favorito, cuando el mundo es diverso y abundante? Un riachuelo, un simple hilo de agua, por ejemplo, desemboca en un río caudaloso, como el Misisipi o el Amazonas.

Recuerdo, sin embargo, la visión de Micenas, cuyas ruinas son testigo del desarrollo de la tragedia de Agamenón y Clitemnestra, que me une al submundo de los sentimientos, sin entender mi humanidad.

La civilización del mundo

Todos los días pongo en duda la civilización que consolidó mi visión del mundo. Renazco cuando discuto conmigo misma, esgrimo argumentos certeros, me trato como a una adversaria. Me debato en esa suma de culturas donde se acomodan restos, excrementos, palimpsestos, códices, notas musicales, timbres raros, coros de voces temperadas, elementos que existían antes de los griegos, del Mediterráneo, de Oriente Medio, de los dioses, del monoteísmo, de una Europa que me condujo a Heródoto y que acepté.

Enseguida comprendí que mi padre y mis abuelos tenían carnets de identidad extranjeros y estaban en Brasil bajo sospecha. Un estigma contra el que yo, por supuesto, me rebelaba. Sufría porque carecían de los derechos que yo tenía asegurados solo por nacimiento. En una ocasión, a raíz de la inexperiencia, quise recompensarlos agraciándolos con demostraciones de afecto, como si fueran medallas. De la misma manera, todavía hoy exagero cuando los elogio. Pero no deseo evitar esa devoción. Ni hurtarles mis evocaciones, agradecerles que, al haber escogido Brasil, me regalaran la identidad brasileña. Nada puede ocurrir en esta tierra sin que yo garantice su presencia.

Así, inicié el discurso de posesión en la Academia Brasileira de Letras en 1990 afirmando: soy brasileña reciente. Palabras que resonaron dentro de mí durante muchos años por la fuerza de su elocuencia y veracidad. Una confesión procedente de una realidad que construí desde la infancia y a la que no he querido renunciar. Hoy, sin embargo, al proclamar mi antigüedad brasileña, me considero dueña de una madurez con la que ahora Brasil es mi naufragio, mi salvación, mi amor. Y las raíces que brotan de cualquier rincón del país anidan del mismo modo en mi pecho. Ahora hablo sin sanciones, he adquirido todos los derechos. Soy tan arcaica como quien se hallaba aquí en los albores de esta tierra.

Velázquez y el papa

En París, en el Grand Palais, me hallo una vez más ante *Inocencio X*, retrato que la humanidad debe a Velázquez. Recupero los lazos que suscitó una visita de adolescente en Roma, cuando su rostro austero, su mirada torva distante de las vicisitudes humanas me advertían de las insidias que él mismo, como pontífice, encarnaba. Las murmuraciones reconocían su falta de aprecio por la vida ajena, salvo aquellas que, por vanidad, había jurado librar del olor del pecado. Y mientras se encargaba de las cosas terrenales, se absolvía del castigo.

Entonces observé en el gesto entumecido trazos lascivos que poco tenían que ver con la amante que saciaba su carne. Tal vez porque considerara algo natural que un hombre con tantas responsabilidades mereciera tales obsequios.

Posó para Velázquez en 1650, con setenta y seis años. Pese a la proximidad física que existía entre ellos, el español solo le dirigía palabras protocolarias. El papa, inmerso en sí mismo, nada decía al pintor que, al servicio del rey Felipe IV de España, mecenas malgastador de los fondos públicos, estaba fuera de la jurisdicción de Dios. Hábil artesano que mezclaba colores en la paleta, libre pues de la carga de regir el destino de la Iglesia universal.

No obstante, cuando Inocencio X vio los rojos superpuestos, el fondo encarnado, el medio cuerpo que reverberaba en llamas, el arte del pintor lo impresionó de tal modo que insinuó que este había sido tocado por la gracia de la imperfección.

A su regreso a Madrid, el pintor prosiguió con su obra, que yo conocí en el museo del Prado siendo aún niña, cuando me inicié, embargada de asombro, en los tormentos circunscritos al arte. Luego amé los cuadros del pintor sevillano, bajo la sospecha de que su arte era una tempestad. Sin embargo, sus lienzos me eran familiares, pues contenían porciones de las historias que yo leía. Me recordaba a Monteiro Lobato hablándome de Brasil.

No fui precoz por atender al clamor de la imaginación que provenía de Vila Isabel, donde nació. No me costaba someterme a un artista que concentraba en su obra la materia humana, despojada de artificios. Me mostraba al más innoble y sublime de los reyes, de los taberneros. Elevaba el huevo frito a la categoría de arte.

En ocasiones, imaginaba a Velázquez de joven en su Sevilla natal, enclave civilizador de España, bajo el influjo del Siglo de Oro. Y de un maestro, Pacheco, que durante años no le permitió tocar el pincel antes de dominar las técnicas, las urdimbres, los fundamentos de la pintura. Envidiable aprendizaje que le aseguró la perfección de sus cuadros, que le valió la credencial de genio, y el amor de Juana, la hija de Pacheco.

En Madrid, el rey propició las condiciones que demostrarían al mundo que era un dios. Un artista capaz de dejar sin borrar en algunos cuadros, como el del conde-duque de Olivares, su mentor, un valioso garabato, muestra de un error. El *pentimento*, algo que había sido objeto de arrepentimiento, carente de valor estético.

Otro ejemplo de su rara sutileza social se encuentra en el cuadro *La rendición de Breda*, cuando Spinola, con un gesto compasivo, toca el hombro del vencido Nassau, en el intento de

reducir la humillación ante la inminente entrega de las llaves de la ciudad.

Entre sus Velázquez, España no ostenta los rojos incandescentes del cuadro de Inocencio X, que rebasó los horizontes pictóricos estableciendo un nuevo paradigma en el arte del retrato. Y que induce a preguntarse si el pintor, en su afán de arrancar a la fuerza pedazos del alma a un pontífice teñido de sangre, tendría en mente proporcionarnos la conciencia de nuestra miserable finitud. Dejar un legado que, si bien exponía al papa a la deriva de la estética y del juicio moral, al final lo compensaba con la inmortalidad.

La eternidad

Sucumbo ante la idea de que la eternidad es inclemente. Al fin y al cabo, lo eterno es contrario a mi pobre condición. Sin embargo, las vicisitudes humanas me fascinan, llevan en el vientre las semillas del bien y del mal.

Y yo, que estoy libre de la culpa que quieren imprimir en mí, me declaro inocente. Al resguardo de emociones desmesuradas, no pido que salven mi alma, sino que aparten de mí el arma vuelta hacia mi persona.

Tras esta confesión, retiro los velos que cubren mi rostro. Vedme como soy. He callado mucho tiempo, ahora pido auxilio a gritos. Hablo.

Una fecha

Días alegres y días de luto. No sé organizar estos tiempos. Presto vasallaje a la vida, que es larga y me enseña a olvidar y a recordar. Y hasta a resistir.

La escritura infantil

Comencé a escribir siendo niña, mientras leía los libros que me regalaban y me inventaba los que no tenía a mano. La invención pertenece a una saga antigua que me precedió antes de nacer. Tal vez fuera la vocación de mi abuelo Daniel, inmigrante gallego, que se aventuró muy pronto a cruzar el Atlántico, obedeciendo al placer de la aventura y a la necesidad de instalarse en una tierra que le asegurara la supervivencia, que le ofreciera horizontes más amplios. O tal vez inventar empezara con mi padre, Lino, igual de disperso que yo, con la cabeza tantas veces metida entre los libros.

La intriga

La literatura vuelve visible la intriga humana. Es la casa permanente de nuestro enigma restaurado. ¿Y qué hago con la maraña de mis pensamientos? ¿Vale la pena seguir irrigando el corazón en medio de estos tiempos convulsos?

Las pequeñas utopías

Siempre he ansiado materializar las pequeñas utopías de la vida cotidiana cuyo fin consistía en aclarar los conceptos de patria, de lengua. Los mismos que dan existencia a los sentimientos, a la cartografía de la vida, imponiendo directrices inaugurales.

El país donde uno nace está hecho de contradicciones y sombras. La lengua que lo mantiene habla en los establos, en los mercados, en los prostíbulos, en el territorio de la cama y de la cuna, en el lecho de la pasión, lugares que difunden esperanza, honra, sangre derramada. En la lengua se reflejan las faltas humanas, el peso histórico que nos rodea.

Tales consideraciones se deben a que soy hija de la inmigración. De aquel proyecto migratorio que llevó a los gallegos establecidos en Río de Janeiro a convertirse en fantasmas del exilio. Del tiempo en que mis abuelos vivían en Vila Isabel y nosotros en Botafogo y nos ofrecían semanalmente una mesa opípara. Haber nacido en el seno de una familia inmigrante me permitió entender la perspectiva de Europa en la época de mi abuelo y mi padre, que condujo a expulsar a sus ciudadanos de casa. Me preguntaba cuál habría sido el destino del continente europeo si no hubiera echado a millares de hambrientos a tierras americanas. Cuánto se nutrió esa refinada Europa del imaginario americano, del oro y la plata, de tesoros inimaginables, de patatas, tomates, chocolate, de los mitos mayas, incas, tupí-guaraníes, de la narrativa y los códigos de las civilizaciones autóctonas.

Desde los rincones de la casa de mis abuelos donde me escondía, nunca los vi sangrar. Recogían de prisa alguna ocasional gota de sudor y sangre. Mi madre, Carmen, salió a ellos. Jamás la oí confesar nada que formara parte del ámbito de la intimidad. Nunca reconoció haber sufrido una desilusión que le hiriera el corazón. Se recogía en su propio ser, que la albergaba con severidad. Su consuelo era subsistir cerca de sus seres queridos. No aceptaba confidencias ni difundía secretos. Sospecho que para ella el cuerpo era algo sagrado. La influencia de sus vidas se extiende en mí hasta el día de hoy.

Regreso a Europa. Me pregunto qué criterio adoptar para responsabilizarla por los errores que existen en América. Me pregunto si las carencias civilizadoras de nuestro continente deben achacarse al epicentro europeo. A los pueblos colonialistas que ejercieron un dominio moralmente vergonzoso en África y las Américas, cuya crueldad no merece olvido histórico.

Asimismo, no puedo por menos de cuestionar si no es ya hora de que nuestros propios países respondan por los males americanos. Si después de tantos años no ejercemos la autocritica es porque seguimos siendo parte de los despojos de esa Europa culta y colonialista.

Soy mestiza y me gusta. Convivo con las élites brasileñas y las recrimino vivamente. Son audaces en el juego del disimulo, de los equívocos, y yo no las pierdo de vista. Pero me sorprenden sus raros actos de grandeza. Me confirman, junto con las clases populares, que mis raíces brasileñas prosperaron a partir del barrio de Vila Isabel donde nací.

Pablo el predicador

A Pablo de Tarso poco le importaba el prepucio, del que se encargó Pedro, heredero de las tradiciones judías. Simplemente anhelaba sembrar la palabra revolucionaria de Cristo y sacudir, con dicha predicación, las bases de las creencias existentes.

Caminante contumaz, combinaba un cuerpo desenvuelto con una mente dotada para interpretar el mundo. Contrariamente a la extendida creencia de que era un misógino, le gustaban las mujeres, no para llevarlas al lecho, sino para extender la fe cristiana.

Al igual que otras mentes que atravesaban Europa como quien se pasea por el patio de su casa, Pablo recorría distancias con las alas de Hermes pegadas a los pies, y de este ser alado brotaban doctrinas nuevas, palabras que ordenaban directrices morales.

Hace años que lo imagino andando con resolución por caminos secretos de Asia Menor con el fin de llegar a Roma, y me gustaría seguirlo de cerca si fuera discípula suya. Lo mismo habría hecho con Teresa de Jesús, a quien llamo Teresa de Ávila, señora de Castilla, con el afán de revelar su genio, cuyas reliquias visité en Alba de Tormes. Aquella furiosa religiosa, tras fundar el convento de San José, cruzó hasta el día de su muerte tierras vecinas reconstruyendo capillas en ruinas, como medio para reforzar la fe católica entre los campesinos.

Leo las epístolas de Pablo y me deslumbran. Su palabra me libera, me empuja a escudriñar mi pensamiento precario, deshace los nudos que me encadenan a mi antigua aldea. Universal, parece invitarme, conmovido, a ampliar mis límites, y yo obedezco. Aspiro tanto a entender lo que me dice. Me sienta tan bien que haya existido.

Recientemente, en una visita a Estambul con Halbouti, Guga y Paulinho, mis tres mosqueteros, fui hasta Éfeso para recorrer el camino de mi pasión por Pablo de Tarso. Al fin llegué al lugar donde debía estar. Y allí Pablo me recibió.

Sentí la fuerza de su presencia, disertando ante mí en el monumental teatro de Éfeso, frente a miles de oyentes, empeñado en convertirlos a la religión de Jesucristo.

Su presencia era palpable. Me puse a su lado en aquel estadio cuya acústica capturaba sonidos imperceptibles, hasta el latido del corazón de sus seguidores, hasta el timbre de Pablo al anunciar la palabra. Arrebatada por la piedad paulina, sin deseo de que flaqueara, yo le secaba la frente, aplacaba su sed mientras su voz, que no vacilaba, proclamaba a los paganos, bajo la inspiración de las fuerzas telúricas de la tierra, lo que el genio le dictaba. Seguramente guiado por la sabiduría de los elegidos.

Pablo de Tarso consolidó el cristianismo. Y atraída por la humanidad que divulgaba, yo confiaba en aquello que nos concedía como materia de fe. Siempre he disfrutado de su figura histórica leyendo sus epístolas. Creía que algún día lo hallaría en la mesa donde todos comían, y lo honraría. Al fin y al cabo, la jerarquía refuerza los principios, que buena falta hacen en estos tiempos frívolos e irrespetuosos.

Fue un hombre polémico, se mire por donde se mire. Judío de nacimiento y ciudadano romano que hablaba griego, abominó de Jesucristo hasta sufrir una apasionada conversión en el camino a

Damasco. Y en todo lo que hizo, allá por donde pasaba, en su época y a lo largo de los siglos, fue dejando el rastro de una presencia que nos obligaba a seguirlo. Como si él, en mi caso, acatará mi compañía, como si estuviera dispuesto a educarme.

Ante él me contengo. Al final, ¿con qué derecho retorcido sigo su peregrinación verbal? Aunque muriera decapitado en Roma, según la tradición, entre los años 58 y 67 d. C., siento como si estuviera instalado cerca de mi casa. Incluso en Nueva York, donde sentí cómo su modernidad reducía a polvo los artificios de la ciudad.

Su agudeza se anticipa a la visión del hombre esclavizado por la pasión. Pide a cuantos transitan por las civilizaciones que le concedan imaginación y aliento, pues ya posee santidad. Pero la santidad es menos que la vida. Así que Pablo pide aquello que le falta, predicar en las tribunas, en los púlpitos, recuperar la palabra pública para que su oratoria inaugure nuevos conceptos. Y sobre todo que su evangelio aparte los velos, la sombra y la neblina que impiden el advenimiento del misterio.

Su silueta se desvanece con el tiempo. La grandeza de Pablo no suscita nuevas cruzadas. Hoy somos simples inventores de falsas utopías, ungidos por una imaginación arrogante que acentúa la falibilidad del sistema humano. Como si las utopías, madres del caos, no pudieran ser benditas. ¿Y qué queda? La rueda creada me lleva lejos. Pero cuando gira no proyecta ideas que nos reconcilien con la vida o que ahuyenten las luchas que llevan a ejecutar al prójimo sin piedad. ¿Y qué significa esto? ¿Que la palabra tiene un anverso y un reverso? ¿O que vivimos a la deriva, a pesar de nuestra pretendida modernidad?

Pablo se aproxima. Yo vivo, pero él dispone. Carga la cruz de la propia leyenda. Los siglos lo han sacralizado. Pero no sé si él aprecia el peso de tal santidad, el yugo de la perfección. A veces creo que le gusta conversar, u observar de lejos a Erasmo, el viajero incansable que, al igual que él, al circuncidar el cuerpo verbal, nos incorporó a la perplejidad. Produjo ciertas filiaciones estéticas solamente para adularnos.

¿Sería así?

Viajero

Como viajera contumaz que soy, integro el mundo en mi casa. Hermano las voluptuosidades orientales, del Mediterráneo, con los barrios de Río de Janeiro. El mundo no discrimina, y así debe ser con la grandeza. Es preciso que lo universal oriente mis sentidos hacia las volutas de la imaginaria catedral gótica que construí sobre el papel, con la esperanza de ver a Dios en persona.

Desde cualquier lóbrego rincón, me afano para sorprender la manifestación de la fe. Aunque, torpe de mí, gire como una peonza que me ofrece la visión de santos, derviches y magos. Cuando la peonza cae al suelo, la descreencia bien puede golpearme. Entonces me estremezco, me someto a la solicitud mística que emerge de todos los rincones.

Sospecho que he leído demasiado. Me deslumbraban Plotino, el Maestro Eckhart, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz. También el sufí que se enamoró de la remota mujer de al-Ándalus. Bajo el acicate de la ilusión, Dios es anfitrión de mi hambre, responsable de mis excesos. Y me ha convertido en un péndulo que oscila entre dos extremos, que carece de la precisión para captar el rumbo de quienes frecuentan el banquete de la vida.

Dios, al que no veo, elude la labor de vigilar a los mortales y refugiarse allí donde no puedan encontrarlo. Se aprovecha de mi distracción para cobrarme el doble de lo que le debo. Pero ¿qué puede esperar el señor de la abstracción de un alma como la mía, que avizora, desde la Torre de Hércules, en La Coruña, las lejanías del Atlántico, como si fuera un faro que busca a sus semejantes náufragos?

Miro el horizonte marítimo en busca de mi tienda, alzada en el litoral brasileño. Allí, asando pescado y boniatos, apaciguo mi instinto apasionado. La vida me aguarda, así como la muerte.

La cocina y el lar

Incluso en la cocina, junto a los fogones y las sartenes, pelando patatas, hago un inventario de la vida. En tan agradable escenario, en presencia de quien sea, acaricio los objetos, cuántos de ellos inútiles, que ocupan el espacio que deberían dominar mis sentimientos.

Siento pena por tener que dejar estos objetos en manos extrañas. Al fin y al cabo, el uso que yo les he dado los ha moldeado. He conferido a cada uno de ellos una razón de vivir, los he cuidado para que no se deshicieran en polvo. Y las piezas de barro o de cristal chorrean sangre cuando se resquebrajan.

Forman parte de los bienes de la casa. De mi patrimonio moral, ¿por qué no clasificarlos así? Puedo asegurar que cada uno encarna a los seres que he amado. Me atrevo a decir que perduran mientras somos frágiles mortales. En conjunto, formarán parte de mi trama, incorporados a mi espectáculo diario. Pues conmigo han sido el telón de fondo de mi teatro. Me describen y me fotografían como pocos. Especialmente cuando contraigo el gesto al haber salado demasiado la comida que estaba a punto de servir.

Me cuesta apartarme de ellos. Me dan aliento, garantizan mi prosperidad. Son sobre todo discretos, no hablan. Fingen no ser parte de mis aciertos y fracasos. Ah, preciosos bienes.

Persistir

No recurro al diccionario. Me limito a decirme a mí misma, haciendo eco de mi voz: no desistas, grita, brama. Persiste en la defensa del uso pleno de la lengua. Soy consciente de que sin ella pierdo el mundo. Me corto las venas. Sangro.

LFT

Lyginha, no te olvides de preparar el cuento para enviarlo a Italia. Un escritor brasileño es extranjero en cualquier rincón del mundo, incluso en Brasil. Es una pena ser apátrida en la tierra. Tener un pasaporte sin efecto no protege tu vida ni la de los libros que llevan tu firma.

El próximo sábado iré a Barcelona. Allí me quedaré unos meses. Amo esa ciudad y a su pueblo, y los entiendo. Me tratan con cariño y deferencia. Y Carmen Balcells, amiga del alma en cuya casa me hospedo, justifica el viaje. Su inteligencia y temperamento son inigualables. Alía con maestría cosmopolitismo y universo rural.

¿Quieres que te traiga algo?

¿Y el caballero? ¿Mejoran sus muestras de afecto?

¿Y tu gato? No sé por qué, lo relaciono con el anillo turquesa que llevas en la mano derecha. ¿O es la izquierda? Conozco tu amor por ese felino que tiene más vida que cualquier pretendiente indeciso. Una lástima que el ser humano, con su inclinación al mal, todavía no haya descubierto el potencial de cariño y devoción de los animalillos de cuatro patas. Flaqueamos ante la lealtad de un cachorro, ante su sentido moral.

Te echo de menos.

Tuya,

NP

La ceremonia de la lengua, la moral del arte

La moral del arte, que frecuenta mi casa y mi corazón, modela el espíritu desvergonzado de quien crea. Bajo mi historia subyace la convicción de que la narración es una construcción mental de significados inagotables al servicio de los registros humanos.

Siempre he sospechado que la trayectoria de la civilización se rastrea a través de la simple lectura de un papiro que surge de las tinieblas del tiempo y cuyo relato resume los momentos que conforman el origen del ser humano. En estas palabras deshiladas y sucias de arena se encuentra el salto acrobático que va de la caverna a la poltrona donde me siento para leer el periódico. Y es que cualquier texto, tenga la dimensión que tenga, excomulgado o no por el *Index*, es de naturaleza exegética, y por lo tanto está sujeto a múltiples y disparatadas interpretaciones.

Sobre el altar del pensamiento se labra la palabra que se ofrece a la comunidad de los pueblos, y que les faltaba. Porque no es el personaje nombrado a partir del amor del autor el único que da cuerpo a la narración, sino cierto arquetipo que emana de todos, y que a la luz del sol, o a la sombra de los arcanos del bien y del mal, coordina las asimetrías de lo cotidiano.

Obedeciendo a tal razonamiento, María y Pedro, ilustres anónimos, se ocultan tras la composición de cualquier personaje nacido de la ilusión del autor. Y puesto que cada uno de nosotros existe de manera independiente a nuestra propia voluntad de sobrevivir, el personaje, que al principio presenta rasgos inexpresivos, adquiere verosimilitud. Su existencia se vuelve una réplica de mí y de mi vecino. Su rostro reproduce las facciones que un día fueron de Sara y Abraham.

En el desmedido territorio de la imaginación, Hécuba y Príamo se asemejan a los rostros que trabajan en las calles de Porto Alegre. Así, el milagro del arte renueva, si bien sutilmente, la vida de quien ocupa una morada. Para que podamos ser todos peregrinos en busca de quien nos invente, nos dé un nombre, prorrogue por un instante nuestra existencia. Y proclame a los sucesores que existió aquel que, igual que ellos, masticó con la misma mandíbula, hizo el amor con igual voracidad, se comunicó con los mismos gestos desmañados. ¿Acaso no es cierto que la fugacidad humana anda a la caza de la posteridad? ¿Y que, negligentes como somos, no nos distanciamos de la obligación de tejer la trama que compartimos?

Somos afines a las hilanderas de Velázquez que, exangües, desafiaban los días mientras elaboraban joyas textiles, la mortaja de la casa; a las tejedoras que consumieron su vida para crear el unicornio del tapiz de Cluny, en París, cuya intensa simbología persigue aún hoy la ambigüedad y el misterio de la especie humana.

El ángel de cobre

Los objetos que compramos y nos llevamos a casa inventan para nosotros un proyecto de felicidad. Una vez instalados en el salón, hablan, tienen sentimientos, conservan la memoria, nos sobreviven. Ningún objeto es un paria, ninguno merece ser marginado.

Otros son heredados, como el minúsculo ángel de cobre que permanece colgado en la pared de mi habitación. Nunca se mueve, salvo cuando deambulo por la casa y parece acompañarme con sus alas protectoras. Lo heredé de mi madre, aunque en realidad me lo regalaron cuando nací para protegerme en la cuna. Y ella lo guardó en su mesilla de noche hasta la muerte como prueba de amor materno. El ángel es, pues, el certificado de mi origen, de mi suerte.

Lo guardo con celo, es una pieza esencial del escenario de la habitación. Procuero que la vida no cubra de polvo a mi angelito de cobre. Quiero que me siga hasta la despedida. A cambio de tales cuidados, de ser un objeto de culto, quiere saber con quién lo dejaré, para que su historia, iniciada conmigo, no caiga en el olvido.

Le dedico atención. Al fin y al cabo, le debo amor, compasión y algunas lágrimas. ¿Y por qué no, si jamás me ha traicionado ni ha dejado de advertirme sobre las trampas del futuro?

Además, este angelito de cobre me inspira actos de valentía y chispas emocionales cuando la vida flaquea. Me asegura que fui amada en su justa medida. Y me pide que a cambio, por medio de él, yo haga la declaración de amor que el mundo espera de mí. Así será.

El signo del placer

Mi madre me animaba a hablar sobre lo que me circundaba, y hasta sobre quién pensaba yo que era. Con discreción, reclamaba palabras que tal vez su hija necesitaría en el futuro. Tiendo a vincular su conducta con algo que ya he relatado otras veces: ella me creía inteligente, pero consideraba que mi forma de hablar no reflejaba lo que llevaba dentro.

Mi padre y mi madre, tal vez por proceder de otro país (aunque ella ya nació en Brasil), no se sentían dueños de Brasil, de modo que su hija debía apoderarse de la identidad brasileña mediante la fuerza de la palabra.

Con mi abuelo Daniel perfeccioné el paladar y todo lo relacionado con las delicias inherentes a la condición masculina. Curiosamente, a propósito de este aprendizaje, debo evocar un episodio que ocurrió en una hacienda próxima a la capital mexicana, durante un almuerzo que me ofreció un gran grupo de intelectuales de aquel país. En aquella comida, después del café, el coñac, los puros y los discursos, mientras sosteníamos una conversación informal, alguien mencionó, en el contexto de mi genealogía familiar, al abuelo Daniel, que según se decía había inspirado el personaje de Madruga en la novela *La república de los sueños*.

Me emocioné al sacar a escena la relevante figura de Daniel, sobre quien me extendí. Y por primera vez fui consciente de cuánto se había esmerado mi abuelo para brindarme aquella educación sobre vinos, comida y puros habanos. Me enseñó a servir el vino sin dejar caer una sola gota en el mantel, a leer la carta en el restaurante imaginando el sabor de cada plato, a introducir con cuidado el palito en la punta del puro para luego cortarlo. Y, a ser posible, humedecerla con cautela en el coñac, como a él le gustaba. A mí me encantaba complacerlo. Sin embargo, al recordar sus gestos en ese momento, me daba cuenta de que Daniel me había enseñado sin querer algunas prácticas propias de las cortesanas al servicio de los caballeros parisinos, que mantenían sus casas para el disfrute de toda clase de intimidades. Una situación social que Colette, fina escritora sobre las costumbres, desmenuzó a la perfección en su novela *Gigi*, lectura que hizo aflorar en mí la reminiscencia amorosa del abuelo Daniel.

Aquella alianza entre abuelo y nieta persiste en la actualidad, muchas décadas después. Durante todo este tiempo he venerado su recuerdo sin consentir que mi amor por él se marchite. Gracias a él arbitro sobre los placeres de la mesa. Del mismo modo que me deleito con otros amores que mejoran mi gusto. Como mi padrino y mi madrina, Ceferino y Teresa Gondar, que en la isla de Arosa, adonde íbamos a verlos cuando visitábamos España, nos ofrecieron el mejor ágape de toda mi adolescencia. También mi madre, familiares y amigos. Comparto con ellos la vida que aún tengo.

Natália

Natália Correia se ha despedido. Gran poeta, dominaba la palabra, tenía el don de la poesía. Concordaba con los ideales portugueses de cualquier época. Mujer de corazón dramático, temperamental, era lusa. En defensa de la latinidad, proclamaba que no existía ninguna civilización genuina fuera de sus raíces e influencias. Para reforzar su opinión, apartaba del horizonte cuanto se hallara dentro de la esfera anglosajona.

Siempre me dio muestra de su afecto. Pero la espantaba que, pese a ser yo de formación latina, brasileña, una europea ibérica, si bien de educación germánica, inglesa, profesara una admiración incondicional por el universo de los bárbaros, por la literatura norteamericana, que ella desconocía ex profeso. Circunstancia que, por otra parte, era común en la España de décadas pasadas, así como en Río en los años setenta, entre mi izquierda de entonces, que nada sabía de Melville o de Faulkner.

Aún hoy tengo su efigie en la memoria. En cada visita a Lisboa, me pregunto dónde se alojará su fantasma lírico y generoso. Siento su ausencia. Al fin y al cabo, yo prosperé con la visión que ella tenía de Camões. Cómo discutíamos, emocionadas y apasionadas, el amor desesperado de Pedro e Inés de Castro, la gallega. Yo, siendo una mujer tropical, me preguntaba cuál podía ser la razón de tanto sufrimiento para mi amiga lusa. Cuando en realidad lo mejor era alzar la copa y brindar por la vida, pedir a los dioses que la prorrogaran.

Con ella me reía en cada encuentro. En Río, en São Paulo, en Moscú, en San Petersburgo y, naturalmente, en Lisboa. Nadie controlaba su adorable furia, que además, según decían, levantaba pasiones entre los intelectuales de su época. Sé de muchos de ellos, pero callaré. Había motivos para despertar sentimientos febriles. Tenía un cuerpo opulento que exhibía unos senos espléndidos, sostenidos por un cuello encalado que inspiró poemas; el cabello en un moño, y una brillante mente universal.

Violenta y depredadora, qué deslumbrante interlocutora era Natália. Una insular rara, de las Azores, que saltó del siglo XV directamente a mi salón de Barra, donde vino una vez a cenar. Y a sabiendas de que yo conocía su refinado paladar. Había, pues, que ser generosa y procurarle alimento como si fuera un peregrino que necesitara acumular energía para su larga jornada. Y así fue, la comida en la mesa humeaba.

Ah, casi se me olvida. Me preguntó por Lygia, a la que admiraba. Sin mencionarla directamente, quiso saber, o conocer, los enigmas de aquella paulista de cuatrocientos años. Conversamos sobre la gran brasileña, y a continuación nos volcamos en los trovadores y goliardos que tanto nos gustaban a las dos.

Entre otras exquisiteces, le serví un chorizo de Extremadura que aún guardaba en la nevera. Ella sonrió agradecida. Al fin y al cabo, Natália y yo éramos de una raza que mezclaba en el mismo plato la gordura y la desfachatez del amor.

Nélida

La memoria es frágil. Consulto sus fuentes con el afán de defender mis haberes. Confundo la corona de laureles con la de espinos.

¿Y quién será dueño de mí? ¿Yo?, ¿o mis recuerdos, que funcionan como un legado paralelo a mi ser? Una materia que apenas domino y con la cual no cuento cuando más la necesito.

Ante semejante pugna, ando a la deriva. Evito abogar a favor de la memoria que simplemente transcribe una recolección de datos. Y que sabe en qué cajón se guardó el documento que el ministerio público exige para salvar mi vida.

Esta memoria, que a veces me abastece, también expulsa de mí quien soy. Y actúa con la certidumbre de que podré contar con ella para cumplir requisitos mínimos, o para afirmar, a quienquiera que sea, que mi pasado merece ser narrado. Aunque no sepa si esta misma memoria, cuando se manifiesta, expresa la cúspide de mi vida. Pero ¿de qué me sirve acopiar alegrías y disgustos, simples escombros de la existencia? No sé qué decir.

Suma de aciertos

La creación es una suma de aciertos y desaciertos de la utopía humana. Nacemos para soñar lo imposible, y nos persigue el descrédito de ser incapaces de depurar la especie, esa es la verdadera maldición de Caín, el peso que, aun cubriéndonos de lentejuelas, nos arroja al cautiverio.

La vida, sin embargo, nos proporciona subsidios para combatir la melancolía. Entre el libre albedrío y el yugo de la conciencia, las ilusiones del mundo nos asfixian. Tan falsas como las pesetas, según el axioma de otrora, las ilusiones se fraguan con los alquimistas medievales. Y no dejan secuelas visibles.

El imperio del placer, a su vez, procede de la exaltación de los sentidos, que en su enardecimiento conduce a olvidar la honra y las promesas. Qué triste.

La libertad también es esclava de la lujuria, el delirio pasional la encarcela. Nos queda suponer que no hay atisbo de libertad en medio del gozo agónico.

Vale creerse dueña del lenguaje poético y dejar de exigir de mí misma lo mejor que habré acumulado desde el pecho materno, de naturaleza pedagógica. Un alimento amable que abrió las puertas de la percepción y me introdujo a los principios familiares oriundos de las aldeas gallegas.

Valores inculcados inicialmente como si otros pensaran por mí y no me dieran margen para contestarlos, o para rectificar su vigencia. Luego aprendí que me correspondía a mí alterar algunos y modernizar otros. Eran valores con la marca de la permanencia, por lo que resultaba difícil renunciar a ellos. Sería como renunciar a la cruz de Cristo, al llanto de aquellos que se sacrificaron en el mundo ancestral por sus creencias y por los albores de la civilización del hombre.

Mis mayores me llevaron a seguir los pasos que se dieron por los caminos del bien y del mal. No siempre deliberé con el lenguaje adecuado, ni elegí el recorrido más satisfactorio. Con todo, los aciertos emanan de los errores, y el error induce a un eventual acierto.

¿Acaso no será una falacia la búsqueda de una moral determinada? ¿Una peligrosa abstracción frente a la fugacidad humana, que oscila entre la tentación del bien y del mal?

Catedrales

Hace años escribí: era la época de los prodigios. Recuerdo cuando la Edad Media comenzó. Mi madre se levantó temprano para regar el huerto y calentar la leche recién ordeñada de las vacas.

Fue cuando anunció a una familia aún soñolienta:

—Venid a ver cómo nacen las catedrales.

Hoy en día, las catedrales ya no nacen. Qué lástima.

Un plato de lentejas

Puso a mi disposición un plato de lentejas como en los tiempos bíblicos. No discuto la primogenitura, un derecho que desestimo. Nadie ha venido al mundo antes que yo. Ni mi padre, ni mi abuelo, ni ningún miembro de la familia. Ni siquiera el rey de Asiria, o quienquiera que fuera el primero en dar origen a este insano universo.

Rechazo la herencia maléfica, mientras forme parte de su lenguaje. Pero reclamo el tesoro de la misericordia, refinada y rara invención humana.

Ritual amoroso

En el pasado escribí: «Hay que cumplir el ritual del amor con perfección, al margen de la realidad. ¿Qué posibilidades tenemos nosotros, desconocidos y desconsolados, de alcanzar el ronco gemido de la felicidad? Allí, sin embargo, en el territorio pirenaico, me sumerjo en el regazo de Dios».

Esas palabras simplemente trataban de revelar la inquietante búsqueda de lo sagrado. Ahora oso desplazarlas de este centro inamovible para concederles una dimensión profana que nos afecta a nosotros, a los que amamos.

Y todo porque aspiro a cumplir, junto a quien significa tanto para mí, los oficios humanos que el ardor, la emoción, los sentimientos determinan, incluso nuestra rebeldía.

La mujer de la Biblia

La mujer brasileña también es la memoria del mundo. Expulsada en el pasado de la gerencia de la realidad oficial, se entregó en cuerpo y alma a las tareas domésticas y las lides amorosas, así como a transmitir en la intimidad los códigos morales y religiosos a sus hijos. Siempre con la expectativa de participar plenamente de la poética de la existencia.

En el umbral del siglo XX, el cuerpo de la brasileña abandonó el espacio exclusivo del hogar y acentuó el patrón de su fantasía. Sus actos insurgentes reforzaron su estructura psíquica adecuándola a la modernidad de su ser. Los delitos que practica ocasionalmente precipitan la caída del sistema social. Entre otras iniciativas autónomas, esta mujer deviene un carnaval, vota, defiende cargos públicos. Ya no se siente una extranjera en su tierra cuando expresa su inequívoca liberación. Su creciente protagonismo social impulsa su presencia en el mercado laboral y en el horizonte de la patria.

En este desconcertante rumbo hacia una política libertaria, reclama el reconocimiento público de sus conquistas existenciales, de su plenitud ciudadana, sin renegar por ello de los ribetes ancestrales de su ser. Así, su retrato se moderniza, si bien se dramatiza. Pone en tela de juicio su papel social frente a los nuevos conceptos que le atribuyen, se cuestiona el rumbo a seguir sin excluir el amplio espectro afectivo, los beneficios de la cultura del hogar, el alma arqueológica, las tradiciones fundadoras de la civilización.

Azuzada por los deberes del amor, esta brasileña madruga para ir al trabajo. Sigue levantando los andamios de la quimera. El tenue hilo del difícil sueño de nuestra tierra la anima a demostrar su apuesta por el futuro. Así, se describe a sí misma y se valora, fecunda lo cotidiano con un recetario que la enseña a ser progresista. Junto al coro del resto de mujeres del continente, cree que la utopía no puede estar tan lejos. No para ella, mujer bíblica de Brasil.

Allá donde fuera

Allá donde fuera, me embargaba un sentimiento de iniciación. Una suerte de ritual que me inspiraba emociones inauditas y una fe inexplicable en la vida. Abrazaba el desarrollo de la existencia sin forzar indagaciones. Era seguramente una actitud heredada de mi abuela materna, a la que visitábamos todas las semanas.

La abuela Amada esperaba a la familia con su porte distinguido, en traje de seda y tacones altos. A veces, recién llegada de misa, todavía llevaba la cabeza cubierta con la mantilla española que había olvidado quitarse. En una ocasión confesó que sentía un gran afecto por su velo, que había traído de España, donde lo había comprado expresamente para estrenarlo en su boda, celebrada en Cotobade. Tan pronto fueron declarados marido y mujer, y tras las emotivas despedidas familiares, se marcharon a Vigo, donde vivieron su primera noche de amor. Enseguida embarcarían en el buque que los llevaría a Brasil, iniciando así un viaje sin previsión de regreso a la patria, mientras Amada se preguntaba desde la cubierta de la nave que se alejaba del muelle si algún día volvería a la aldea donde había sido medianamente feliz. O si debía suponer que sus restos mortales reposarían para siempre en Brasil.

Recordaba el día que había conocido a Daniel, un joven altanero, de temperamento fuerte, que le hablaba de Brasil, una tierra pródiga a la que había llegado a los doce años. Amada oía por primera vez el nombre de Brasil, que el guapo Daniel invocaba repetidas veces, como si de este modo la preparara para compartir con él su destino, invitándola, casi de inmediato, a unirse a él en aquella aventura conyugal. Si bien se lo dio a entender, no le dijo que vivirían una odisea plagada de sacrificios.

La abuela hacía largas pausas cuando hablaba, me acuerdo bien. En su carácter predominaba una serenidad derivada de su intensa alianza con Dios. Le era indiferente que su marido fuera un anticlerical convencido, presto a declarar la guerra al clero. Él no se resignaba a que su mujer, siempre afable, contrariase su voluntad al acudir a misa a diario; a que se empeñara en demostrar que le importaba más Dios que su esposo. Pero Amada lo había seguido por amor, renunciando a su familia y a su querida Galicia, y siempre lo atendió con devoción, aunque no dejara de lado sus creencias religiosas.

Daniel, un joven pobre, fue un espíritu insubordinado capaz de desafiar a cualquiera desde el momento en que desembarcó en Río de Janeiro. Le irritaban en particular quienes ostentaban título de doctor, con anillo en el dedo, y pretendían humillarlo por ser inmigrante. Contrataba cotejando su demostrada intuición, afinada por el talento y la experiencia profesional, con aquellos arquitectos e ingenieros que se cruzaban en su camino. A algunos los conocí de pequeña, como Carmen Portinho, brillante ingeniera, responsable del viaducto de São Conrado, y esposa más tarde del arquitecto Affonso Eduardo Reidy. De muy joven ya daba muestras de admiración por mi abuelo, y acataba los principios técnicos de sus obras, aun cuando iban en contra de su propio criterio. E incluso si el abuelo le llamaba la atención con cierto tono ofensivo, ella elogiaba en casa sus cualidades y le pronosticaba un futuro excepcional.

Mi abuela se adaptó bien al fuerte temperamento de su marido. Amparada en su dulzura, nunca alteró el gesto en su presencia. Como si para Amada, que inspiró el personaje de Eulália de *La república de los sueños*, Dios y el esposo, que actuaban en esferas contrarias, no tuvieran derecho a interferir en su conciencia religiosa. Solo ella podía responder por los actos de su alma, disociada de su cuerpo. Seguro que se ofreció a él desde la primera noche de bodas en aquella pensión de Vigo, la víspera del inminente embarco hacia América. A partir de esa unión carnal, concibieron cinco hijos (en realidad seis, pues tuvieron una niña que murió al poco de nacer) que más tarde ocuparon la casa que Daniel construyó en la calle Dona Maria 72 de Vila Isabel.

En ese momento, América significó para Amada el exilio. Estaba convencida de que, al seguir a su esposo, estaba entregándole su vida, sin garantía de poder recuperarla si alguna vez la reclamaba. Pero quizá algún día obtendría la carta de libertad (que de hecho nunca le llegó) y regresaría a Galicia con todos sus hijos. Para mi abuela gallega era fundamental no vacilar ante la adversidad, los años difíciles, la moneda escasa, el trabajo interminable de su esposo, ambos empeñados en la conquista de América.

Tuvieron hijos valientes: Amada, Avelina, Olivia Carmen (a la que llamaban Carmen), Celina y Antônio. Amada, la primogénita, decidida como su padre, se enfrentaba al mundo para defender a sus hermanos. Tenía madera de heroína. Ay de quien tocara a los de su sangre. Como yo, que de niña corría a defender a mi prima Nelita, la primera nieta de la familia, delicada y hermosa.

Amada, a quien todos conocían como Maíta y yo llamaba Tiazinha, me recordaba, de tanto amar hasta el final de su vida, a Nyoka, la protagonista de una serie americana, vestida con traje de explorador de color caqui y sombrero al estilo de Livingstone, que yo iba a ver todas las semanas al cine Pirajá, un local de tres al cuarto en Ipanema, que frecuentábamos bien provistas de golosinas. Yo era tan aficionada a Nyoka, una aventurera siempre dispuesta a salvar a la humanidad de los peligros que surgían en cada esquina, que me resistía a abandonar el cine sin haber visto al menos dos veces cada capítulo. Hasta que mi madre me arrastraba a la fuerza a casa.

La familia Cuiñas sacaba adelante todas las iniciativas de Maíta, pues ayudó a prosperar a los suyos gracias a su fuerza. Aunque era hermosa, se despreocupaba de la belleza, que conservó intacta hasta el final. Vivió sus últimos años postrada en la cama de la casa de Usina, que ella misma había proyectado y construido. Cuando iba a verla, señalaba mi retrato en la mesilla de noche y proclamaba con fervor cuánto me quería. Al despertar, me decía enseguida: «Buenos días, Nélide», y a continuación me pedía que le llevara la lata de bizcochos extranjeros, en la que guardaba una colección de recortes de los logros literarios de su sobrina.

Aún hoy me emociono al recordarla. Forma parte de mí, como mi madre, mi padre, mis seres queridos. Me inspiró el personaje de Esperança, cuyo padre en la novela, Madruga, reconoce con tristeza que aquella hija intrépida debería haber nacido hombre. Hija de la abuela Amada, que se mantuvo fiel a su Dios incluso después de la muerte de Daniel. Aquel marido irascible que, al verla todavía en la cama por la mañana, sin muestra de asistir a misa, se desesperaba temiendo un desenlace doloroso. En su afán por salvarla de una posible muerte, hacía como si la echara de la cama.

—Ve a misa, Amada. Ya es hora.

Y su angustia se acentuaba cuando ella, postrada, se resistía a levantarse. Daniel estaba dispuesto a ceder a su esposa a Dios siempre y cuando esta sobreviviera.

Cómo echo de menos a estos queridos fantasmas que todavía hoy me persiguen, que nunca me abandonan.

Epicuro

Epicuro era griego y tenía por oficio pensar. Quizá se presentara como pensador, que es lo mismo que curar las heridas del cuerpo, y las almas dañadas, y señalar lo imperceptible. El pensamiento, al fin y al cabo, es invisible, es pura abstracción.

Vivió en Grecia cuatro siglos antes del advenimiento del cristianismo. Antes de que Jesucristo naciera y propusiera nuevas fórmulas de vida. Así, en una época muy distante de esta metamorfosis radical, se formó para dejar constancia de sus pensamientos, aun a riesgo de equivocarse. Y es que pensar de forma organizada era tan natural para él como sentarse a la mesa para el almuerzo diario.

Poco sé de la intimidad de Epicuro. Imagino que, al igual que Sócrates, que abogaba por la actividad peripatética que generaba ideas, se dedicaría a explorar en sus paseos los caminos urbanos, que hasta ese momento se reducían a Atenas. Se detendría ante la Acrópolis, que por otra parte podía observarse desde cualquier punto de la ciudad. Una visión asombrosa que completaba las leyes de la estética. Nada osaba contrariar sus dictámenes arquitectónicos.

Epicuro se inspiraría sobre distintos asuntos fuera de casa. Ignoro, no obstante, cómo abastecía el hogar de pan y vino. Quizá el trueque era lo habitual. Intercambiar sabiduría, que tenía valor económico, por miel y ambrosía, por todas las delicadezas del paladar.

Descubrí a este filósofo muy joven. Me contaron que tenía que ver con un pecado que se confundía con la lujuria, con lo superfluo, con el consumo excesivo. Lo cierto es que me gustaron sus reflexiones. Empecé a leerlo atraída por la sonoridad de su nombre, que me gustaba repetir en voz alta. Y enseguida vi que era un sabio, esto es, que sabía cosas que yo ignoraba. También detecté su pasión por el placer, por la comida, por cualquier cosa a la que conviniera consagrarse mientras resolláramos. Con el tiempo aprecié su severidad, su manera de anticiparse a la tragedia para advertirnos. Por último, reparé en que cierto concepto suyo me ayudaba definitivamente a juzgar a los hombres. Cuando afirmaba que algunos navegantes debían su reputación a las grandes tempestades.

La frase afectó a mi visión del mundo. Confirmaba que Epicuro, conocedor de la insensatez humana, había elegido a Neptuno como ejemplo para alcanzar el núcleo del alma donde residían la vanidad y el veneno de los seres humanos. Simbólicamente, atribuía al dios rabioso, señor de las tempestades, el deber de castigar la impericia general, de decretar que los mares se encrespasen a fin de poner a prueba la destreza de cualquier capitán al mando del timón de su barco. La tempestad, bajo su gobierno, medía el talento innato del capitán bajo la amenaza del naufragio. Así, Neptuno evaluaba el coraje de un líder al confrontarlo a un mar que rugía.

Los planes iracundos del dios pretendían que el capitán del navío, ante la inminencia de un naufragio, y sin saber muy bien cómo salvarse y evitar las corrientes diabólicas que expresaban la ira de Neptuno, tuviera el valor de cambiar el rumbo comoquiera que fuese. Solo demostraría ser un guía de perspicacia excepcional, dotado de la grandeza indispensable para estar al frente de sus subordinados, si era capaz, mediante un desmedido esfuerzo, de librar de la ruina inminente al

barco, ejerciendo el poder de la vida y la muerte sobre la tripulación.

La conjetura de Epicuro preveía la existencia de un timonel valiente que, ante el peligro, sorteaba la tragedia, salvaba el barco y a la tripulación. Una criatura que se desprendía de la categoría de simple mortal para convertirse en héroe, en un ser capaz de distinguir de lejos la amenaza y anticiparse. Alguien que tendría clara la idea de que merece la pena sacrificar la mercancía, la propia vida, en pro de un objetivo más elevado. Así pues, su misión se correspondería, ante la exasperación, con la medida de su valor. Lo relevante, frente al desafío trágico, era salvar las vidas y el patrimonio y llegar a buen puerto.

El enunciado de Epicuro es elocuente, se aplica a todas las circunstancias, individuales y colectivas. Apunta a la existencia de un destino que, cuando nos somete a adversidades superiores a nuestras fuerzas, también nos ofrece la posibilidad de alterar la ruta prevista y decidir, en plena crisis, a favor de la comunidad y de los valores que prevalecen.

La entereza de los héroes estriba en asir las oportunidades que desequilibran la acción nefasta de la tragedia y salvarse a uno mismo y a aquel que necesita ayuda.

Sola

De repente, sola, aislada en mi despacho, escuchando el clamor wagneriano que pone en duda quién soy yo en el universo de Wotan, en el Valhalla, y mi grado de vitalidad, que asegura que estoy débil, descubro una frase propia que supera mi conocimiento, más allá de lo que sabía.

Sobrevive desguarnecida, fuera del contexto ficcional donde se sitúa. Ha alcanzado el centro y la periferia, que es la tentación del arte. El llamado blanco, que atrae la perfección de la flecha. También una pobre migaja con la cual me aproximo a la miseria que me rodea, y me compadezco.

Una frase que encierra, con absoluta modestia, mi propia suma teológica. Me salva o me sumerge en las tinieblas. Pero que, si me redime, me libera de una conciencia dolorosa.

No quisiera que mi vida se resumiera en una sola frase. Sería una penosa señal que la creación dejara de sonreírme, cuando la esperanza promete escrutar el entorno con la convicción de que no existen frases terminadas. Al fin y al cabo, estas se forman en el futuro, donde el arte se aloja.

Envejezco de prisa y no discuto esta posibilidad. De nada serviría. Me tienta arrancar de mi corazón algo inédito, algo que ni yo misma sabría afrontar, pero que por la fuerza de su singularidad formaría parte de mi legado. ¿Y cuál sería esa frase? ¿La habré escrito acaso, o es simple espuma?

Somos forzosamente pragmáticos

Vacilo entre opciones vagas. Lloro, aplaudo, tengo ganas de refugiarme en una isla perdida en el más vasto océano, cual bucanero cuya conducta disgustó a la reina Isabel I, quien lo expulsó de su reino.

Bajo la audacia de la angustia, considero que me conviene ser práctica. Abandonar conceptos que me conducen a la metafísica, a la vía cósmica. ¿Cómo ser trascendente cuando el hambre es una plaga que nos persigue desde el amanecer? Forzados, pues, por las leyes de la realidad, la supervivencia nos exige una política de resultados al margen de los sueños.

Recuerdo a los maestros de origen amerindio, como el Inca Garcilaso, que predicaban la abundancia bajo diversos auspicios. La semilla de la abundancia que, aun representando un principio adventicio, acaso también sea un engaño. Pues nos hace creer que la casa, con el trabajo esclavo, es el granero de la nación. Y, por consiguiente, merece la pena morir por un futuro que nos asegure la esperanza, ese tenue hilo de ilusión que se difunde entre los que nada poseen. Sin duda es un arma que los poderosos usan contra los miserables, desentendiéndose de cualquier responsabilidad social, de proveer la cosecha a los hambrientos.

Tal vez algún remoto verano ocurra el milagro de la multiplicación del pan. Y podamos creer que la trascendencia es capaz por sí sola de proporcionar a todos alimento y abrigo. Será entonces cuando se obligue a los terratenientes a ceder mandioca, huevos y maíz a los desamparados para que no languidezcan.

Sin embargo, estamos destinados a la indiferencia. Y mientras en casa nos acusan de desperdiciar aquello que podría salvar al vecino, seguimos sin repartir nuestros beneficios. Y si el pueblo no se ve capaz de reclamar aquello que le corresponde, nos mantenemos apáticos.

De este modo, ni leyes, ni castigos, ni mejoras penales impiden que los delincuentes malversen de las arcas fondos que son de todos. Y levanten siempre a su favor la copa de la victoria.

Un refugio

Mi casa es el corazón de aquellos a los que amo y he amado. Mi despacho es una caverna donde brotan las palabras que sirven de refugio a los mortales. Yo incluida.

Quién sabe

Quién sabe si habré narrado antes incluso de escribir. La historia que iba engrosando con harina y fantasía. Seguramente encantada con la sonoridad de las palabras que no sabía dominar.

¡Me costó tanto hablar! Todo me lo impedía, me equivocaba de tal manera que hasta las amigas de mi madre, Carmen, siendo aún muy jóvenes, me aplaudían. Medir las palabras me parecía un milagro. ¿Y si en vez de equivocarme empezaba a erotizar el verbo hecho de carne y de áspero afecto? ¿Para hacerme, así, un lugar en el mundo?

La indolencia

El hombre es un ser indolente. En su totalidad cósmica, apenas si se concilia con la realidad de la que forma parte. No conserva haberes para la vejez e incluso quema bosques y contamina ríos. Consume las palabras como si fueran desechables, para no verse obligado a decir lo que se espera de un hombre.

Es egoísta. No ofrece nada al prójimo, ni siquiera cuando le sobra. Vive encerrado en su capullo, prefiriendo no responder por este mundo a punto de desmoronarse, cuando él es el único que podría salvarlo.

Siempre la sangre

En algunos de mis títulos, la familia aparece de forma imprescindible. Su trasfondo, Brasil, Galicia, España, el mundo ibérico. Incluso las peregrinaciones que ha habido en el mundo. Sobre todo las medievales, las que llevaban a Jerusalén.

Daniel, el abuelo, fue mi referente. Aventurero y guapo, llegó a Brasil con doce años. Siento que lo imité al recorrer el camino contrario, de mi país a España, a los diez.

Una vez instalada en la aldea, indagaba acerca de Brasil desde el otro lado del Atlántico, mientras llevaba las vacas de la abuela Isolina al monte de Pé da Múa, que yo situaba cerca del firmamento.

Dondequiera que estuviese, mientras repartía esos doce años entre Brasil y Galicia, contaba con valiosos fragmentos de la infancia que sentarían los cimientos de la persona adulta. De la mujer que soy hoy. Fueron lecciones inaugurales que, por su espíritu libertario, me lanzaron a conseguir cuanto estuviera a mi alcance. Sobre todo ahora que la edad anuncia su fin. Y me repito, crédula, que la vida exige riesgos, sueños y fracasos.

Afrânio Coutinho

Afrânio Coutinho confiaba en mí, me daba constantes muestras de afecto. Así, cuando en 1989 decidí presentarme a la vacante del sillón 30 de la Academia Brasileira de Letras, que antes ocupaba Aurélio Buarque de Holanda, fue un apasionado elector que me llamaba a diario para seguir el desarrollo de la campaña.

El día de la elección me llamó a la casa de Barra, donde yo acababa de recibir la grata e inesperada visita de mi amigo Rubén Fonseca, so pretexto de hacerme compañía aquel día de grandes expectativas. Estábamos comiendo juntos cuando la voz enérgica a la vez que ansiosa de Afrânio Coutinho irrumpió, pocas horas antes de empezar la votación.

Lo atendí contenta, como si nada debiera preocuparme. Pero al instante me puso los pies en el suelo. Quería cerciorarse de que Lygia Fagundes Telles, que pugnaba por mi victoria, ya había enviado su voto. Relativamente inquieta, le confesé que, de hecho, yo no se lo había pedido, y que a ella tampoco se le había ocurrido enviarlo desde São Paulo, donde residía. Lo cierto era que Lygia había insistido en estar presente en la sesión para depositar su voto en la urna.

—¿Y en qué hotel está? —insistió Afrânio.

Y cuando le dije que ya estaba de camino a Río, que su autobús llegaría a las dos de la tarde, y por lo tanto a tiempo para la sesión, que comenzaba a las cuatro, se puso a despotricar contra nosotras.

—Sois las dos unas irresponsables. Basta con que se pinche una rueda en la carretera para que perdamos estas elecciones.

Y tenía toda la razón. Suerte que gané. Y reconozco que mi ingreso en la Academia Brasileira de Letras, después de tantos años de confraternización y de haber sido presidenta de la Casa en el año de su centenario, en 1997, es todavía hoy un honor que ocupa un profundo lugar en mi corazón.

Cómo echo de menos a este amigo inolvidable, siempre presente en momentos especiales de mi vida.

Emoción punzante

Si un día Dios me priva de la emoción, estoy dispuesta a comprarla. Todos los días depositaré sobre el platillo de la vida una moneda con la esperanza de que se convierta en una emoción, aunque sea crepuscular.

No hay sorpresa benigna que no me asfixie. Sin revelaciones emocionantes, anticiparía mi muerte; el vacío de cuando los vecinos nos miran sin la menor piedad. Al final, la compasión que se espera del otro refleja lo mejor de nuestro ser. Si se recurre a ella, aún queda esperanza. De lo contrario, se deja de apostar por la fantasía y el reino de los hombres.

Me empeño en sentir que el corazón se doblaga ante el impacto de las flechas dirigidas a san Sebastián. La imagen es trágica, y puede que hasta de gusto dudoso, pero es como yo lo quiero.

Escucho música y alivio la serenidad indiferente. Y a continuación enaltezco el hecho de pelar una patata y decorar la superficie con el cuchillo afilado, obedeciendo a la inesperada fantasía. Para poder crear corazones, pétalos, figuras minúsculas.

Intento mantener despierto el placer de estar viva. Reafirmar la convicción de que pese a los sobresaltos, a las sacudidas de la pasión agónica, a la perplejidad ante la muerte próxima, hago justicia a la existencia.

Al menor contacto físico que sucede a una emoción, soy menos egoísta, y reparto mis bienes aunque no me lo pidan. Esta suerte de estremecimiento emocional se reviste de un manto que nos abriga, a mí y a mis compañeros. Así, la emoción me protege. Me hace viajar montada en una alfombra voladora.

Las ensoñaciones

Anoto las ensoñaciones que acometen al escritor y que la literatura consiente. Gracias a ellas, Micenas y Delfos existen, y Heródoto, a su vez, sucumbió a la teología de la imaginación.

Los pueblos nómadas e incultos siempre me atrajeron, desde el momento en que advertí sus huellas. Igual aprecio he sentido por los pastores de las ovejas descarriadas que se adhirieron al dios único, abstracto, invisible, sentando así las bases del cristianismo. Según su secuencia, sus sucesores se sumieron en la fantasía hasta el desenlace de Cristo clavado en la cruz. De manera que, tras el Calvario, introdujeron los mandamientos y demás malditas y misericordiosas ocurrencias históricas. Siglos después, el imaginario religioso cruzó el Mediterráneo a remo con el mito mariano en la proa, para depositarlo a los pies del severo Bernardo de Claraval, que amonestaba a reyes, templarios y cistercienses.

Estas leyendas arcaicas que se modernizan, y cuyo encanto corroe la lógica y la racionalidad, tienen el don de ampliar el horizonte creador. A cada año que pasa se vuelven una materia indivisible con la que me avento, como si de un abanico mitológico se tratara, en las noches del verano carioca.

La historia de la soledad

Soy solitaria como todo el mundo. Es un signo universal. La soledad de cada cual contiene una historia. Una trama voluble cuyo epílogo amarga a quien la narra. Acaso una historia capaz de recoger, mientras se sufre, los días vacíos y la versión que una concibe del propio dolor. E igualmente se vincula con la memoria que guardó los restos de los últimos años, cuando yo creía que ya no había nada que mereciera la pena conservar. Simples recuerdos que compensan aquello que ya no se posee.

A veces, con el ansia de contar la historia del mundo, pues tal es mi grado de ambición vagabunda, acaricio lo más cercano a la esperanza de obtener la llave de un tesoro cerrado que jamás ha estado a mi alcance.

De repente, la puerta vecina se abre, y el dueño se despide sin cerrar con llave su hogar, indiferente a que yo pueda robar lo que hay dentro y que él no valora. Tal vez aspira a que lo priven de su propia historia personal, a que lo vulneren, para devenir un personaje de la escritora Nérida a la que dice admirar. Una historia que yo decantaría como un buen vino tinto, salvándolo así del anonimato. Es decir, un ataque típico de los anales de la literatura, que lo retiraría de las biografías inconclusas. Y de cuya trama no dispongo, para no dejar en blanco las páginas de los libros de su época. Al fin y al cabo, ¿las historias ajenas no son un bien público con el cual erigir una trama emocionante e insensata?

Ahora bien, hay instantes que reducen el grado de soledad y hacen la vida más grata. No siempre los identifico, ni sé por qué a veces irrumpen alma adentro. Medito, y dudo al responder. Dispongo de múltiples conciencias para todo, aun cuando no siempre vayan juntas. Sobre todo en cuanto a la moral y la estética. Ambas destacan en el espacio acústico de la vida, donde caben las voces que se igualan a la deslumbrante turbulencia coral de la Novena de Beethoven.

Destino

Cada persona es dueña de su destino. Forja la secuencia de sus días. La experiencia ajena no es un legado susceptible de ser transmitido. Heredamos la historia colectiva, pero nuestra exégesis personal contradice la versión impuesta. No obstante, conviene que la mujer, durante los años más tiernos, se sensibilice con los personajes que salen de las páginas de la historia, aun cuando sean evocaciones de épocas remotas.

Que no se dé el lujo de desairar lo que ve, lo que oye, lo que lee. Que ejercite el debate consigo misma, que cuestione su opinión para poner a prueba sus convicciones. Y que no malgaste su vida. Que en cuanto se despierte sea consciente de lo fácil que es fracasar, torcer la tendencia de su futuro.

Desde joven me incliné por una actitud de resistencia. Había que rechazar cualquier propuesta que combatiera la tenacidad, el espíritu público, el valor de vivir. Es necesario persistir. No creer en milagros, ni en escenarios idealizados o idílicos.

Sueños

Sueño con las peripecias que la vida no me deja vivir. La expectativa de aguardar que suceda la aventura supera la épica personal que en ocasiones experimento.

La carga del viaje

En medio de la neblina del puerto de Vigo se abrió el velo de un nuevo recuerdo. Entonces agradecí la carga de un viaje gracias al cual me eché a la espalda otra patria, aparte de Brasil. Como si no tuviera suficiente con un solo territorio para responder por los desvaríos del mundo.

Mi padre y mis abuelos tenían carnet de extranjeros, pero aseguraban ser también de Brasil. Era un estigma desconcertante, pues amaban las dos tierras con igual intensidad. Pensé en pedirles un día que me aclararan qué clase de amor sentían por la tierra que los había acogido y donde habían sembrado hijos y nietos.

Yo sufría por que, como extranjeros, les arrebataran los derechos que yo tenía asegurados solo por nacimiento. Para compensarlos, valoro todos los gestos que vinieron de ellos y que difundieron en su entorno. Y es que, gracias a su vínculo con la memoria brasileña, nada de lo que ocurriera en estas tierras les resultaba ajeno. Por lo tanto, tenían profundos recuerdos de mi país. Al igual que yo, amaban el paisaje de la bahía de Guanabara, cuya belleza a veces me entristece. Pero, en mi esfuerzo por ofrecerles la retaguardia brasileña, sabía que los vínculos existentes entre la tierra gallega y mi esfuerzo moral eran indisolubles.

Estaba aprendiendo a ser parte de una familia inmigrante. De un pueblo que, al abandonar su tierra natal, había corrido el riesgo de quedar sumido en la depresión, vestirse de luto, perder fragmentos de su alma. Pero debía aceptar mi origen. Llevar en la alforja de la vida una provisión de leyendas, de seres inquietos que me hablaban en una lengua que al principio se me hacía áspera, hasta que entendí una cultura que llevó a mis amigos a abrazarme con los ojos empañados.

En el colegio Santo Amaro, de monjas alemanas benedictinas, yo diversificaba mi educación a fin de ampliar mi imaginario. Y crecía el conocimiento que adquiría con la Biblia, con la literatura, con la música. Cada libro que leía me revelaba una nueva patria, que incorporaba a otras, anotadas en los cuadernos escolares. Y a medida que ganaba un día, descartaba el anterior.

Sin embargo, al dejarme llevar por la tentación de inventar el país de mi padre después de conocerlo, aprendí la lengua gallega, saboreé la comida y recorrí los prados y las montañas. Participé en ceremonias secretas, intraducibles. Supe que estábamos condenados a vivirlo todo con intensidad. Y que aquella cultura arcaica no admitía desperdicio. El eco del corazón gallego me confirmaba que el mundo era narrable.

El rostro de Dios

Desconozco el rostro de Dios. Su mirada atenta y devoradora. Alguna que otra vez intenté seguir su palabra, que es de elaboración humana, pero fracasé. Para los mortales, Dios es un transeúnte de camino hacia la soledad cósmica.

Temerosa, dejé mis pertenencias a su sombra. Sé muy bien que el mundo, en su conjunto, es vecino de Dios, que tiene la autoridad que a mí me falta. Sufro, pues, el peso de la frustración, de saber que no me corresponde a mí cultivar el trabajo divino. Por consiguiente, ignoro cómo dirigirme al Señor.

Aun así, insisto en que Dios y los demás me escuchen. Aunque Dios no sea la esencia de mi discurso, y yo no sea su voz, pues no la reproduzco, la vida me advierte que merezco el silencio universal. Al seguir las huellas del Señor, yo también temo que fracase la sintaxis humana.

Ante el rostro divino me aferro a este valle de lágrimas y a esta llanura donde todo reverbera. Y la existencia aflora en su esplendor, como si recorriera un torrente de agua fresca. Me queda someterme a la astucia del tiempo engendrado por el ser humano.

Pero ¿por qué todo es breve en este escenario que nos fue destinado? ¿Y por qué no soy más que un instrumento de los sentidos que atizan mi cuerpo, que resquebrajan mi memoria?

Hay que precaverse frente a tantas divagaciones metafísicas. Al fin y al cabo, el proyecto de Dios en toda su magnitud empalidece el sueño del hombre, supera cualquier aventura o medida. Equivale a acercarnos al epicentro de la tierra y dejar a un lado el rico sabor del tocino brasileño.

Con todo, la fe es asombrosa. Exige que loemos su misterio con las manos llenas de agua de la fuente. Y que atenuemos su fortaleza con un asomo de incredulidad.

Sopeso

Sopeso aspectos de la vida cotidiana por medio de cartas barajadas procedentes de lecturas al azar. No obstante, reacciono a los versos descifrados que en nombre de lo poético cierran las puertas a mi percepción.

Frecuento con asiduidad las páginas de la historia. Desde Heródoto y Tucídides hasta los anales de los historiadores modernos. Me atrae la imaginación de los maestros de la historia, la manera en que, entre papeles desgarrados, combinaron con acierto hechos aislados, tal vez despreciables, con otros a la deriva de su tiempo. La devoción por el pasado parte casi desde el origen del mundo, en un empeño por resucitar muertos que se resisten a la oscuridad a la que fueron relegados. Estos investigadores, conscientes de que la realidad histórica, carente de una veracidad palpable, exigía pruebas y el acopio de datos, se dispusieron a recomponer épocas tiempo atrás soterradas.

Me pregunto cómo confirmará el historiador que sus conjeturas son correctas, y cómo determinará la exactitud de su narración. De qué forma resuelven la postura infeliz de los personajes derrotados en la Primera Guerra Mundial cuando acceden a la Galería de los Espejos para dar comienzo a la ceremonia de firma del Tratado de Versalles.

Como autora de ficción que también lidia con lo improbable, imagino el grado de perspicacia de estos especialistas a la hora de evaluar las áreas de riesgo sobre las cuales se mueven para avanzar en sus conclusiones. Como la secuencia de hechos que se adopta para camuflar errores e imprecisiones. Como el juego amoroso que tal vez se establece entre el que marca los tempos de la historia y los partícipes, los reyes o la plebe. Las falsas simetrías que surgen de la humanidad del historiador. ¿Acaso los diagnósticos no se basan en análisis subjetivos? ¿Acaso no son todos, narradores y protagonistas, parte condicionada por el momento de la historia que puedan conocer? ¿Acaso no son todos víctimas involuntarias de la rígida ceremonia de la vida, cuando se prestan a desfilar ante el espectáculo de la historia?

Quizá estas personas que manosean documentos, fotografías, paisajes petrificados perpetúan versiones con las que consagran a reyes, generales y pueblos, donde hasta la esclavitud prospera. Todo eso que, en fin, forma parte del dramático horizonte humano.

Los ojos

Últimamente sufro severas limitaciones de visión y no hay nada que hacer al respecto, según afirman reputados oftalmólogos. De París, Oviedo, Barcelona, Río y Belo Horizonte.

Al menos ahora recibo las malas noticias como si se las dieran a un ser que evita estar allí. Y me digo a mí misma, como para aliviar días sombríos, que esta degeneración podría deberse a que me excedí en el afán de contemplar el mundo. Y como consecuencia, alguien, o la vida con su voz soberana, me llama la atención por mis excesos.

Pienso en lo que me ocurre y no sé exactamente si mi actual complacencia seguirá siendo la misma cuando ya no vea nada. Cuando me vuelva técnicamente ciega a una edad en la que es difícil adaptarse a una realidad concreta, a la rutina cotidiana. Sobre todo cuando ya no pueda leer ni escribir, esos gozos que son mi vida.

No me he quejado ni entre los más íntimos. Ni siquiera cuando empezó este calvario. Leo poco, escribo con dificultad, apenas distingo a nadie de lejos. Pero siempre he confiado en la bondad ajena, como decía Blanche DuBois, por lo que recurriré a quien tenga cerca para que me sirva de apoyo. Y seré bien acogida. Para mí es importante seguir desarrollando mi capacidad de vivir. Y cuando la angustia secreta cese, ya veremos.

Despertar

Al despertar, finjo que soy feliz. Me dispongo a elaborar la lista de los manuscritos, los libros y los días vencidos. Mi testamento literario designa quién recibirá en el futuro los bienes que he poseído. El testamento no deja de ser un simple papel. Pero me tranquiliza.

Avanzo por la creación

Avanzo adentrándome en la creación. Al poco rato, supero las trabas del lenguaje. Puesto que estoy atada a conceptos estéticos no siempre amables, hago un balance de la existencia sin rehuir los recuerdos dolorosos.

Cada frase me lleva a sentir hambre por la vida, que aún me sobra. Me veo reflejada en un espejo realista que desafía mis intereses. No quiero ser Nélida, la escritora, sino la vecina anónima.

Como servidora de las turbulencias humanas, me relaciono con las señales imperceptibles de lo cotidiano. Lo agradezco. Me corresponde ser la mujer que arde como una zarza ardiente.

El poder del cuerpo

Me limita el poder de mi cuerpo, capaz de superar el clamor de la mente.

Mi pueblo

Desde muy temprano aprendí a formar parte de una familia que, al abandonar su tierra al otro lado del Atlántico, corrió el riesgo, cuando atracó en Río de Janeiro, de vestirse de negro, de perder pedazos del alma que difícilmente recuperaría.

Yo entonces no comprendía, en medio de los ruidos de la infancia, el significado de la dualidad de ser dos personas en una, obligada a absorber una creencia y rechazar otra. Pero empecé a presentir que convenía aceptar esa suerte de apostasía, a fin de recoger al poco tiempo los efectos de cualquier tipo de fe.

También entendí que los excesos del corazón me engrandecían. Me beneficiaba ser cuanto pudiera acumular. Al fin y al cabo, atesorar los bienes humanos abre los caminos del conocimiento. Así, adoptar la amalgama procedente de Brasil y de España significaba descifrar mi misterio personal.

No cabe duda de que la literatura me ayudó a recorrer ese camino abrupto, tanto como estimulante. Por medio de la lectura y las palabras que esbozaba en el cuaderno escolar, fui recopilando las irradiaciones culturales que habían sembrado nómadas, vándalos, peregrinos, anacoretas, caminantes, de los cuales me hice heredera al tiempo que recogía todo aquel conocimiento disperso, surgido de las chispas del primer fuego.

La curiosidad por los siglos que habíamos dejado atrás me movía a explorar la imaginación. Me permitía ser la Dama de Elche, de quien, según Natália Correia, gran poeta lusa, yo había heredado algunas facciones. Como consecuencia de estas analogías imprevisibles, volcaba a mi corriente sanguínea el mundo entero. Visitaba con ansia apremiante ciertos siglos por los que tenía preferencia. Quería que me obligaran a pensar hasta la exactitud. Eso hacía. Era bárbara y civilizada, una combinación necesaria. Era ibérica, gallega, española, lusa, intrínsecamente brasileña, tras cumplir los rituales y remar por el Mediterráneo que desembocaba de milagro en el Atlántico.

El arte no peca

Vivamos en el tiempo de vigilia en que vivamos, el arte no peca. Desde tiempos inmemoriales, su moral ha sorteado el abismo de la conciencia y la vorágine del lenguaje. El arte, con su instinto libertario, desbarató el mundo falsamente asentado sobre piedras, hizo posible una narrativa cuya construcción mental estuvo siempre al servicio del entendimiento humano. Una constatación que explica por qué algunos momentos que conformaron nuestro origen demuestran ser un simple gesto concebido a lo largo de la noche de los siglos.

El arte no acepta juicios de valor. Puesto que procede de los cráteres del inconsciente, su soberanía rechaza al creador que, entregado al libertinaje mercantilista, incumple el deber de revelar los versos poéticos del verbo y los designios secretos de la narrativa. El mismo creador que obstruye la estética que, sujeta al humanismo y a la vocación de transgredir, refleja una ética que tiende a inhibir los excesos de la voracidad humana, a operar en aras del pensamiento. Y esto, para que la estética y la ética, pues van de la mano, den curso a la defensa de los intereses de la sociedad, se impongan sobre la crueldad, sobre el mal absoluto.

Con todo, la intrínseca filosofía de la estética nos ofrece la pujanza de lo real. Interpreta las creencias, la teología, el estatuto del pensamiento, los acordes musicales, el alimento, la palabra, los nombres del bautismo. Un primoroso conjunto sin el cual no sabemos quiénes somos.

Y siendo inseparables la estética y la ética, se refugian al auspicio de la cultura, que es una argamasa común a ambas. Aunque siembre la discordia, nos reconoce como hijos de su discurso, de su grandeza, de todo cuanto se origina en su densa malla.

La estética, en cambio, como parte visible del arte, es una fuerza motriz presente en los momentos históricos e íntimos. Al abrigo del conjunto de las acciones humanas, su actuación es proteica, pues asume formas diversas, modela un carácter que oscila entre lo insidioso y lo benéfico. De ahí que la estética sea, en el ejercicio del arte, difusa, inconsútil, arcaica, carnal, mítica, trascendente, arqueológica, moderna, tradicional. Señora de una imaginación dispuesta a expresar las contradicciones que impregnan el corazón humano, se halla siempre en la inminencia de naufragar ante los subterfugios del arte.

Desde la remota antigüedad, la esencia del arte ha sido siempre el caldo de la experiencia vivida y la exacerbación del caos. Y en su afán por legitimar su humanismo, pasó por alto acopiar conocimientos e intrigas, atraer el misterio habido al borde de los umbrales del mundo.

Al arte correspondía reaccionar por igual a la lengua y a la cosecha de patatas. Alimentar nuestra pasión por lo cósmico; e incluso exponer las diversas maneras que tiene el hombre de inventar lo cotidiano, traducir las aflicciones, la finitud, los vestigios ilusorios, las ambiciones desaforadas, el hambre de pan y de oro.

El arte siempre ha suscitado revuelo. Ha superado la cumbre de la tragedia griega, el panteísmo de explosión feérica que sometía a los hombres al beneplácito de los dioses hasta el advenimiento de Cristo, que inspiró la creación de un discurso revolucionario de gran capacidad dramática.

En el curso de tal gesta, permitió hechos cuya expresión poética, inherente al propio arte,

rechazaba expurgaciones, fronteras rígidas entre lo sagrado y lo profano, la desvalorización de lo fastuoso o licencioso. Pues siendo la moral del arte fundamentalmente espuria, prestaba servicios indistintos a todos los pueblos, a todas las clases, a todos los tiempos, a todas las civilizaciones habidas. Incluso a feroces intérpretes como los goliardos, aquellos poetas del medievo que abusaban del lenguaje escatológico.

El arte siempre ha estado presente en el mundo. Surgió cuando las primeras llamas proyectaron siluetas en las cavernas, mientras la arcilla se convertía en la primera vasija de estirpe creativa. Fenómeno a partir del cual se abrió la puerta al inicio de actividades que multiplicaron el repertorio de ideas y eventos, en medio de la creciente expectativa de que afloraran talentos dispuestos a proclamar reformas estéticas, rupturas sociales progresistas, con el fin de enriquecer la civilización.

Como escritora, la plenitud de mi oficio me ha llevado hasta el meollo del conocimiento. A comprender que no atañe a la creación divulgar falsas ideas paradisiacas, ni reconciliar a adversarios, ni erradicar divergencias, ni facilitar reconciliaciones. Y es que, dado que el arte es voluble y surge en condiciones desfavorables, del arsenal de metáforas, de las fabulaciones, de los sentimientos inaugurales, no responde necesariamente por la paz entre los hombres.

Más bien al contrario. Al frecuentar lo sublime, lo monstruoso, lo propicio, lo nefasto, el arte insufló a la creación la turbulencia anímica, metabolizó la existencia, minimizó y magnificó las acciones negativas. Y al mismo tiempo imponía en el espíritu del creador la semilla de la inquietud, de la inconformidad, de la perennidad de la palabra, del desencuentro con lo real. En fin, la adopción de una filosofía que proyectara al hombre sobre el centro del mundo.

Al caer la noche

Cuántas veces, al caer la noche, habré dado vueltas en la cama, dominada por una fiebre que me advertía del asombro que provoca el arte. El convulso deseo de crearme capaz de avanzar por los meandros de determinado proyecto narrativo que hace tiempo me da la espalda.

Un estado febril que me confirma que formo parte de un linaje a merced del lenguaje creativo, y que me lleva, con aprensión, a ahuyentar soliloquios mezquinos, a mantenerme al borde del abismo, a confraternizar gustosa con aquellos escritores que cedieron su sangre para hacerme feliz. Sublimes aventureros de la narrativa que me regalaron títulos y personajes con espléndidos galardones. Deslumbrantes viajeros del alma humana, embusteros inagotables. La mentira que reviste nuestras acciones.

Así, para seguirlos, he conservado siempre intacto, en diferente grado, mi espíritu aventurero. Al igual que ellos, he viajado por los patios vecinos y por mi propio interior.

Ninguno de esos autores me reconcilió con los mansos límites de mi casa, ni me ató a las cadenas del hogar. Exigí desde una tierna edad que los libros me desplazaran del eje del alma, ese territorio insuficiente para mis inquietudes. Sin piedad, esos héroes afables y agotados me reconfortaban para el pedregoso camino que tenía por delante.

Los consideraba hechiceros que, con el impulso de la pluma y entregados a la labor de envenenar la realidad con sus diabólicas conspiraciones narrativas, me enseñaban a conocer el laberinto humano. Pero también los veía como tejedores de tramas vividas por sus recalcitrantes personajes, aunque jamás por ellos mismos.

Siempre envidié su raro don para navegar por las acciones humanas y darles un rumbo inesperado, como obligar a Ulises a atracar finalmente en Ítaca después de tantos años de ausencia y responder por sus deberes conyugales.

Por medio de sus recursos y su lenguaje, la realidad se adentró en mi cuerpo. Un ejercicio de seducción con el que iba ampliando día a día las fronteras de lo real. He aquí el milagro del arte.

Los mitos amigos

Lo mejor del viaje es poder prolongarlo sirviéndonos de la memoria. Y, a ser posible, exagerar los hechos vividos y hacer creer a los demás que cualquiera es un héroe después de dejar el hogar y poner los pies en el camino.

Ansiosa por seguir la ruta de la aventura, llegué a O Cebreiro por la mañana: la emocionante puerta de entrada a Galicia para los peregrinos que escogieron el camino francés para llegar a Santiago de Compostela. Una región que fascina por su belleza y su evocación mítica.

Allí estaba yo, con el bordón, la mochila y la concha, queriendo ser a la fuerza un personaje medieval surgido de las crónicas de Calixto, dispuesta a morir por defender sus convicciones de vagabunda en el mundo. Alguien que en tiempos pasados hubiera participado de las sagas vinculadas al Cebreiro, de donde supuestamente surgió Amadís de Gaula, grata figura del repertorio legendario, mencionado también por don Quijote, y acaso inscrito en el propio Santo Grial.

O Cebreiro se alzaba, espléndido, a la luz del sol. El juego de luz hacía destacar sus pallozas, último vestigio de las edificaciones celtas. Cabañas montañosas de paja y pizarra oscura. En su interior, los hombres vivían agrupados, bajo el impulso de actos feroces y gestos inaugurales. Y mientras narraban historias, cada cuerpo proveía a los demás de vida.

Al hallarme ante semejante universo sentí hambre y ganas de llorar. Y asaltada por la ilusión, repartí el pan, el jamón y las peras entre los mitos que me acompañaban. Confié con humildad en que me revelaran sus enigmas. A continuación me arrodillé, contrita, ante el altar del santuario del siglo IX. Modesta arquitectura de tres naves de inspiración basilical.

Las toscas imágenes de los santos no me parecían severas. Seguramente hablaban la precaria lengua de los hombres, en aquellos parajes donde el mundo pagano se mezclaba con el cristianismo. Santos y dioses caminando de la mano. Ha llegado el momento, pues, de despedirme de los colores, de los olores y de los lugares heréticos. De descender la montaña hacia el valle.

¿Cuántos mitos me estaré llevando en la alforja de la memoria?

Ética

La ética establece una pauta de conducta que aprisiona o libera. Actúa en la región de la conciencia y del corazón, como si una vez instalada allí se encontrara a salvo de cualquier delito cometido.

Pero ¿qué clase de conciencia es esta, maleable y flexible, colmada de artimañas, que ensoberbecida por los crímenes y pecados cometidos se vuelve maliciosamente abstracta a fin de eludir cualquier castigo y obtener su diploma de inocencia? Qué perniciosos somos.

Inconformidad

No sé si es una carta de amor. Pero la ira y la inconformidad me siguen acompañando.

Una nación

Una nación se construye con los ojos, la fatiga, el sueño, la ilusión y la muerte de quienes se esfuerzan a diario y, así, se disponen a admirar a Da Vinci, Cervantes y Machado de Assis.

Las corrientes del cariño

Siempre he sabido que conocería la patria del arte y de la familia. Había que rastrear el origen y las huellas de la fascinación que mis abuelos, una vez que llegaron a América, me inculcaron en el alma como una marca distintiva. Para que asumiera acuerdos irrenunciables cada vez que comiera pulpo y *feijão*.

España estaba a mi alcance. Desde muy pronto, su magia incandescente me desplazó del eje para convertirme en una mujer de dos culturas. Sobre todo gracias a la ayuda de los relatos que oía en la mesa a la hora de cenar y que hacían de la vida un libro de aventuras. Así, por ejemplo, me revelaron cómo el Cid Campeador conquistó Valencia una vez muerto, atado a su caballo. Y hacía acopio de conocimientos para eliminar cualquier hecho que deslustrara España. Defendía a ultranza ideales ibéricos como la diversidad lingüística, el paisaje mediterráneo, cantábrico y atlántico, y el mestizaje derivado del derramamiento de sangre extranjero en la península.

Escuchaba con arrobo los refranes, leía sin parar. Las historias tenían el mérito de propiciar vacíos que la imaginación completaba, y de elucidar sentimientos que, aunque visionarios, eran asimismo de cosecha propia. Aprendí hace mucho cómo los inmigrantes, mi gente, aliviaban el dolor de haber perdido su patria a cambio de inventar un nuevo país que sería la herencia de sus hijos.

Crucé el Atlántico en el sentido contrario al de mis abuelos y mi padre, un viaje que selló mi destino. Entonces conocí una España mística, dramática, desgarrada, pobre, preñada de leyendas y utopías, con un alma que ni Quevedo fue capaz de captar con sus filigranas poéticas. Palpé la sustancia que produjo el arte paleolítico de Altamira, las aventuras marítimas, el proyecto lingüístico de Nebrija, el ansia concomitante por lo absoluto y por la anarquía, los fanatismos que se arrogaban el derecho de hablar con Dios.

El fervor vital que emanaba del pueblo de mis abuelos y mi padre, y que me hacía reír y llorar, tejía las líneas de una existencia apasionada gracias a Teresa de Jesús, a Goya, a Velázquez, cuya pintura narraba el mundo. Y a un Cervantes que concedió al lenguaje inventivo la universalidad capaz de traducir los parámetros humanos.

A veces me preguntaba si no le habría fallado a España al no atender las llamadas de mi corazón, al no tener en cuenta el poder de su memoria. Y si, a causa de esa negligencia afectiva, no habría enaltecido debidamente las catedrales, el cante jondo, las tradiciones familiares, el culto a la comida, el paroxismo de la pasión que allí florecía.

Ahora sé que, al asumir España como parte de mi narrativa, acepté fracturas internas, honré aquello que debía a la herencia familiar, sin por ello dejar de amar nunca con devoción la patria brasileña que llevo conmigo dondequiera que vaya.

Siempre estoy dispuesta a confesar que nunca he olvidado cierto noviembre nublado de mi infancia en que, al desembarcar en Vigo, oí, entre abrazos desbordantes, el sonido de un habla gallega áspera y arcaica que me causó extrañeza. Impresión que superé cuando más tarde vi, en las lágrimas de mi tía Carolina, el primer gesto de dulzura de aquella gente. Y nunca más fui la

misma.

El piadoso convento

La mujer ha sido un tema eterno siempre que se la ha incluido en la historia, desde la estrambótica versión que le achaca la pérdida del paraíso por haber embaucado al débil Adán con la manzana del pecado, episodio de rebeldía que Dios jamás le perdonó, hasta las interpretaciones discordantes y maliciosas relativas a su desempeño histórico, que acaban haciendo de ella una víctima.

Dicho esto, es posible concluir que jamás ha sido fácil ser mujer, corresponder a los ideales que su figura lírica, poética o corrupta, como señora del mal, diva de la lujuria o guardiana del hogar, siempre ha inspirado. Y pese a la gran dificultad de definir su papel en la formación de las sociedades humanas, o de deshacer el dudoso velo de misterio que se ha tejido en torno a ella, tal vez hoy sea factible establecer una serie de consideraciones que le hagan justicia y le reconozcan los terribles sacrificios que se le impusieron en todas las épocas.

Cada vez que frecuento las fascinantes páginas de la historia pasada, reparo sobre todo en aquellos momentos en que a la mujer le estaba vedado alimentar el más mínimo sueño con la esperanza de ser feliz. Serían períodos ingratos, sin duda, en los que tendría motivos para huir del hogar presa del pavor, sin mirar atrás. Para cruzar el puente levadizo de cualquier morada, y nunca regresar. Para ser capaz de matar en su corazón las figuras de su padre y su madre, los recuerdos que la encadenaran.

A partir del siglo XV, tomar refugio en un convento, que seguramente constituía el territorio ideal, permitía esquivar las garras de un destino que arrebatava a la mujer el placer de vivir. Aun cuando cruzar el umbral de este nuevo hogar significara privarse para siempre del festín de la carne y la algarabía de las celebraciones saturnales, frente a un régimen de carencias y escasez; de noche, después de una sopa insípida, el pan y las interminables oraciones, se recogería en su celda y reforzaría su fe entre lágrimas tendida en el catre, sin el consuelo de poder rozarse con un cuerpo ajeno. Con todo, para muchas mujeres vivir en el convento suponía librarse de servir a un señor prepotente y cruel que prácticamente la encerraba en el serrallo como una esclava. Significaba huir de la fatalidad de parir un hijo al año y morir antes de los veinticinco, como les ocurrió a algunas reinas.

Debo confesar que me solidarizo con las mujeres de estos siglos difíciles. Entiendo sus decisiones, sus planteamientos. Yo misma las habría imitado si hubiera nacido en un tiempo que me condenara al destierro, que me impidiera gozar, caminar por donde quisiera, elegir mis opciones. Qué no daría por sentir el delirio del espíritu y la carne, por huir del mundo trágico que se me ofrecía por el simple hecho de haber nacido mujer. Solo que yo, si de hecho creyera que jamás saldría de un convento siniestro dispuesto a roerme las entrañas para aniquilar la fuerza de mi deseo, reaccionaría. Y llevada por la pasión de la aventura, en vez de internarme en un monasterio, abandonaría la casa familiar vestida de hombre, fingiendo ser quien no era. Antes, eso sí, me protegería de la realidad que hallaría fuera del hogar. Así, a hurtadillas, tan pronto ahorrara

las pocas monedas que me permitieran subsistir, me entrenaría con la espada, instrumento indispensable para la aventura que estaría a punto de iniciar.

Y cuidaría otros detalles, como cortarme el pelo, practicar movimientos y gestos masculinos, todo aquello que, en fin, me liberara en apariencia del lastre de ser mujer. Luego, tras hacerme con algunos tesoros familiares y escoger un caballo rucio fiable, cabalgaría bosque europeo adentro y me detendría a descansar en la misma taberna donde la reina Cristina de Suecia, en la película, se ve obligada a compartir habitación con el embajador español, con quien acaba teniendo una relación apasionada. Pero en mi caso no sería así. Pues ¿cómo iba a ceder a los impulsos de semejante amor si precisamente huía del poder marital, de la posibilidad de tener hijos, de ser devuelta al castillo del que había escapado?

Dispuesta a afrontar percances, me consagraría a perfeccionar el arte de ser varón. Con la convicción de poder alcanzar, en el futuro, el escenario utópico donde volver a ser mujer, libre para representar un sexo que nunca habría sido el mío. Aunque al verme otra vez cautiva en una sociedad que no me dejaría en paz, tal vez tendría que recuperar el disfraz y poner rumbo a Jerusalén.

Sin consultar mapa alguno, en esta ocasión tomaría el barco para cruzar el Mediterráneo, y desembarcaría no muy lejos de Tebas, donde me refugiaría en una cueva en la que otrora hubieran habitado los padres del desierto del siglo IV. Aquellos santos cuyas historias tanto me exaltaban. En este refugio, sin que nadie me identificara o descubriera que era Névida, mojaría el pan endurecido en las aguas turbias de cualquier poza para matar el hambre. Me iría volviendo, sin querer, una infeliz ermitaña asfixiada por el desierto, cuando tan solo pretendía ser una mujer libertaria, ansiosa por contemplar Jerusalén.

Al fin, una vez cerca de las murallas, rodeada de sarracenos, en medio de batallas que no serían las mías, temería que descubrieran mi identidad femenina. Con miedo al estupro, a que me recluyeran en una tienda de la que no podría salir sin el consentimiento de mi amante. Sin volver a disfrutar jamás de la aventura, por ejemplo, de amar a quien yo quisiera, y de huir a Mongolia cuando el amor se acabara. Cualquiera que fuera la contingencia, queridos lectores, qué triste destino era el de ser mujer.

Amo las ciudades

Amo las ciudades, pero siento nostalgia por el campo. En el campo abierto se encuentran los animales de los que soy heredera. La vaca, sobre todo, por su mansedumbre, es la madre de todos nosotros.

Las ciudades son una trampa. Caemos en sus profundidades para protegernos de los maleficios humanos. Pero cuando encienden sus luces, también ofrecen el esplendor de la belleza acumulada a lo largo de los siglos.

Duelmo en una casa amurallada por la ciudad. Me impregno de los beneficios del paraíso que existe en mi nido. Temo que la realidad de la urbe me lance al infierno para vivir de cerca la alianza entre el pecado y la santidad. Y así, constituidos de esta forma, cruzamos la plaza en dirección al mercado.

París me atrae, pero le soy infiel. Como lo soy con los demás feudos. Hay tanto que descubrir y tanto que abandonar en la tierra. Además, las aglomeraciones humanas me asustan, desafían el silencio de las aldeas arraigadas en mi memoria.

Ahora bien, dondequiera que esté, pienso en el belén urbano ideal donde instalar mi pesebre. No obstante, la mejor ciudad es mi hogar, enclavado en Río de Janeiro. Asimismo, amo otras tierras donde viví, donde conservo amistades y donde fui feliz.

Mi universo

Mi universo sirve a la palabra y a los seres que piensan, sienten y palpitan en torno a esta materia sutil y compleja, fina como el trazo de un dibujo que se esboza con manos trémulas y el corazón constreñido y contrito.

Río, de Brasil

Mi corazón me reprende cuando actúo como si Río de Janeiro no mereciera que mis ojos lo inauguraran a cada golpe. Como si no fuera en sí un obsequio de la vida que late con obstinación. Un paisaje cuya belleza es el centro de la fantasía brasileña, enclave de los mitos nacionales.

Vestida de heroína, soporto las ventajas y las perversidades, examino los efectos de su repertorio urbano en la psique carioca. Ciudad de carácter dual, una suerte de Juno con dos rostros, Río oscila entre los pobres y los ricos que se tropiezan en las esquinas bajo una falsa armonía social. Pero todos hablan la misma lengua pese a los obstáculos gramaticales. Por otra parte, en el apartado lingüístico, los cariocas tienden a narrar. Su humor los lleva a inventar historias que no han vivido. Pero perdonan a quienes los han arrojado a las llamas del infierno y merecen la cárcel. Pues su frágil ciudadanía no presta atención a las graves mentiras que se les cuentan. Aceptan a los políticos como a un miembro más de la familia.

En el teatro carioca, las clases sociales fingen entenderse mientras dura el carnaval o ante una desgracia. Los menos afortunados aún confían en aquello que los dueños del poder público les prometen.

Río es hermoso, desde luego, pero no lee. Casi todos se igualan en la escasez de conocimiento. No disponen de un arsenal de saber que mejore sus derechos de ciudadanía.

Es una ciudad musical. Dominan el Stradivarius y el *tamborim*. Su carnaval dicta pautas temporalmente felices. Las escuelas de samba bajan de sus comunidades y causan asombro con su refinada estética. Este arte mayor sana las heridas, nos reconcilia con la vida indigna.

En Río, nuestra cuna, teatro y sepultura, superamos las etapas de nuestra biografía. Debemos a la pedagogía de la ciudad su espléndido mestizaje. Es el epicentro de Brasil, la metáfora que Machado de Assis eternizó en su obra.

Ahora bien, está prohibido contemporizar con los males morales con los que intentan malograr Río. Hay que vomitar el veneno que la élite política nos ha inyectado. Pero como amo esta urbe, ahuyento el desencanto. Hay que restaurar la ciudadanía ofendida. Entonar el himno patriótico mientras exaltamos el privilegio de vivir bajo el resplandor de este cielo azulado que se abate sobre nosotros con la fuerza de su misterio. Estoy cansada del pesimismo. Pero se me prohíbe ser optimista.

Inmersión

A veces siento que estoy inmersa en una placidez casi amenazadora. En especial cuando ejerzo el derecho a eximirme de rendir cuentas sobre mis sentimientos, de hacer públicas las amonestaciones relativas a las despiadadas normas de la contemporaneidad.

Reflexiono sobre la banalidad metafísica y cósmica y me doy cuenta de cuán penoso es ser mortal. En consecuencia, enfilo las veredas traicioneras del pensamiento y me someto a la incómoda finitud humana, al silencio que apaga del todo mi agitación verbal y cuanto he atesorado a lo largo de las estaciones. De nada sirve pedir una prolongación de los días, o hacer valer mi falso protagonismo.

Víctimas del tiempo

Somos víctimas del tiempo que nos acecha. Le cedemos nuestra vida llegado el momento. En ese instante imperceptible apenas si nos damos cuenta de que somos bárbaros que derrochan la vida con engaños y palabras vanas. Sin que nos parezca oportuno entender nuestra humanidad y el mundo por el que transitamos.

La vanidad es la materia prima que nos corroe. Nos tapamos los oídos para no oír el clamor del carillón del tiempo advirtiéndonos que la belleza se marchita, así como el arte.

No lidiamos con los años sabiamente. Nos damos el lujo de desperdiciarlos. De creernos sus dueños, sin pensar que son ellos los que fabrican día a día nuestra muerte. En realidad, somos unos insensatos.

Viaje inaugural

En aquella primera visita a España disfruté de una felicidad inaudita, duradera, que me instaba a recorrer la campiña gallega como si fuera dueña de extensas tierras imaginarias. Era evidente que dedicaría a Galicia una devoción inalterable, incapaz de disiparse.

En medio de la expansión de un amor que en ocasiones demuestra ser verdugo, comprendí que era insuficiente vivir tan solo de mi siglo. Convenía explorar otras circunstancias temporales para asimilar mejor todo cuanto me contaran, a fin de asumir que la palabra se explica a su favor.

Me imaginaba como una ciudadana romana accediendo a la época de los césares, para así salvarme. Y como tal, no ser jamás crucificada ni enviada como esclava a galeras. Sabía que, aunque a Pablo de Tarso le había servido ser ciudadano de Roma y hablar griego, extrañamente sufrió una muerte que no debía aplicarse a un romano. Yo, en cambio, puesto que defiendo la ascensión universal, he evitado hasta hoy, en la inminencia de la vejez, exigirle a España la doble ciudadanía a la que tengo derecho, para formar parte de la Unión Europea, aun cuando ciertos mandatarios españoles me brindaron su amistad y me animaron a hacerlo.

Cuando me preguntan por qué, alego una historia personal. En realidad, se resume en el recuerdo que conservo del abuelo Daniel al llegar a Brasil con solo doce años, después de cruzar el Atlántico con destino a Río de Janeiro, ciudad en la que fallecería a los setenta y dos en el Hospital Português, donde yo, de niña, sentada en un banco del pasillo, oía sus gritos de dolor, implorando que le dieran un hacha para amputarse él mismo la pierna porque ya no soportaba el calvario. Tras el velatorio, en el que todos le lloramos, lo enterraron en el mausoleo de la familia del cementerio São João Bautista, rodeado de hijos y nietos.

Los percances de aquella travesía en barco que dio comienzo en Vigo, desde donde partían los gallegos, me acompañan en cada frase que escribo. Llevo conmigo sus temores, su esperanza, su sentimiento de pérdida. Jamás los relego al olvido, pues me humanizan, me mueven al llanto. ¿Cómo olvidar a aquel niño rubio de ojos azules, desembarcando en los últimos años del siglo XIX en una ciudad extraña, sin amigos, sin parientes, con escasas monedas, sin conocer la lengua, para conseguir asegurarme, así como a mi madre y a mi padre, una patria, la pujanza de la lengua portuguesa, la nacionalidad brasileña? Un regalo tan inestimable me impide pedir a España la doble nacionalidad.

Ser brasileña, ciudadana del mundo, es vivificante, mientras que el origen familiar me permitió acariciar el núcleo de la poesía galaico-portuguesa, establecer analogías entre lo arcaico y lo que ha llegado hasta mis días. Recuerdo al viejo campesino de Cotobade sentado a la mesa, con un vaso de vino tinto al lado, untando en un pedazo de pan de maíz el tocino cedido por el cerdo que vi crecer en casa de la abuela en Borela. Aunque esas escenas consolidaban mi visión narrativa, no soporté el dolor cuando mataron al animal al que días antes había hecho declaraciones de amor.

Esta serie de episodios me movió a componer la novela *La república de los sueños*, una saga o

una epopeya que cubre dos siglos de Brasil y otros tantos de la trayectoria española, incluidas las peregrinaciones medievales. Y que, al abordar la inmigración, hace hincapié en cómo los miles de gallegos que partieron hacia América recorrieron la ruta de la utopía individual y colectiva. Sin embargo, la familia Madruga y sus ramificaciones fueron el puntal narrativo, del mismo modo que los Cuiñas, los Piñon, los Muiños, los Morgade, los Lois, fundidos con la sangre de las aglomeraciones humanas, arrastran hasta mi regazo la carga de la nostalgia de quien, al perder su tierra, jamás vuelve a disponer de tiempo para construir otra que la sustituya.

Así pues, estoy hecha de los retazos, de los escombros y de la materia de quien relata, y sin ellos, en conjunto, la narración desfallecería. Doy gracias a haber heredado la vida de cada uno de ellos, y me siento obligada a impedir que vuelvan a morir por la fuerza de mi ingratitud.

El país que yo quise

Nací en el país que yo quise, en el continente que ampara mi imaginación. No habría escogido el siglo XX para vivir, pero gracias a la fantasía puedo disfrutar otras épocas que me atraen. Como los siglos IV, VII y XVI.

Con todo, anoto como un punto a mi favor el hecho de ser hija de la lengua portuguesa. No la cambiaría por ninguna otra, aunque no domine sus entresijos y me tienda trampas para ponerme a prueba. ¡Ah, lengua maldita, que contiene la excelencia de lo sublime y la insidia del pecado! Pero la amo con el orgullo y la desesperación de quien crece con ella.

Entre otros haberes, destaco la familia, los amigos y los animales, que son mis hermanos. Me dan tanto que a veces me avergüenzo de pedirles siquiera un vaso de agua.

También tuve y tengo amores que me nutren de emociones y de intensos sentimientos. Todos los segmentos de mi vida han hecho aumentar mi fe en Dios y la sed de justicia. En última instancia, la literatura es mi destino.

Hago un carnaval de mis sentimientos

Hago un carnaval de mis sentimientos. Pero ¿cómo actuar? ¿Acaso sirviéndome de un frenesí dionisiaco que, oculto en el bolsillo de la falda, espolee las delirantes paradojas, los irresolubles conflictos brasileños?

Recurro a la máscara de la ilusión. Puesto que me cubre el rostro, el inconsciente acusa la insidiosa presencia de Medusa que actúa en la escritura, mi arte. Aterrorizada, hago acopio de energías para que el mito se prodigue en mí y me haga más grande de lo que soy.

Pienso en la América que acomoda con facilidad los mitos en torno a la mesa. El continente comparte con cada mito el *feijão* de cada día. Ante tan prodigioso paraje, la mujer, pese a estar condenada a la invisibilidad, tiene la cualidad de ser astuta, obedeciendo a la herencia griega que mancillaba lo femenino con tales epítetos. Virtud que no me ofende si tengo en cuenta que la astucia es el botín de los vencidos.

Por otra parte, desde el origen de los tiempos se ha creído que la falsedad rige el corazón femenino. Por ende, la astucia enriquece el camino del arte, favorece el uso del lenguaje críptico, de los enigmas eternos. Asimismo, se compromete con los contenidos paradigmáticos, participa del lenguaje acallado por el idioma oficial.

Convivo con hombres en diversas esferas. Observo con ironía cómo se autoproclaman el reducto moral de la sociedad, que aún hoy encarna las excelencias de la civilización. Convicción que impuso al código femenino refugiarse en el inconsciente, a medida que la mujer recuperaba poco a poco la palabra que no pronunció, que no escribió, contradiciendo los dictados que la aprisionaron.

Sin embargo, puesto que la presencia de la mujer en el universo de la alternativa literaria es reciente, ha adquirido la capacidad de manejarse por igual en el mundo masculino y el femenino. De adquirir la certeza de ser múltiple, por lo que es el otro al mismo tiempo. De adoptar el cuerpo de cualquier personaje, al engendrarlo. Siendo su útero la imaginación, conlleva la doble función de parir la poética propia y la del hombre, su hijo.

Esa fascinante alteridad confirma que es proteica y extranjera en la tierra.

Ya desde la época de las cavernas le ha tocado definir patrones, encomiarlos, presentarse como portavoz de la familia y del misterio.

Rutina

Me siento atraída por el pensamiento ajeno, por la vida cotidiana del otro. Me gusta saber qué toman los demás para desayunar. No es la mermelada ni el pan lo que me interesa, sino descubrir el grado de placer que asalta a las personas al hacer frente a la rutina.

Necesito adentrarme por senderos secretos, pero no tan íntimos. Puedo dispensar asuntos de cama, de sexo desenfrenado. Tengo la capacidad de inventar aquello que sucede entre los humanos, aunque me equivoque. Para este fin utilizo los recursos que he acumulado para crear una situación amorosa de carácter clandestino, salvo en el caso de intimidades sórdidas.

Visitar el alma del otro me transforma en una libélula que vuela hacia donde quiere, cual dueña de ciertos rincones. Planeo y me poso en el salón de la vecina y la veo toda arreglada, preparando la mesa, llevando aquí y allá las bandejas con la comida caliente, mientras señala a su compañero su lugar frente a ella. La mujer a la que observo a hurtadillas es diligente, sirve al hombre con esmero y exhibe su capacidad para repartir los bienes de la casa. Apenas oigo lo que dicen mientras comen.

Con cuidado de no ser sorprendida, escucho todas las palabras que puedo. Son triviales, como deben ser. La trivialidad es el tema por excelencia de la humanidad. Nadie aguanta la trascendencia de los días. Lo que se dice debe perecer. Ese matrimonio responde a mi ideal de escritora: intentar averiguar la relación que existe entre el hombre y su propia felicidad. Saber si ha aceptado una alianza con Dios. He aquí una buena trama.

Soy fugaz

Reparto el pan con los demás a menudo. El invierno de los años exige una sopa muy caliente y un abrazo fraternal. Así vale la pena luchar por la vida, aunque sea una vida en harapos, sin una buena provisión de carbón para combatir el frío.

Aunque soy cristiana, soy fugaz, cómplice de un mundo taciturno y falsamente voluptuoso, mientras los demás son eternos.

Observo las tesituras de lo cotidiano, las mallas que tejen su urdimbre, y me asustan los enredos de los hombres. Y, por el rumbo de la historia, intuyo que la gesta que cada uno de nosotros ha engendrado no tendrá una conclusión feliz. Demuestra que lo mejor de nosotros será consumido en vano. Sin embargo, por suerte, la labor del tiempo lima la superficie de la tierra sin desgastarla.

Aun así, quiera Dios, por misericordia, que la ardua supervivencia humana sea un acto inmutable. Nos ha condenado a sobrevivir.

Seres trágicos

Como seres trágicos que somos, tropezamos con la ambigüedad de nuestra condición y con los límites de nuestro lenguaje.

Nuestra conciencia, que se activa con los sentimientos y las injusticias sociales, se verticaliza y se proyecta en su afán de afinar los mil instrumentos capaces de narrar nuestro argumento. Así, el escritor, ante tantos desafíos, ante tantas posibles funciones humanas, se ve obligado a censar la realidad para que nada quede sin registrar, y recorre pasillos, llanuras y subsuelos con el propósito de desarrollar su oficio. Dondequiera que se encuentre, hace estallar el tumor, la luz, el rayo de la comprensión. Y fracasa, como debe ser.

Ser moderna

No me pidan que mencione los escasos favores que me ha concedido la contemporaneidad, pues no me ha dejado vivir en plenitud los rituales arcaicos del mundo helénico, que el cristianismo y la descarada modernidad liquidaron.

Ser moderna puso trabas a algunos de mis anhelos personales. Como la imaginación desabrida, el fervor de ciertos conocimientos que se me escaparon. Antes vislumbraba mundos soterrados, que ahora se desvanecen a causa de estos profetas de lo banal que decretaron el fracaso de lo hermoso.

Con todo, el amor que alimento por los siglos vencidos todavía me protege. Gracias a este vínculo con el pueblo griego y otros, no tengo el menor aprecio por las frivolidades de un mundo privado de la pedagogía de la civilización.

Hoy solo me queda contar con el pan de la misericordia, que, según veo, escasea.

Mi padre

Mi padre me quería. Cuando salíamos, llevaba en el bolsillo recortes doblados, publicados en los periódicos de la colonia española. Y bastaba con que un amigo se aproximara para confesarle la fe que tenía en mí: «Mi hija va a ser una gran escritora».

Manifesté pronto una vocación que consideraba a mi alcance. Quería traducir la vida por medio de aventuras. Surcar océanos, inventar historias en las que yo ocupara un lugar, sortear laderas y abismos, imitar lo que veía en el cine. En fin, una vida cotidiana que merecía ser espléndida. Admiraba a los héroes, esos seres solitarios que llevaban en las alforjas amarradas a la grupa del caballo escasas pertenencias, y masticaban carne seca. Encarnaban una libertad que les daba alas. Eran los Pegaso del Oeste.

Cuando veía al personaje masculino resplandecer en la pradera, afrontando la muerte sin temor, me preguntaba por qué la mujer no era nunca la protagonista, una luchadora con su revólver en la pistolera, cabalgando junto al héroe, dispuesta a salvar la caravana que se dirigía al Oeste norteamericano más próximo al Pacífico. Para que, de este modo, mereciera un lugar honorable en el panteón de la historia.

Hasta que, al fin, entendí que, si pretendía reivindicar una vida a la altura de mis fantasías, debía contaminarme del virus de la libertad. Y jurar ante los dioses que no aceptaría una existencia medrosa.

No obstante, puesto que era consciente de que mi entorno familiar, o cualquiera a quien amara, consideraría mi independencia una amenaza, para ser oída empecé a esgrimir una frase que todavía sigue vigente: «Todos los días alguien nos llama simbólicamente a la puerta para invitarnos a desistir. Nuestro deber es rebatirlo con un rotundo no».

Y es que la precariedad que detectaba a mi alrededor servía para educarme. Me advertía de los riesgos que corría por el simple hecho de reivindicar diferentes formas de vida. A veces me recogía en un rincón, profiriendo interiormente un grito de alerta a fin de ser feliz. Mientras, el dolor estampado en los rostros a mi alrededor me oprimía, recordándome que no era inmune.

Los propios libros de aventuras sugerían que el viaje del ser humano había empezado en las tenebrosas cavernas, cuando el fuego proyectaba siluetas en las paredes, amenazando con la existencia del bien y del mal. Y esto me advertía de que podía zozobrar en cualquier momento. Con todo, la distancia que había entre Vila Isabel y la prehistoria, en medio de crueles lecturas, parecía protegerme. Al fin y al cabo, ¿qué podía significar ese universo para una niña brasileña que solo lidiaba con modestos desafíos de su inquieta imaginación?

Wéstern

El espíritu de la aventura es una constante humana. La vida exige peripecias, y el wéstern nos concede preciosos ingredientes que alimentan nuestra imaginación.

Así, Homero, Heródoto, Virgilio o Cervantes marcan la pauta del drama avasallador que impregna el género norteamericano. Un ejemplo de ello es el personaje de Ethan en la obra maestra *Centauros del desierto*. Al regresar a casa tras la guerra de Secesión, en la que se había refugiado a causa del supuesto amor por su cuñada, toda su familia es asesinada por los comanches. Preso de la desesperación, parte en busca de venganza, a la vez que crece en él el ideal del amor irrealizable. Durante los siete años que dedica a buscar a su sobrina superviviente, acompañado por Martin, un mestizo que rinde absoluta lealtad a su familia adoptiva, Ethan agudiza su rencor y humilla constantemente al muchacho.

La película, un clásico del género, se fundamenta en las raíces griegas, y los matices narrativos anuncian un desenlace trágico: un escenario propicio para que Ethan, que no está de acuerdo con que la sobrina sea la esposa del jefe indio, se disponga a sacrificarla como Agamenón inmoló a Ifigenia.

La expectativa de que la sobrina muera en manos de su tío en cualquier momento domina el film. Lo confirma el sentimiento de justicia bíblica que Ethan encarna; cual dios cruel, su corazón no contempla enmienda posible. Al mismo tiempo, su rencor exaspera nuestro oscilante sentido de la humanidad.

Vencido, sin embargo, por el rayo de amor que le queda, ante el trance de matar a su sobrina, Ethan la toma en brazos y la devuelve a su hogar, después de acabar con los asesinos, renunciando así a una vida doméstica que él nunca tendrá, sabiendo que estará condenado para siempre a una soledad implacable. Este desenlace sentencia al héroe a atravesar el desierto eternamente sin descanso.

El director, John Ford, maestro del wéstern, depositó en John Wayne su ideal de pionero americano desde la escena en que Ringo, en *La diligencia*, con la montura a hombros, solicita al cochero que lo lleve. En la diligencia viajan un sórdido banquero, una púdica embarazada, un médico alcohólico, un caballero sureño (un jugador que ansía redimirse), un pusilánime viajante y Dallas, una prostituta. Un microuniverso representado con tensión. Ringo desequilibra la supuesta paz social de los viajeros precariamente acomodados en sus asientos y desata la guerra entre ellos. Y, así, hace triunfar el arte.

El espejo

Aunque me mire al espejo atenta a un rostro que envejece, mantengo intacta la convicción de que el arte es exigente. Este me quiere joven, hermosa, audaz, dispuesta a renovar el canon, a cuya puerta llamo esperando que me acoja. Gracias a esta fe, el arte y la vida laten en mi interior, y aun cuando soy negligente y me distraigo, purgo aquello que es valioso.

Heme aquí, descendiente de un mundo vasto, cargado de responsabilidades, aflicciones, encantos. Sé que el arte también cuida de los pequeños detalles para rescatar la trayectoria humana. Una historia que, al igual que la mía, adopta subterfugios para no ser transparente. Y es que el arte, que adolece de un carácter mórbido y agónico, está lejos de ser apacible, gentil, pasivo, como quien se deja contemplar en el mismo espejo que lo refleja.

De modo que de nada vale huir de sus tentáculos, fingir que el arte sirve apenas para cortar y limar las uñas sin arañarse la piel. No es así. El arte no tiene piedad.

Arcaico

El misterio es mi pan de cada día. Apenas soy capaz de interpretar el mundo que se desmorona a mi alrededor con la desfachatez de exigir aclaraciones que no me obligo a dar a cualquiera.

A lo sumo, domino la ciudad donde nací. Y eso que ahora son pocas las visitas que hago al corazón profundo de Río de Janeiro. No soy como el amigo Rubem Fonseca, que se jacta de haber pisado cada adoquín de la ciudad y haber gastado la suela de sus zapatos en las calles del centro antiguo cual galgo de rara destreza.

Río se parece a la Atenas de Sócrates. Su ágora son las ferias populares en las que se practica la lengua del pueblo. Entre sus casetas siempre hay un filósofo capacitado para aclarar la psique carioca. En otra época, el epicentro sagrado de la urbe se ubicaba en un lugar preeminente entre los barrios de las afueras y el centro, áreas que cedieron espacio a otras innovaciones. Nosotros, los brasileños, que sabemos manipular con espíritu demoledor, destrozamos a pedazos nuestra historia bajo la creencia de que la verdad poco vale.

Cuando voy a la calle Alfândega, por ejemplo, ya no me oriento como antes. Me resiento por la ciudad que he perdido. Sin embargo, me resulta familiar el olor que me llega a bocanadas. Tal vez proviene de los restaurantes portugueses, españoles, árabes, que solía frecuentar con mi abuelo y, más tarde, con mis amigos. Los conservo en la memoria. La vida es una representación, y somos actores en la inminencia de despedirnos del escenario. Ah, la imaginación es voraz, hay que alimentarla con novedades.

La vida cotidiana

La vida cotidiana inhibe. Es enemiga del artista, es la responsable de agendas obligatorias, del teléfono móvil, de las redes sociales, del trabajo miserable. Sofoca a cualquiera sin contemplaciones. Nuestros restos mortales no le conciernen.

La burocracia de la rutina nos acecha. Devalúa los sentimientos que necesitan libertad para florecer. Y al aprisionar a quienes somos en realidad, sometiéndonos a una repetición sin fin, dificulta el camino del arte. Paraliza las ramificaciones y los desvaríos que afloran en la vida.

Así y todo, para asumir los preceptos implacables de la escritura, aspiro a ser Ícaro, a volar lejos, sin retorno. Cuando me libero de los ruidos, de las intrusiones domésticas, de las exigencias de las instituciones, de las invitaciones malévolas, de cuanto dificulta entregarme a la palabra febril, entonces puedo entablar batalla con los personajes, con las peripecias narrativas, las metáforas que nacen bajo el imperio de la zarza ardiente. Solo así, a lo largo de mi trayectoria artística, he podido sentir la agonía de los momentos imperfectos, la recompensa del soplo divino.

La huida

¿Acaso huir de uno mismo es un acto de sensatez que propicia la salvación, la búsqueda de un mundo que queda lejos de nuestra cercanía? ¿O significa renunciar a los privilegios modestos de la vida? Como mordisquear un pedazo de pan del día antes, dar un beso a quien se ama, acariciar el pelo de un cachorro llamado Gravetinho, parte imperativa de la ciencia del amor. Esos placeres, en fin, que valoramos cuando nos faltan.

Ausulto bien mis entrañas, que son dignas, e intento interpretar las razones por las que a veces me evado no sé adónde, con la ilusión de ceder a lo que mi espíritu de aventura me pide. Al fin y al cabo, ¿es la evasión una huida o una simple manera de seguir las huellas que quizá me lleven a Shangri-La?

¿Es lo mismo que escapar de mí misma, alojarme en otro ser dejando atrás el propio? Pero si es así, ¿quién heredará mis escombros físicos y anímicos, que he domesticado durante años?, ¿quién valorará mis bienes?

¿Acaso mis actos capitulan bajo la presión de mi insensatez? Reconozco que no hay solución para los senderos de la suerte, que no hay pila bautismal donde recibir un nombre, agua bendita y salvación. Y más a sabiendas de que los sentimientos, tráfugas y desatinados, nacen y mueren paganos. Les faltan padrinos que los guíen por los pasajes subterráneos del caos.

Además de mí

Por llevar conmigo la sensación de ser otro, además de mí misma, he adquirido una condición doble. Otro que no identificaba, pero que era una alteridad que me satisfacía. La oportunidad de examinar la experiencia ajena de cerca.

¿Quién no quiere ser el otro, sin perder lo mejor de uno mismo?

Expulsado de su tierra

Expulsado de su tierra natal para atracar en un puerto extranjero, este gallego no traía consigo el blasón de la nobleza que, en cambio, se entregó a los exiliados políticos, a los integrantes de las luchas armadas, tan pronto como desembarcaron en Europa envueltos en un aura de héroes.

Al llegar a Brasil amparado solo en su pobreza, despojado de sus signos de identidad, este inmigrante no despertaba ninguna fascinación. Muy al contrario, lo circundaban la sospecha y el desprecio, que solo podían purificarse con el nacimiento de un hijo.

A mí me tocó ser parte de este contingente de apátridas que enriqueció sobremanera a Brasil. Conocí a los inmigrantes de cerca, en mi casa, en el seno del origen. Sé cómo echaban de menos la tierra que habían dejado atrás. El distanciamiento que implicaba su perdición. Y no se daban cuenta de que, a partir del primer hijo que naciera en Brasil, nunca recuperarían aquella tierra lejana. El llanto sería su consuelo.

Cuando hablo de Daniel, de Amada, de Lino, menciono a cada uno de ellos. Ellos fueron mis precursores. Me enseñaron los fundamentos para moverme en Brasil como mujer, sin miedo a equivocarme. Y fue así porque juraron en mi nombre que el amor y las afinidades que me unían a Brasil ennoblecían mi origen.

Cuando Daniel llegó a Brasil con doce años, me garantizó el legado de la majestad de la lengua portuguesa, gracias a la cual me hice escritora brasileña. Le estoy agradecida; tanto es así que hasta ahora no he tenido el valor suficiente para solicitar la doble nacionalidad española. Le estoy agradecida a ese pueblo gallego que, si bien alardea de pertenecer a Brasil, jamás ha desterrado Galicia de su corazón.

Esos inmigrantes formaban parte, al igual que yo, de las incongruencias humanas. Llevaban en el alma los sinsabores de haber perdido al parecer una patria, y el cometido de tener que conquistar otra: un Brasil reacto al desembarco de extranjeros, al que llegaban para desempeñar trabajos propios de esclavos.

Sufrieron, pero nunca lloraron delante de mí. Yo veía cómo mi padre reaccionaba a las cartas que le enviaban de la aldea. Las olía con la esperanza de que fueran portadoras de la fragancia de su tierra. Tampoco las abría, las guardaba en el bolsillo durante un tiempo que ignoro.

Tal vez actuaba así para protegerse. En su cuerpo había heridas que quería sanar, y quizá de este modo controlaba unas emociones que se habían originado muy lejos, en una aldea llamada Borela. Una geografía que soñaba con poder ofrecer a su hija algún día. Estaba en sus planes que su hija amara su tierra con un fervor que compensara las pérdidas que el exilio le había acarreado.

Cuando el abuelo Daniel perdió un dedo en su primer oficio de carpintero, gracias al cual construiría en el futuro su primer frigorífico, se negó a que lo llevaran al hospital, alegando que la maldita falange ya estaba rota. Jamás mencionó, en todos aquellos años, que un día obraría el milagro de regresar a Galicia para el descanso final.

Eran todos discretos, y se comunicaban entre ellos por medio de símbolos distantes. Una protección a la que yo misma he recurrido y que sospecho que nunca he llegado a abandonar.

Habito entre sus paredes. Camufló sus actos heroicos para no enaltecer en exceso su legado.

Son tantos los recuerdos que conservo de ellos que la memoria me obliga a narrar sus historias, a la vez que pongo en tela de juicio el sentido de la utopía de esos inmigrantes de los que Europa es deudora. Y veo, como retorno, la desconocida línea del horizonte donde se encuentra el proyecto que ellos concretaron.

Carlos V

Somos dementes y atrevidos. Ahora bien, los emperadores superan cualquier medida. Carlos V, por ejemplo, afirmaba que hacía uso del castellano, que había aprendido a los quince años, cuando quería hablar con Dios. Sin haber especificado exactamente en qué parte de su Sacro Imperio situaba a Dios. Si lo tenía a la vera del trono, o si lo mantenía lejos para jamás acatar sus órdenes.

Acostumbrado a gobernar parte del universo, no estaba dispuesto a compartir su poder con nadie. Y si se dirigía a Dios de forma piadosa, el emperador no compartía esa intimidad con nadie, salvo con Isabel, su reina portuguesa, a la que amaba. Ella sabía que él era consciente de la precariedad humana, tal vez incluso de la propia. Y era testigo de que, las noches que ocupaba el lecho conyugal, su esposo era temeroso de Dios. Pues permanecía largo tiempo arrodillado en el refectorio con la cabeza inclinada. No oía lo que decía ni sabía qué lengua utilizaba. Pero sí que quería demostrar a Dios, al menos mediante la oración, que era un pecador como otro cualquiera. No había sido ungido ni llevaba en la cabeza la corona del reino, sino la corona de espinas con la que Jesucristo conociera el dolor lancinante.

Tal vez quien me lea ahora sospeche que el magnífico emperador del mundo, habituado a dominar al enemigo y a vencer resistencias, gritaría a Dios para pedirle u ordenarle lo que fuera, sobre todo en su batalla contra Lutero y los sarracenos. Sin embargo, Dios no accedía a cumplir su voluntad, lo trataba como olvidándose de que era Carlos V, su aliado. Tal vez le dirigiera palabras idénticas a las que destinaba a sus enemigos.

Visité a Carlos V en Yuste, en Cáceres, tierra extremeña entre cuyas muchas delicias debo destacar el jamón de pata negra del cerdo alimentado con bellotas. En el monasterio, donde el emperador se retiró para desmembrar el imperio y repartirlo entre su hijo y sus hermanos, llevaba una vida austera y triste. Abdicó a los cincuenta y siete años, con el cuerpo deteriorado, afligido por los dolores de gota, una enfermedad común entre los reyes. Estaba convencido de que había llegado el momento de prepararse para la muerte. Pero no halló la decisión acertada. A los herederos de la grandeza, del sentido del imperio, les faltó la capacidad de prever que debían ir más allá de las reglas medievales e instaurar un nuevo orden que estaba ya en curso. Pero ¿cuál de sus sucesores cumpliría las condiciones necesarias para poder dejarle en herencia el imperio? Dios y solo Dios habría sido el heredero ideal.

Preparé largamente mi visita. Esperaba sentir el olor que Carlos había dejado en sus aposentos. Alguna señal que me revelara su presencia. Por algo era un personaje al que admiraba, con el que me había familiarizado a través de las lecturas y la imaginación.

Carmen Balcells y Merchê Polo, compañeras de vida, escucharon lo que les contaba sobre el hombre más poderoso de la tierra. Puesto que Carmen estaba acostumbrada a leer las peripecias inventadas por sus autores, quizá pensara que yo exageraba. Sea como fuere, no quiso acompañarme a Yuste. Se quedó en Mérida, donde nos hospedábamos. Merchê me acompañó en coche, y rememoré los detalles del accidentado viaje de Carlos V desde la playa de La Salvé en

Laredo, en la costa cantábrica, donde desembarcó en 1556, hasta la comarca de La Vera donde se ubicaba el monasterio. En el trayecto de quinientos kilómetros que le llevó meses recorrer, se detuvo en diversas localidades para reposar y recibir homenajes, a pesar del dolor intenso que lo atormentó hasta el final de su vida.

A medida que nuestro coche subía la pendiente, me puse en su lugar, imaginando cómo concebiría la muerte alguien que veía el mundo como suyo, que podía hacer lo que quisiera. Y cómo aceptaría que Dios lo condenara a tal destino, como un simple mortal. Pero fue él mismo quien preparó minuciosamente su retirada del poder e indicó en qué catedral se despojaría del manto púrpura y la corona. Él mismo, un dios que renunciaba al mundo a cambio de la promesa de que su Dios lo enviara al cielo.

Así como el viaje del emperador —realizado entre el 28 de septiembre de 1556 y el 5 de febrero de 1557— estuvo lleno de percances, el mío para llegar a él fue ameno. Siendo una mujer moderna, nací sin miedo a las distancias. En catorce horas de avión puedo llegar al otro extremo del mundo. Carlos, en cambio, a caballo, en litera o en calesa, era súbdito del tiempo. De ahí su apego a los relojes, que coleccionaba desde hacía tiempo. Se llevó algunos a Yuste, donde los instaló en un lugar estratégico, sobre una pared ante la cual se sentaba para contemplarlos. Allí pasaba horas en una silla de madera, con la pierna estirada sobre un banco, en una postura que le aliviaba el dolor.

En pleno viaje hacia Yuste, urgido por la necesidad de morir en el monasterio, que sería inhabilitado, y aún bajo el yugo de su condición imperial, Carlos V iba despidiéndose del paisaje español, de las aldeas, de las ciudades, recibiendo las honras debidas. Mientras nosotras, mujeres del pueblo, quedábamos sumidas en la perplejidad histórica.

La fábula

La fábula es inventar, trasladar al exterior lo que uno lleva dentro. Es un legado que redimensiona lo que pensamos. Simboliza el mundo en un afán de sacarlo a la luz.

La fábula conserva la memoria del mundo. Y, aunque la consideremos una representación de nuestra existencia, solo nos narra a medias. No reproduce a la perfección quiénes somos. En el *Libro de horas*, transcribí pedazos propios y ajenos que, en conjunto, forman un mosaico imperfecto, asimétrico. Con el fin de saber si la memoria es el único relato del que disponemos. A pesar de todo, me empeñé en dejar rastros de mi vida en cada página, como quien deja caer en el bosque migas de pan, para orientar a quienes quieran leerme.

Estoy hecha de aventuras, de sentimientos, de la osadía de haber vivido. Del drama, además, de confirmar que cada cual es un individuo rigurosamente singular en medio de la multitud.

Incrusto en el texto detalles de mi vida como quien desentierro Troya para saber si existió de hecho la ciudad de Príamo. La ciudad que desentierro soy yo misma.

Mal de amor

El mal de amor es codiciar la perfección. La tribu humana, que peca de una ambición ilimitada, idealiza el amor, aspira a supervisar el código amoroso y extraer de él resultados favorables.

El nocivo hábito de cazar el amor con impulsos predatorios es milenario. De usar artillería pesada contra quien disputa la misma carne de su deseo. Siempre está dispuesto a envilecer a quien le niegue el beneficio irrenunciable de su orgasmo, que es su corona de laureles.

Creyéndose tan poderoso como el Imperio persa, el amor peca de la creencia de dominar el mundo desde su luminoso albor, cuando, bajo la furia de la apostasía de los sentimientos, predicaba una y otra vez los ideales medievales y soñaba que moría por ellos.

La exaltación amorosa, cuando está a punto de agotarse, llena el vacío que el amor deja con un nuevo amor, enmendando así el antiguo, en un esfuerzo por ahuyentar la dinámica de la muerte. Por eso vale la pena sacrificar ilusiones y pagar a cualquier precio la valiosa osadía de amar.

Mi dios

Mi dios admira la existencia de otros, pero lucha por ser uno solo. Es amo y señor de una matriz que desconozco, reivindica nuestra semejanza, y se enriquece con mi fe.

Lo imagino un ser curioso al que nada se le escapa. Así, ante la turbulenta certidumbre de sus seguidores, que los arrastra a matar en defensa de su teología, este dios sonríe con malicia. ¿Cómo confiaría él en una pernicioso exaltación que ansía demostrar que este dios debe existir?

Y pregunto: ¿con qué ánimo observa el espectáculo humano, el dolor de la decadencia, la caída de quienes vivieron en el paraíso a su costa? Solo yo, que lejos de ser sublime apenas soy bulliciosa y esquiva, me atrevo a suponer que dios fue purificado por mis sueños. Y que, como árbitro que penaliza nuestros errores y nuestra vanidad, proyecta sobre nosotros una luz y una sombra que nos confunden. Pero enseguida reparo en que está en marcha el ritual de la condena que pronto nos cercará, para que miremos más allá de un horizonte redentor.

La urgencia del caos

El sueño es caos. No entiendo su lenguaje, que nubla cualquier posible interpretación. En vano hago un esfuerzo por descifrarlo. Poco sé de lo que creo saber. Paciencia, pues no tengo la necesidad de traducir la vida a pies juntillas. Ni de describir una tierra que no es mía. *Pronto*, como dicen los portugueses.

Llego a la conclusión de que la sustancia onírica, a medida que avanzan las manecillas del reloj, se desvanece y acaba dejando en la memoria detalles imperceptibles. Acaso un pedazo de pan sobre la mesa, un vagón de tren parado en una estación abandonada, un rostro compuesto de facciones que no identifico.

Sinceramente, ignoro dónde he estado. Me he equivocado nada más despertar. He malbaratado valores desde el momento en que me he lavado los dientes. Y no me extraña. ¿Por qué tendría que acertar, si en el afán de descifrar la realidad, de ansiar sumergirnos de nuevo en el sueño, vivimos todos en eterno conflicto? ¿Debo seguir al pie de la letra, casi a ciegas, una realidad que me hace sufrir antes de meterme en la cama?

Muchos creen que en el sueño se asienta la materia que dicta el inconsciente. No tengo la menor idea. Solo sé que de vez en cuando me perturba y me impide descansar. Y eso me hace sospechar que nace de los destrozos de una realidad ingobernable, incapaz de organizarse.

Celos

Somos una red de instantes y circunstancias tejida por hilos invisibles cuya función es conectarnos con la existencia. Esta vida, regida entre el caos y el advenimiento de la esperanza, se somete a la plenitud de los sentimientos asfixiantes.

Los celos, entre tantos otros, son un veneno. Cuando surgen, nos asaltan, nos desorientan sin explicaciones. Su efecto es contagioso, se reproducen en nuestro cuerpo y nuestra alma como una metástasis, y perduran mientras la pasión nos va despojando de las corazas sociales, haciéndonos creer que no tenemos nada que perder salvo el objeto amado.

Para muchos, la desenfrenada manifestación de los celos enriquece el amor. Se ama más cuando se dan muestras propias de un bandolero. Y más aún si estas se alían con la violencia, la sutileza y el arrebatado, condiciones contra las cuales no hay protección.

En su invencible camino hacia la destrucción, los celos son el origen de actos inexplicables y superan un límite en el que ya no hay defensa posible.

Otelo mató sin piedad.

Los pedazos del corazón

¿Cómo juntar con los dedos y las fibras del corazón esos pedazos de vidrio que, aunque se rechacen entre sí, forman un mosaico de Ravello? Esa obra de arte cuya imperfección se acentúa cuando se observa de cerca, pero que de lejos conforma un conjunto inigualable. Esa superficie cromática capaz de revelar en su aspereza, a pesar del paso del tiempo, la historia que el artista quiso imprimir en el mosaico.

¿Acaso no sucede así con ciertas verdades que supuestamente habitan en el corazón? Son amargas, contundentes, pero pueden contener la pulpa de la fruta colorida expuesta en el mercado de la Boquería en Barcelona. Pero ¿qué digo? ¿Por qué comparar lo incomparable? Y es que la superficie arenosa del mosaico no impidió la construcción de un arte soberbio. Así como nuestra idiosincrasia no impide que nos manifestemos hasta el punto de revelar un corazón con cierta dulzura cuando proclama que ama.

¿Acaso la vida es de carácter intransferible? ¿O es verdad que la flecha, cuando se dispara desde el rincón más oscuro y fibroso del corazón, termina hiriendo el pecho donde pretendía alojarse amorosamente? ¿Qué más decir sin extenderse sobre los preceptos de la vida?

Vila Isabel

Nací en Vila Isabel. Durante mucho tiempo, mi barrio fue mi feudo espiritual. Incluso después de mudarnos a Copacabana íbamos a casa de los abuelos todas las semanas para reencontrar las raíces familiares.

La cultura popular del barrio me hizo bien. Me incitó a cruzar las calles para averiguar qué había al otro lado. Pues el mundo existía y dejaba huellas para que yo descubriera sus alegrías y sus horrores.

La vida de mi madre me emocionaba. Como cuando supe que ella, Carmen, siendo muy joven, por miedo a perder a su hija que se negaba a comer y vomitaba a menudo, me llevó a la carnicería de la calle Pereira Nunes para pesarme en la balanza que usaban para la carne. Moviada por la superstición, pero sobre todo por la fe, pues actuando así libraría a su hija de una operación prescrita por el médico, la prepararía para la vida si la ayudaba a ganar peso.

La sucesión de los hechos, basados en las experiencias familiares y del barrio, me llevó hasta Rádio Nacional, en la plaza Mauá. A coger el ascensor y sentarme en el auditorio del programa de César de Alencar, que tenía una sección que me encantaba, llamada «Romário, o homem dicionário», protagonizada por él mismo. Me deslumbraba el programa *Trem da Alegria* con el Trio de Ouro, cada artista más esbelto que el otro, con asiento reservado en el teatro Carlos Gomes y el patrocinio de la zapatería Cedofeita. Antes de instalarnos en el auditorio, siempre abarrotado, teníamos que sortear el torbellino de vendedores ambulantes, brasileños en tránsito, concentrados en la plaza Tiradentes, cuyo hechizo nos fascinaba a todos.

Vestidos con trajes modestos, aquellos brasileños buscaban la felicidad en las inmediaciones, donde predominaba el pecado; querían reír y llorar como yo aún no había aprendido a hacer. Indiferentes a sus escasas monedas, no parecían temer el desenlace que la vida les reservaba. Al igual que yo, todos con un paladar en perfecta armonía, se detenían delante de las bandejas gobernadas por las bahianas, que vendían, a modo de perritos calientes, bocadillos de longaniza frita aderezados con una generosa mezcla de cebolla, tomate, pimiento verde y hasta salsa muy picante para quien quisiera.

Este aprendizaje aguzó mi sensibilidad. Me ayudó a seguir con interés los pasos de los habitantes de la calle Dona Mariana, en Botafogo, donde residíamos. Precoz en lecturas, dominaba una extensa lista de brasileños eminentes, algunos de los cuales eran vecinos nuestros. Avivaba la curiosidad viendo pasar a las hermanas Batista, unas cantantes populares cuya casa estaba casi pegada a la de Alceu Amoroso Lima, intelectual que tenía por seudónimo Tristão de Athayde y que me incitaba a ponerme en la puerta de casa los domingos, cuando él pasaba con el misal en la mano, de camino a la iglesia Santo Inácio para la misa de diez.

Acompañé con atención al hijo del cantante Francisco Alves, al que su madre protegía siempre por miedo a que fuera víctima de una sociedad prejuiciosa que en aquella época tachaba de bastardos a los nacidos fuera del vínculo matrimonial. Un joven cuyo hermoso rostro reproducía las facciones de un padre que, según se decía, jamás lo reconoció. Una práctica adoptada por

hombres sin sentido moral.

Y otros tantos delirios que viví hasta que nos fuimos de Botafogo para instalarnos en Leblon. Sin dejar nunca de obedecer las instrucciones de la vida, que me impulsaba a acariciar sus límites.

Santa Fe

Europa, bajo cualquier ángulo que se presente, es tan distinta de Brasil que me pregunto a veces por qué me entrego con tal fervor a su civilización, si tal vez me falte envidia para entenderla profundamente.

¿Acaso no debería vivir más en consonancia con lo que nosotros, los brasileños, podemos ser? O quizás, por seguir las sendas de la ficción, que es una construcción engañosa capaz de amoldarse a Homero y a Cervantes, da lo mismo transferir pedazos de un continente a otro, y suplir, con tal recurso, las carencias de cualquiera de ellos.

Hoy, en la luminosa terraza que da al jardín, al huerto, al pomar de Carmen y Luis en Santa Fe, me he puesto, como de costumbre, delante de los bustos de Adriano y Trajano, los emperadores hispanos. Desde mi posición, bien situada, veo las hordas de visigodos, suevos, celtas y romanos desfilando en el límite del horizonte, legiones hambrientas que alimentan mi imaginación.

Al recordar desde Río esas mañanas en Cataluña en que aspiraba el polen de las flores plantadas en las macetas que tenía a la vista y que nunca me asfixiaban, me devuelven a Carmen y Luis resucitados, eternos como las efigies de los emperadores romanos del jardín. Mucho más amados que ellos.

La creencia humana

Dios me ha acompañado desde la cuna. Se trata de una tradición familiar que me hacía creer que Él era parte de mi genealogía. Me acomodé a esta herencia y me alimenté de su pan, que considerábamos sagrado. No sentía que Dios fuera una carga, sino que me permitía mejorar. Mejoraba a la mujer y a la escritora.

El concepto de Dios siempre ha desconcertado la imaginación humana. Ha hecho creer al hombre que la perfección divina, pudiendo ser una máquina intocable, es una elaboración humana. Encarna las profecías que los llamados padres del desierto cumplieron mediante un ritual amoroso.

Confrontada desde la infancia con la efigie de Dios, a veces me siento al margen de la realidad cotidiana, incapaz de conjugar la perfección de Dios con los avasalladores límites de la humanidad. ¿Cómo pensar que el ser humano creó a Dios y, aun así, se sumió en la sangrienta crueldad?

Al fin y al cabo, ¿qué posibilidades tenemos nosotros, extranjeros y afligidos en la tierra, de alcanzar un día el ronco lamento de la felicidad que debiera asociarse a Dios? ¿Y cómo podremos, habitantes de la patria del alma, hundir nuestras manos febriles en su regazo?, ¿disfrutar de un sentimiento del que el cuerpo ya no puede prescindir una vez que lo ha sentido? Esa misma melancolía me llevó a envidiar a Teresa de Jesús, la señora de Ávila, que decidió levitar para comprender mejor las amarguras de su época.

Así pues, ante la verdad de Dios, que raramente me duele, me acomodo en la casa vecina y sopeso las dimensiones del espacio y el tiempo que me ha tocado vivir. Es poco, o mucho, según la ambición de agotar el discurso que me defina ante este Dios del que ahora hablo.

Entonces pienso que los árboles, los arroyos, las cabañas, los animales, los peregrinos, los niños, los ancianos y los aventureros resumen la historia de un milenio. Así, soy el milenio de la historia. Soy la historia entera, que no puede ser contada sin mi ayuda. Cada cual es un argumento imprescindible de la humanidad. Para que la historia de Dios solo pueda ser narrada con nuestro leal testimonio.

La apariencia estoica, narrativa, de cada persona indica que nos conviene prepararnos para el juicio final. Cuando en realidad vivimos ante un tribunal que nos juzga, libre para hacernos acatar sus diversas sentencias.

Después del crepúsculo llega el amanecer, que traduce el soberbio instante de un instinto perfecto que contrasta con el absurdo desperdicio de nuestras esperanzas.

Hechos de barro

Sé que no estamos hechos solo de barro y sudor. Seguramente no acabaremos como un leve suspiro.

Cruels como somos, merecemos el fracaso. Nuestros viles intereses exceden aquello de lo que la humanidad carece para sobrevivir.

¿Acaso los pasos que damos en dirección al progreso nos aseguran que nos dirigimos al paraíso? ¿Y que el alma dice que acertamos?

¿Habrá habido momentos en la historia en los que se proyectó un haz de luz y tuvo lugar la perfección?

He aquí la razón de mi nostalgia.

Laberinto

El laberinto que tengo ante mí es perturbador. Los pasillos se estrechan y la luz es débil. No hay ningún ser viviente que vaya a salvar a esta dama de grandes dotes escolásticas. Tal vez mi clamor sea violento para los demás, que querrían abandonarme a la deriva.

Pero sé que en pocos instantes, como por milagro, me libraré de esta fantasía. Al final el laberinto no es más que una llamada de socorro. No he dudado en llamar a Ariadna, y ella me ha lanzado el hilo salvador. Me ha prestado su energía para poder seguir escribiendo después de la experiencia. Y así, una vez liberada de esta feroz condena, regreso a los peligros del día a día.

Espero de Ariadna este gesto fraternal que se extiende por todo mi ser hasta el punto de iluminar la naturaleza de los sentimientos, de reducir a mi modestia asuntos de la civilización. La escucho con la sensación de que su hilo me aparta del destierro mortal. Tengo todo el tiempo del mundo para conquistar el laberinto en su compañía.

Pan duro

Las historias son como el pan duro. Cuanto más tiempo permanece en la despensa, o en la memoria, mejor se presta a convertirse en torrija.

Solo que la memoria es engañosa. Se conserva bien en alcohol, pero se evapora con los años. Es una brisa fugaz que no permanece. Es natural, pues, que las frases que nos dicta la memoria sean imperfectas, aun cuando las pulimos todas las mañanas.

Por lo tanto, no vale la pena aspirar a que la memoria roce la perfección. Aquella insiste en demostrarnos que nada olvida. Y que, de tanto decorarse, acaba fingiendo para competir con la vida que no tuvo. E inquietándose por no abocarnos automáticamente al descrédito de ser considerada una sabia postiza.

¿Cuántos años más me quedan?, pregunto de pronto a la memoria que todo finge saber.

Irradiaciones

Sufrí la invasión de Irak como si la patria de mi espíritu hubiera padecido un daño irreparable. Sufrí los actos de violencia y el hambre de esos años como si en casa me faltaran pan y solidaridad, y en especial la caridad paulina que, habiendo cruzado Asia Menor, puso rumbo a las Américas, donde habito.

En verano

En verano, en el parque das Águas de São Lourenço, mi padre y yo rodeábamos el lago cercado de bambúes. Me hablaba del continente que había al otro lado del mar, haciéndome creer que en breve me llevaría a conocer Borela, la aldea que describía con tanta pasión, en cuanto yo le preguntaba por qué lo habían expulsado de sus fronteras. Le concedía atención, pero también me preguntaba por qué debía sentir una punzada de inquietud solo porque mi padre hubiera abandonado la seguridad de su patria.

Durante la temporada que pasábamos en el sur de Minas Gerais, afinaba el paladar y las sensaciones con las compotas, los dulces que llegaban en cajitas, los quesos, la mantequilla Miramar, el caldo de gallina, las aguas minerales de la fuente de Vichy, los nuevos amigos y los libros que mi padre me prestaba.

Al ir hoy al pabellón en el centro del parque he recordado, tantos años después, un pabellón de caza similar que visité en Mayerling, muy cerca de Viena, donde el archiduque Rodolfo, hijo de Sissi y el emperador Francisco José, fue hallado muerto junto a su amante la baronesa María Vetsera, tras suicidarse o ser asesinados. Solo que, en vez de encontrarme en São Lourenço con los cuerpos de los amantes tendidos en la alfombra, he recorrido los tenderetes que venden recuerdos, caramelos, cañas de dulce de leche y carretes de foto con los que congelar instantes de felicidad.

A la hora del almuerzo, en aquellos días de vacaciones, iba al encuentro de la familia, que esperaba sentada en un banco, al abrigo de la pérgola situada en el sendero más transitado del parque. Con el beneplácito de mis padres y mis abuelos, filtraba las emociones, los besaba sin despedazar mis propios sentimientos. Algo me decía que no tenía por qué avergonzarme de los principios que la familia y la vida estaban inculcando en mí. Aprendía a ser parte de un pueblo que, al abandonar sus aldeas, había corrido el riesgo de perder pedazos del alma y llorar su propia muerte. Pero tenía que aceptar mi origen con emoción.

La ciudad

Desde pequeña me dejé arrastrar por lo arcaico, por el misterio incrustado en los laberintos de las calles de Río de Janeiro, con entradas y salidas sin indicaciones claras. Es una ciudad que, a pesar del sol y las playas, no siempre me orienta ni me dice dónde estoy. Por sus callejuelas me muevo con la euforia que da el placer del cuerpo, del carnaval, del cancionero popular. Y hasta los dulces de coco y las empanadas que venden en los puestos las bahianas viejas.

El casco urbano de Río de Janeiro no atiende a interpretaciones, y burla con ironía las teorías. Sus atajos, tanto en el centro, en la calle de Ouvidor, como en el fascinante barrio de Madureira o en la favela de Maré, propician que los habitantes que viven aglomerados alcen el vaso de cerveza helada a modo de brindis.

Ahora bien, el paisaje abstrae a todos. No incita a que los pedantes especialistas divulguen sus teorías perniciosas como única versión del territorio de Río de Janeiro. O a que impongan al pueblo qué es y qué no es la realidad. Porque así actúan estos próceres, administradores de la tierra, desde la fundación mítica de la polis.

La ciudad me cuestiona a menudo, a pesar de su modernidad acelerada. Me pregunto si aún subsistirá en el viejo centro de Río el arte de adivinar, como en el pasado, cuando mis amigos y yo visitábamos a las echadoras de cartas. ¿Se recurrirá al oráculo de Delfos? ¿Es posible que en algún barrio de la periferia doña Nadir, que le leía el futuro a Clarice, reciba a los que acuden a consultarla como si fuera Calcas, Casandra o un Tiresias moderno? ¿Seguirá siendo una réplica de los adivinos que vaticinaban para los reyes y héroes los hitos del porvenir, y de los que nadie prescindía?

En Río de Janeiro las predicciones se hacen en la playa y en los bares. Cada cual, con su particular aire de embustero, opina sobre el futuro, confiando en que la fortuna lo acompañe.

Personalmente, no tengo a quien recurrir. Excepto a la palomita del Espíritu Santo que me regalaron y que me protege. No la abrumo con demasiados ruegos, ni le pido favores vanos. La palomita se anticipa, intuye lo que necesito para prolongar mis días. Pero confieso que aprecio vivir sin ataduras míticas.

Graduación

Mi evolución literaria fue fecunda y perturbadora. Al empezar a crear bajo el impulso de la imaginación, llamé a todas las puertas, visité todos los corazones, llevada unas veces por el miedo y la emoción, y otras por el deseo de descubrir los artificios de un oficio salpicado de ilusiones.

Siempre he sido una escritora empeñada en revelar el misterioso enigma humano. Había que cavar en los estratos de la existencia humana por medio del arte y contar con que cada libro fuera didáctico, y me educara para la siguiente creación.

El submundo de la palabra, con su deslumbrante corolario, me ayudó a sacralizar y a desacralizar la literatura. Me guio por la vida, haciéndome crecer, suspirar, llorar, reír, sin que hubiera margen para el arrepentimiento.

Avanzaba por las grietas profundas de lo impronunciable a través de la literatura. Por los secretos senderos que me enseñaban a distinguir entre el esplendor de la juventud y el abatimiento de la vejez. Mi corazón se sobresaltaba ante un personaje que sangraba ante mí sin que yo le prestara ayuda. Y todo gracias a la lectura, que me rodeaba de frutos, permitiéndome disfrutar de la emoción y el tedio, los motores de la historia que leía. Como si así adquiriera una inmortalidad temporal.

Mi ser

Mi ser disfruta de cuanto hago. Es decir, de las marcas que me oprimen y de las que me salvan y permiten refugiarme en las creencias humanistas. E incluso en la fe religiosa reforzada en el seno de la familia, en la escuela, en los libros, en el pensamiento de Pablo, en el Sermón de la Montaña, en los Padres del Desierto, en mis errores, en mis pecados, en los ojos que se dilatan al confirmar que nuestra carne es, a pesar de la lujuria, una consagración de la primavera, una fuente de misterio.

Pienso en mis sospechas y las extiendo. Sé también que me protejo con la materia que emana del arte, de su apogeo inicuo y poderoso, cuyo hilo inicial, acaso un simple soplo, y por lo tanto un embrión del sueño, nos llevó a ascender a alturas reservadas otrora a seres alados.

También reconozco, y me complace, que como miembro de la tribu pago a la moral vigente los costes que exige el humanismo, sin el cual la barbarie prosperaría. ¿Y qué más decir cuando no sé qué añadir?

La travesía

Muere alguien de mi casa. Un difunto que no significa nada para los demás. El mundo no es solidario con mi pérdida. No reacciona mientras yo derramo lágrimas. Los visitantes lamentan mi dolor a cada instante, pero luego me dan un pañuelo de batista con el que secar el llanto, dejándome claro que la pena es mía.

Y aun insinúan que, si el muerto es parte de mis posesiones, vele por mis despojos. Y de nada sirve rasgarme las vestiduras para demostrar a los presentes la legitimidad de mi padecimiento. Siempre pueden pensar que no soy más que una plañidera que descende de las tradiciones arcaicas, y cuya función consiste en desempeñar un papel que no debe faltar en un entierro de esta categoría. Hay que plañir, derramar lágrimas que justifiquen la vida de aquel que se ha ido para siempre.

No vale que yo les diga, para que se apiaden, que soy el último miembro de una familia que ya se ha despedido del todo en pocos años. Soy aquella que será inmolada en la mesa de la cocina con el cuchillo de trinchar el pollo, una vez asado. Sé que el luto será imperativo, que hay que ahuyentar provisionalmente la vida social, vestirse de negro, color que, por cierto, me sienta bien.

Sin embargo, soy contraria a los santos que se benefician del martirio, no nací para el sufrimiento, ni siquiera bajo la promesa del reino de los cielos. Por leves que sean las penas, no las quiero. Nada empaña el brillo natural de la vida.

Al fin y al cabo, la visión cósmica que me llega del difunto del que ahora me despido es un dolor real, pero no está por encima de mis ansias de sobrevivir.

Determinismo

Hace mucho que me entregué a la labor de desafiar el determinismo de mi época y de mi propia palabra. Soy consciente de la fragilidad de mi futuro, y tejo obedeciendo a las irregularidades humanas, a un sistema lingüístico que se deja afectar y fragmentar por las realidades a las que trató de recurrir.

Las estanterías de casa

Recuerdo muy bien que las estanterías de la casa de la vecina de Botafogo estaban llenas de objetos. Debía de llevar tiempo observar cada pieza y saber si eran simplemente decorativas o tenían un uso práctico. Yo no me atrevía a preguntar. Temía herir los sentimientos de la señora, que debía de padecer la nostalgia de vivir lejos de su tierra.

Supe que era del noreste, y la familia, despojada del campo del interior, víctima de la sequía, se había trasladado a Río. Una mujer con talento que preparaba unos dulces exquisitos. Al parecer, apreciaba que en mis visitas yo demostrara tanto interés por lo que exponía en la estantería. Se dio cuenta de que era una adolescente sensible, dispuesta a amar el mundo. Un día me prometió que me contaría detalles de su historia y de los objetos, recuerdos de épocas pasadas. Pero nunca tuvimos tiempo de hacerlo. Poco después nos mudamos a Leblon, antes de cumplir yo los quince años.

En torno a nuestra casa de la calle Dona Mariana, en Botafogo, había árboles bajo cuya sombra yo me eternizaba, me volvía heroica. Como tal, me instalaba en alguna rama robusta y allí me pasaba horas leyendo. Alternaba la rama con una tienda hecha de sábanas que levantaba en el patio, bajo la mirada protectora de mi madre. Me sentía la dueña del mundo, y era unas veces Tarzán y otras Nyoka. Tarzán no hablaba, y la inglesa Jane le cedía vocablos; y Nyoka, la aventurera de la serie, mostraba una audacia jamás vista en una mujer.

Solían atraerme criaturas singulares que, indiferentes a los límites, iban más allá de las fronteras de lo imaginario. Para mí eran referentes, fingía ser ellas. Así, cruzaba el patio montada en el palo de la escoba, a la manera de un jinete alado, que me transportaba a las Montañas Rocosas. El animal relinchaba, pues sabía que yo era una entusiasta de los peligros, de las peripecias, de cuanto se volvía una ventaja.

Yo me enfrentaba feliz a los obstáculos inherentes a la condición de aventurero. Siempre bajo la vigilancia de mi madre, que, sin querer dejarme a merced de mi propia suerte, no me perdía de vista. Se consideraba a sí misma el escudo que exigía a su hija una educación esmerada, por encima de la media. Ignoro, no obstante, qué clase de juramento aceptó en mi favor, cuando me llevó a la iglesia de Santo Afonso y me cedió a la Virgen del Perpetuo Socorro como ahijada. Ni siquiera de adulta le pregunté nunca qué le había pedido a la santa a cambio de alguna parte de su ser. Pero sé que recurría a la Virgen en momentos difíciles. Recuerdo vagamente cuando se apeó del tren en São Lourenço, adonde su familia ya había llegado hacía unos días, y fuimos a buscarla a la estación: me abrazó emocionada, insinuando que la Virgen la había salvado de la amenaza de un tumor maligno. Y es que, a escondidas de mi padre, y acompañada por su hermana, se había sometido a una cirugía que demostró que no tenía cáncer. Y atribuía el hecho a la intervención de su protectora, a quien había pedido que la salvara para poder cuidar de su hija, todavía pequeña.

Puesto que velaba por mi formación, me llevaba a exposiciones y al teatro, me hacía ver el valor de la oratoria, tan en auge en Brasil por entonces. Me impresionaba cualquiera que hablara con corrección, que fuera capaz de conjugar palabra y pensamiento. Pese a no ser una intelectual,

los intereses de mi madre ponían de manifiesto su inteligencia. Una vez me preguntó si habría preferido ser hija de Cecília Meireles, y noté su alivio al asegurarle que no la habría cambiado ni por todos los sabios de Sion.

Era diligente. Hacía milagros con la economía doméstica. Cuidaba de la mesa con esmero. Refiné mi paladar cotidiano con sus platos. Era comida sencilla, pero que preparaba para que yo conociera el legado de la tradición familiar de todos los tiempos. Al *feijão* se sucedían otros manjares bañados en aceite de oliva. Se guiaba por el amor a la familia, y con su varita mágica, también traía a casa la cultura española. Las fuentes llegaban humeantes a la mesa. Eran parte de su orgullo, de su elegancia.

En nuestro hogar no había lujos. La vida se me antojaba ordenada, un reflejo de la forma de ser de una mujer obstinada y fina, de gestos discretos, de inteligencia aguda.

Y así fue mi madre hasta los ochenta y cinco años, cuando nos despedimos.

Eloísa

Eloísa aprendió a vivir sin Abelardo aunque se vieran a diario. No se tocaban, no intercambiaban palabras, sino cartas apasionadas. Eran vecinos. Ella vivía encerrada en las dependencias de la abadía del Paraclet, de la cual acabó siendo abadesa hasta el día que murió, pocos años después que Abelardo. Y él residía en la escuela en la que se instaló para estar a su lado.

Con todo, la palabra escrita que ella depositaba diariamente en la correspondencia con Abelardo la consolaba. Y cuando la designaron priora, su voz se volvió audible para la comunidad religiosa. Entregada al servicio de Dios, confiaba en la eternidad que Abelardo encarnaba y cuya existencia había afirmado.

Tal vez en el convento recordara la vida en París, en casa de su tío, cuando sucumbió a los encantos de Abelardo, que previamente, ya desde el estrado, ya desde la calle, seducía a sus alumnos de la Sorbona con demostraciones públicas sobre la carne y el espíritu. Y al entregarse a hurtadillas al sacerdote, bajo los efectos del amor arrollador, el seductor amante de piel translúcida e incandescente descendía exultante la ladera de Sainte-Geneviève. Abelardo era superior en el amor y la oratoria, y siempre lo seguía un cortejo de estudiantes, entre los cuales repartía su palabra, aunque siempre anhelando el próximo encuentro con Eloísa.

El talento de Abelardo desconcertó a la Iglesia francesa. Así como su arrogancia, que hizo de él un insensato. La poderosa elocuencia, alimentada por la presunción de ser imbatible en el debate teológico, despertó iras, envidias entre los miembros del clero, y una exaltación incondicional entre los jóvenes. Y, en compensación, despertó el amor de Eloísa.

Pese a ser un hombre del siglo XII, convencía a los demás de que Dios, ante sus conocimientos, no era un misterio, ni siquiera un enigma teológico. Desde la tribuna, ante la multitud que lo escuchaba, derribaba los argumentos que lo asaltaban con el destal de la palabra maldita.

Hasta ese momento, la vida había sido generosa con él. Lo recompensaba con delicias carnales, y su alma era prisionera de los furores que le brindaba la cama. Para Abelardo, el placer era casi dionisiaco, por citar a los griegos. Eloísa también le concedía su gozo y su fulgurante inteligencia, y además evitaba elogiar su grado de conocimiento, acaso para no despertar su ira.

Entonces el tío de Eloísa, que envidiaba su oratoria y los excesos sexuales, selló el destino del monje con una mutilación que, si bien no mató a Abelardo por fuera, lo aniquiló por dentro. Este acto macabro revirtió la suerte de los amantes. La de Eloísa, servidora de su tío, y la de Abelardo, que aceptó con egoísmo la sumisión intelectual de su amante, que, a pesar de todo, no dejó de elogiar su genialidad.

Gracias al castigo de su tío, ambos obtuvieron a cambio la consideración de la Iglesia, que al reconocer en los textos de ambos las maravillas del espíritu humano los proclamó beatos, guardianes de la religión. Y se los consideraba, en aquella época, como una suerte de celebridades del medievo.

Viajar con limosna

Cuando viajo, a veces adopto un aire circunspecto. Obligo a que me tomen en serio, a que piensen que soy una mujer respetuosa, abierta a la cultura. No quiero que me crean capaz de acusar a nadie de repente de haber sido bárbaro en el pasado, y solo recientemente haberse convertido en guardián de la civilización y del patrón monetario dictado por los acuerdos de Bretton Woods.

No soy una intrusa, indiferente a las delicias de la predominante comida francesa, incapaz de adivinar en qué cazuela de barro o de hierro, en qué tipo de fogón, si eléctrico o de leña, puede determinado plato alcanzar el punto perfecto de cocción.

Tampoco me salen bien las cosas siempre. En esos intentos, hago acopio de fuerzas y tolero tentativas, pero no desisto. Cuando me ponen a prueba, como hacía mi madre con gusto y orgullo, pierdo. Sobre todo, no acepto que me reprobren por ser de Brasil, un país al que no suele atribuirse un estándar ideal. Pero ¿qué saben ellos de nosotros? ¿Acaso tienen presente que nuestro mestizaje inauguró una nueva manera de entender la carne pigmentada del ser humano en todo su esplendor?

Pero ¿qué se le va a hacer? Vaya adonde vaya, seré extranjera. Echo las raíces de mis costumbres en la soledad de la habitación del hotel. Y cuando contradigo normas cosmopolitas, en desacuerdo con sus estatutos, apoyándome en la historia que, en general, conozco mejor que ellos, pues he leído a los griegos y a todos sus sucesores, les transmito conceptos de nuestro pueblo, a mi juicio inaugurales y de los que ellos carecen, para disfrutar mejor de sus franquicias culturales cristalizadas a lo largo de los siglos.

Y, por favor, no se olviden de que esta brasileña que soy les devuelve, ampliadas, las voces pedagógicas de las Américas.

Todo lo que sé

Todo lo que creo saber repercute en mi cuerpo. El cuerpo es la antena de la raza. Los remanentes y lo esencial atraviesan mi físico como una flecha, vencen mis poros. Su carácter fundamental es incuestionable, aunque supongo que habrá quien afirme en un tono burlón que el cuerpo es un gráfico, un párrafo, un punto y coma. Una versión esquemática de aquello que es carne y hueso.

Esta carne nuestra, que es la propia vida, tiene el don de morir, de matar, de sufrir, de amar, de reproducirse, de carcajearse, y hasta de adaptarse a las guerras y las enfermedades, a aquello que, de tan inédito, no estaba previsto, e incluso nos concede la clave de la supervivencia.

Amar el cuerpo no es mera contingencia. Es el deber de emocionarse ante un niño tendido en la cuna a la espera de la leche materna. Es reconocer que el cuerpo amado en la cama, presto a retribuirnos con delicias amorosas, es una fuente de atracción.

Vayamos por donde vayamos, un cortejo de cuerpos nos acompaña. Alguno será heroico, al menos habrá soñado con Hércules y los doce trabajos. He visto a otros en un pesebre, en un púlpito, en la silla de un barbero, en una sepultura, o envueltos en una mortaja. Ahora bien, todos ellos tenían el cometido de responder por el transcurso de la civilización.

¿Acaso no será el cuerpo el milagro que da cobijo al alma, a quien admite en su seno? ¿Acaso no propicia la alteridad de los sentimientos con el propósito de proporcionarle abrigo? ¿Tanto que, para merecer esa misma alma que viene de visita, la carne filtra sus impurezas? ¿Se vuelve un santuario que se deshace de aquello que no sirve? Sabe, por lo tanto, que adolece cuando el alma padece.

Razón de vivir

Escribo con la esperanza de que la narración no me abandone jamás, de que esté en todas partes. Espero que, como compañera de jornada, irradie los caprichos humanos, los intersticios del misterio, y frecuente los puntos cardinales de mi existencia.

Escribo porque la palabra me causa desasosiego, afina los mil instrumentos de la vida. Y porque, para narrar, dependo de mi creencia en la mortalidad. En la fe de que un argumento provoca el llanto. Sobre todo cuando, en medio de la exaltación narrativa, anuncia amores contrariados, despedidas dolorosas, sentimientos ambiguos, destituidos de lógica.

Escribo, pues, para conseguir un salvoconducto con el que circular por el laberinto humano.

El sol del mediodía

Doy los buenos días a quien me saluda. El sol brilla a mediodía y me ofusca. Me hace pensar que cierto mito se obstina en vivir en mi casa. No me ha dicho su nombre, pero me ha asegurado que es de origen griego. Como si su insolencia me consolara.

Por la noche, como un fantasma, ronda los rincones de la casa, pero respeta mi cuarto, que cierro con llave por las dudas.

Me pregunto si sabrá más de la vida que yo, que lo inventé. ¿O circula entre los de la casa con un desafecto que se opone a la aburrida vida cotidiana de todos nosotros?

Lo he echado. He disuelto la fantasía.

Política

Cada país es el mundo, tiene una psique universal. Con todo, en la actualidad es gobernado por políticos provincianos, desprovistos de grandeza. Y cuya práctica procede de un ágora promiscua que pone la mira en desgovernar el país en nombre de sus intereses. En nuestros días escasean estadistas capaces de interpretar el ansia popular y de anticiparse a los sueños colectivos que aún se están formando. Son unos pobres diablos revestidos de falsa magia.

El senador

Cuando leía los periódicos al volver de la escuela, tenía el planeta a mi alcance. Me preocupaba observar cómo la interpretación de las noticias variaba según el diario. Aprendí lo esperanzador que resultaba rebelarme contra la información que insistían en imponerme. Era emocionante constatar el modo en que los hechos retrataban el disparate humano. La vida urbana y rural. Las personas que sucumbían a la desmesura, a la *hibris* griega.

Antes de que el padre le dijera a su hija a la hora del almuerzo que el mundo había sobrevivido un día más, yo me anticipaba. Le contaba algo que pudiera interesarle. Lo desafiaba todos los días, y ganaba.

Él se quejaba a su esposa, pero con el gesto alegre. Ambos se enorgullecían de que su hija saltara de la cama con la sensación de haberse perdido ya la mitad de cuanto le había sucedido a la humanidad. Lo cierto es que, gracias al periodismo, yo reconocía en la calle a las figuras públicas. Renovaba mi amor por Brasil siempre que identificaba a los ilustres brasileños.

En una ocasión, estando mi padre en la larga cola del cine Rian de Copacabana, antes de la proyección de una película americana, vi en la otra punta al senador Alencastro Guimarães, un hombre guapo al que conocía por la prensa. Insuflada por el entusiasmo de mis catorce años, no vacilé un instante. Pedí a mi padre que comprara tres entradas más, aparte de las nuestras, para el senador y su familia. No pensé en el gasto que suponía la adquisición, solo en que, dadas las circunstancias, no podía hacerse otra cosa.

Hoy me doy cuenta de que tenía un padre magnífico. Con exquisita elegancia, adquirió las entradas sin mencionar el coste. Con ellas en la mano, me dirigí al senador, que apenas si podía creer el gesto de la niña que tenía delante, y dio las gracias a mi padre visiblemente conmovido.

En la época previa a la prueba de acceso a la universidad, elegí estudiar periodismo, movida por el deseo de participar activamente en la vida cotidiana de la cual cierta sofisticación intelectual me apartaba. Puesto que tenía una sólida formación humanista para mi edad, pensé que me iría bien popularizar mis conocimientos exponiéndome a la crudeza que aportaba el periodismo. Tenía que arrojarme a la hoguera humana, sabiendo de antemano que mi destino era incorporar esta vivencia a la literatura.

Todavía hoy me alegro de haber tomado ese camino, que al ayudarme a entender mejor Brasil y el mundo reforzó los puntales de mi creación.

Dios

El mundo del teatro, que frecuenté asiduamente, fue para mí el escenario de una iniciación que hizo brotar emociones y el espíritu de la fe. Un hogar donde, en medio de intensos descubrimientos, soñaba ocasionalmente con Dios. Un Dios que actuaba en silencio, cuando le hablaba, como si yo fuera Sara, esposa de Abraham.

Su mutismo, sin embargo, fue beneficioso. Expresó confianza en mi conciencia y debió de reconocer que nuestras humanidades eran distintas. De modo que la carta de emancipación que me concedí fortaleció mi fe.

Por otro lado, Dios me había seguido desde el primer llanto. Formaba parte de la genealogía familiar. Una herencia que nunca fue una carga. Al contrario, no solo no acabó con mi impulso vital, sino que amplió mi horizonte, y proyectó luz sobre los vacíos impositivos de la vida cotidiana. Sin anular las excelencias de mi vida privada, de la audacia estética que apliqué a mis primeras tentativas literarias, de los enigmas de la creación, del valor narrativo de despedazar la escritura ajena, de entender la colisión que había entre todos y dar inicio muy pronto a mi jornada amorosa. También me brindó la certeza de ser un modelo imperfecto. La réplica de un prototipo propicio a equivocarse, que luchaba por recuperar las partes que me faltaban.

Acoger a Dios en una época de tanta turbulencia benefició a la joven y a la escritora. Permitted establecer con Él una complicidad que acrecentó mi fe en las acciones humanas. A su vez, desde la infancia conté con una imaginación panteísta, habitada por dioses, por hombres que, por el hecho de vivir en los siglos III y IV, cuando aún se tenía la libertad de ser pagano y cristiano al mismo tiempo, pudieron instaurar símbolos y conceptos innovadores.

Una aventura, con todo, que no me privó de seguir las huellas monoteístas, de admirar a profetas y santos exaltados, de relegar los rituales que se oponían al fulgor de la carne, de la luminosa lujuria, que repudiaban la condición humana. Y que, al aborrecer nuestro ser, contradecían la perfección del portentoso aparato de Dios.

Este recorrido intelectual suscitó el sentimiento nómada de clamar por el derecho a armar tiendas en el desierto del Sáhara, o en el salón de casa. Mientras me revelaba contra un Dios que estaba dispuesto a cancelar mis sueños. Lo cual no me impidió aceptar que los demás proclamaran de qué estaba hecha una hija de Dios incendiaria y antidogmática como yo.

Yo seguía pensando con condescendencia cómo era posible que Dios, habiendo sido ideado a partir de las carencias humanas, hubiese aceptado asociar su efigie a nuestra imperfección. ¿Acaso había sido la única manera de seguir siendo el Dios de los hombres?

Yo escuchaba con atención a mi abuela Amada decir que el ser humano podía conjugar la perfección que se atribuía a Dios con los avasalladores límites de nuestra humanidad. Porque, si el hombre había engendrado el esbozo de Dios, lo había hecho naturalmente a su propia imagen.

Nunca me dolió pensar en Dios. Al contrario, su soledad cósmica me conmovía. Dejé mis posesiones a su sombra y aprendí a aceptar al prójimo, a medir las dimensiones del tiempo y el

espacio en las que me había tocado vivir. A probar la sal de las lágrimas que agotan la exégesis humana. A comprender que, cuando Dios decretó el fracaso de la sintaxis de los seres humanos, ya no formaba parte de mi discurso.

La vida, sin embargo, me regaló dones valiosos. Deshizo el nudo de la iconoclastia que a veces afloraba en mi espíritu. Me enseñó a hacer uso del libre albedrío, del ejercicio de conciencia, de las ilusiones del mundo. Del placer que, cuando se exorbita, no abandona los códigos que dicta mi humanismo. No permitió que una oveja descarriada fuera juzgada.

Siempre he ensalzado la libertad que exigió lo mejor de mí, y que debí de obtener de la leche materna. Un alimento cuya elevada proporción de cariño y pedagogía me introdujo a la vida y los principios familiares procedentes de las aldeas gallegas.

Valores que, una vez inculcados, me dieron escaso margen para contestar o rectificar nada. Y que, si bien contenían la marca de la permanencia, me indujeron a modernizarlos, a dar una nueva interpretación a sus postulados. Sin que por ello revocara la visión redentora de Jesucristo en la cruz, apología esencial de mi cristianismo.

Pronto prescindí de filósofos y teólogos, aunque los leyera con concentración y rigor, para confirmar que el arte y la creación son la suma de los aciertos y los errores de la utopía humana. Y que el error es el inductor de posibles correcciones. Pese a estar todos nosotros sujetos a las trampas de los días y de la memoria deshilachada, nacemos para soñar lo imposible. Así pues, ningún sabio ha tenido que reforzar mi creencia en la humanidad. Así es, soy deudora de los humildes, de los peregrinos, de los anacoretas del desierto, del siglo IV. De los gestos y las palabras procedentes del apostolado de Dios, que son indicadores de la frecuencia civilizatoria de mi corazón. De los seres que reverberan a mi lado y representan la historia de la humanidad. Y que, en su esplendor, resumen la trama del milenio.

En este momento pongo en tela de juicio el proyecto de Dios que empalidece las quimeras humanas. Y me prevengo de las divagaciones metafísicas. Me pregunto qué posibilidades tenemos nosotros, extranjeros y afligidos, de sumergirnos en el seno de Dios en nombre de la esperanza.

Y aunque somos indiferentes a la urdimbre diaria que teje epílogos no siempre esperanzadores, sucumbimos al sueño de una eternidad benevolente. Bajo el cuidado de un asombro que consume muchas veces lo mejor de nosotros.

Zona clara

El misterio circula por una zona clara y oscura. Ya se deja desvelar, ya se reviste de velos. Ni Salomé, en plena furia erótica, sería capaz de rasgar los velos del misterio.

La sociedad, hoy a nuestro alcance, banaliza lo cotidiano y las relaciones amorosas. Pierde las porciones de misterio sin las cuales la conciencia de lo sagrado se desvanece. En la inmediatez contemporánea, la vida se desboca sin el menor registro de Tucídides.

Falta quien se resista a lo inmediato y haga elogio del tiempo. Y confiese saber lo que ocurrió en el pasado, no tan lejano, por ejemplo del siglo XX. Y divulgue ese conocimiento frente a los distraídos, servidores de la moda fugaz.

Pero ¿qué debe ofrecerse para que así sea? Para ello es necesario que, cuando alguien visite una casa ajena, el anfitrión lo reciba con honores, en bandeja.

Vale afirmar que somos hijos del misterio y, por lo tanto, jamás estamos al alcance de la cuchilla del verdugo.

El caballero

Me encontré a aquel amigo tuyo en la esquina. Fingió no verme, confiando en mi ceguera, la de quien vive perdida en las sentencias.

Miré hacia el lado contrario para evitar que nuestras miradas se cruzaran. Me pareció cohibido. Al fin y al cabo, me recordaba a ti. Era como si estuvieras allí, en mi lugar.

Pero como solicito la presencia del mundo mientras pueda soportarlo, y sigo observando cómo vive el ser humano, me dejé observar. Él no ha cambiado, desde luego, pero ha envejecido. Solo le faltaba, para completar el atuendo y seguir siendo el mismo hombre, el bastón y el bombín. Ambos complementos le habrían concedido cierta apariencia de aristócrata rico.

Pero lo siento mucho, amiga, no me convence. Terminaré esta nota diciéndote que le falta envergadura como hombre.

Venganza

La poesía miente, como es menester. En cuanto al deseo, puede ser sórdido e imperialista; cuando se enreda con la poesía, adquiere un aura poética. Se cree con derecho a comprometerse con la vida. Y en su curso de agua, a traicionar al siguiente, a devorarle las entrañas, a deshacer el objeto de deseo cuando lo crea oportuno.

En nombre de la prosperidad de la carne, se sacia en el lecho, en los prados, en los cines de barrio, donde se consagran los lirios del campo.

En su exaltación, el deseo deja a la vista de todos aquello que debería quedar al abrigo del capullo. Pero ¿por qué demonios un desconocido cualquiera tiene el poder de dominar el código de mi intimidad?

No respondo. Intuyo que la mirada ajena es un puñal cuya hoja siega la pasión. Ese arrebató que parece de prisa, junto con el deseo, cuando se traslada a otro enemigo.

Marcas iconográficas

Observo las circunstancias históricas que vinculan las culturas brasileña y española, de las cuales derivo como mujer y escritora. Y sé que España participa de la psique brasileña, pues ha estado presente en nuestra trayectoria, compuesta de mil hilos narrativos. Y hasta tal extremo es así que resulta difícil rastrear sus influencias, desmenuzar aquello que propició alianzas recónditas o visibles entre ambos países.

Es necesario recordar que, con la trágica muerte del rey don Sebastião en la costa africana, que sumió Portugal en un profundo estado de melancolía, Felipe II se convirtió en dueño de Brasil a partir de 1580. Puesto que disponía de la bula papal que acreditaba sus derechos dinásticos, a lo largo de sesenta años fue el señor de aquellas tierras de ultramar de la Unión Ibérica.

Pese a tanto poder, la flora y fauna inusitadas de aquel país no interesaron al monarca. Vivía encerrado en los aposentos de El Escorial, de modo que la luz de los trópicos no le decía nada, no le apetecía ver de cerca aquellas tierras exóticas. No obstante, su aparente indiferencia no se tradujo en una visión política distraída. Muy al contrario, el soberano estaba al corriente de los trastornos que podían acarrear las intervenciones radicales en la colonia brasileña, y evitó cancelar los decretos portugueses de imponer a los nativos el español como lengua oficial.

El hijo de Carlos V mantuvo a las autoridades brasileñas y portuguesas al frente de la administración, sin interferir en decisiones que pudieran perjudicar la normalidad jurídica vigente. Estas y otras iniciativas no solo establecieron vínculos afectivos con sus súbditos, lo cual permitió que más tarde los españoles colaboraran con Brasil en las desembocaduras del río de la Plata, sino que también facilitaron la expansión de tierras que acabó tomando cuerpo con las Bandeiras, expediciones consideradas auténticas epopeyas nacionales. Dirigidas por hombres intrépidos que actuaban con flagrante desacato al Tratado de Tordesillas, ampliaron las fronteras brasileñas bajo el pretexto inicial de buscar piedras preciosas y, en especial, esmeraldas.

Solo mencionaré, en estas consideraciones, la figura mítica del canario José de Anchieta, el jesuita que, entre otras hazañas históricas, se ocupó de crear los registros poéticos de los indios en las lenguas lusa, castellana y tupí-guaraní. Considerado el primer escritor brasileño, Anchieta insufló a aquellos silvícolas patrios una concepción estética original. Y aceleró una unión lingüística e histórica que, al reforzar el repertorio brasileño, amplió sus fundamentos civilizatorios.

Así pues, como hija de estas fusiones de sangre y lengua, siento que estoy rodeada de marcas iconográficas procedentes de todas las latitudes, en especial de Brasil y de la península ibérica. Por consiguiente, soy alguien que se identifica con una materia cultural corrompida que, así y todo, me asegura un mestizaje propicio. Alguien, pues, celoso de su crónica personal, que traduce como si fuera la historia de su propia génesis. Un origen que viene de lejos, que ha pasado por encima de etnias bárbaras hasta asentarse y remansarse en la península ibérica. Para que yo pudiera guardar en mí trazos visibles y secretos.

Memoria involuntaria

La memoria tiende a fracasar. Como náufraga que soy, me agarro a los maderos del barco que suben a la superficie. Y remo entre los escombros con temeridad.

Pese a todo, conservo conmigo, como valor primordial e inagotable, los aromas, los sabores, el filete a la milanesa de la tía Maíta, la vaca Malhada a la que atribuyo, ahora desde la distancia, una dimensión mítica.

Pese a todo, reacciono apropiándome de la memoria ajena que el mundo exhibe. De este modo, no me someto a su loco arbitrio. A veces recurro a ella con pena. Entonces le susurro que me vuelva a ceder aquellos instantes beatíficos en que fui feliz.

Siempre Machado

La imaginación brasileña alberga cualquier cosa. Nuestro ardor tropical deshace las filigranas europeas que son incompatibles con la lujuria desenfrenada y sin sutileza de nuestra gente.

Después de Proust, pienso en Machado de Assis y reflexiono sobre sus inclinaciones más recónditas. Me pregunto cómo lograría el milagro de conciliar el refinamiento en nuestro país. Además de otros azares estéticos que adquieren relevancia a medida que escasean los genios.

En cualquier caso, hijos como somos de su espíritu, raramente seguimos sus dictámenes. Temo que no haya dejado seguidores. Y me pregunto si la culpa es nuestra. ¿Quién nos manda tener una pasión desmedida por la carne?

Ventajas utópicas

La perfección es un objetivo humano. Con esa intuición, Tomás Moro escribió su *Utopía*, que devino en clave fundacional a partir del Renacimiento. Una obra sobrecargada de ideales libertarios, de sueños colectivos, de cultura civil, un plato de lentejas, en fin, que en vez de asegurarnos la primogenitura bíblica nos garantizó la ilusión de un estado benevolente, de que la felicidad estaba al alcance de todos si se aplicaban prácticas idealizadas, inspiradas en la isla de Utopía.

Se trata de una narración en la que Tomás Moro, como personaje él mismo, cuestiona la sociedad bajo un prisma filosófico, recogiendo a la par los puntos de vista de los otros dos protagonistas del diálogo, Egidio y Hitlodeo. Este último elogia los pilares de la república de Utopía, frente a las miserias de la Inglaterra de Enrique VIII.

Aunque Hitlodeo se caracteriza por su arrogancia intelectual, es un crédulo. Con sus teorías sociales y políticas, pretende convencer a su anfitrión y narrador de las ventajas derivadas de la abolición de la propiedad, la convivencia comunitaria, la fidelidad conyugal y el consumo mínimo. Para ello le describe la forma en que la isla de Utopía, bajo la aplicación de unas normas rígidas, ha sido capaz de vivir de manera igualitaria, protegiéndose de los intrusos que corrompían la célula familiar y social y obedeciendo a los jueces titulados del país. En fin, un pueblo que, si bien recluso, supo asimilar en el pasado el pensamiento griego al que se adaptaba.

Tomás Moro permite que el protagonista, deseoso de vencer, de anticiparse a sus oponentes, se exceda en revelar las intimidades secretas de la isla en lo referente a teología y humanismo; que desmenuce la crueldad, la voluptuosidad y los percances humanos. Hitlodeo, sin embargo, siempre correcto, modera la voracidad y el autoritarismo en el centro de la narración, mientras Tomás Moro finge no formar parte de una retórica que simula ser altruista.

La alegoría que propone el narrador guarda semejanzas con el cristianismo que Tomás Moro profesó hasta el extremo de haber sacrificado su vida por defender sus principios. Pese a todo, siglos después, sus ideales sufrieron una maligna erosión, tuvieron una repercusión degenerativa. Como resultado, su sueño colectivo yace ahora a los pies de un individualismo feroz, de un cinismo compulsivo. Estos conceptos utópicos, distanciados de una semántica colectiva, están a punto de trivializarse y se han convertido en meras aspiraciones mundanas y utilitarias. Y «utopía» ha pasado a ser un vocablo que ni siquiera expresa el concepto moral e ideológico de antaño.

Al final del relato, Hitlodeo aguarda las reflexiones del pensador inglés, que, sin embargo, propone una pausa antes de la cena. No por ello sin sentirse, por fuerza de su arte de pensar, sobre el filo de la navaja, dispuesto a abrirse a nuevas perspectivas para una humanidad flagelada por el dolor y por una dudosa modernidad. Y cierra el libro con esta frase: «Más que esperar nada, aspiro».

Centenario del nacimiento

Si estuviera viva, Olivia Carmen Cuiñas Piñon cumpliría cien años de vida el próximo 30 de septiembre. Cuando dejó a su hija, su familia y sus amigos en noviembre de 1998 concluyó, airosa y digna, el camino de su vida. Mientras vivió, respondió por las normas civilizadas de su casa, ayudó a su hija a mejorar el arte de la vida cotidiana y de la narrativa, practicó el bien, creyó en las personas. Aún hoy sabemos que la lección de su legado no se ha agotado. Su recuerdo perdura en aquellos que la conocieron y la admiraron. Son viñetas preciosas. Su hija la amará siempre.

Soledad

Forjadas por la soledad, las palabras carecen del mundo que les aporta la luminosidad del filtro poético.

La lengua que hoy susurro me vino de la cuna, del seno materno. Yo miraba a mi madre y agradecía su abundante generosidad. Intuía que las sílabas, las letras, la acumulación de murmullos verbales procedían de las sustancias de Deméter, madre de la tierra.

El portugués, que derivó del galaico-portugués, cruzó el Miño de Tui a Braga, para asegurar la doble nacionalidad lingüística. De la tierra de mi padre y del suelo de la lengua. Galicia y Portugal. Con este idioma digo lo que tengo que decir. Y hasta aprendo lo que no sé.

Me doy cuenta de que doy pie a la imprudencia cuando emito sonidos, que son palabras. No importa si hablo con Dios en esta lengua, justamente porque no me responde. No soy Abraham, sino una simple Sara.

Carlos V, siendo aún Carlos I, desembarcó en España con quince años, de camino a Tordesillas, para robarle el trono a su madre, Juana la Loca. Cuando aprendió castellano, decidió que sería la lengua adecuada para conversar con Dios. Y así fue hasta el día que murió en el monasterio de Yuste.

Sin embargo, cualquier lengua es eficaz, sirve para atender las necesidades del ser humano. Los grandes clásicos como Homero, Cervantes, Shakespeare, Dante, Camões, Goethe, y tantos otros, alcanzaron la plenitud de sus lenguas gracias a los recursos que les ofrecían sus idiomas.

Querido Gravetinho

Gravetinho ha muerto en la madrugada de este jueves, 5 de julio de 2017. Hacía frío y lo abracé, pidiéndole que no me dejara. Esperó a que yo llegara para despedirse de una vida en común, compartida a lo largo de once años.

Le repetí varias veces que no me dejara. Le imploré, sí, que se quedara conmigo. Él me importaba más que los triunfos literarios, que ciertos bienes que no me conceden reconocimiento alguno. Yo ya sabía que el amor lo es todo. Él significaba tanto. Era la alegría de la casa.

Ante su último aliento, proclamo mi amor por él. Le agradezco infinitamente que haya aceptado mi devoción por él. Que me haya enseñado que amar a un cachorro como él significa ensalzar la vida, agradecer la vida, situarse en el seno del corazón que hace que seamos quienes somos.

Te quiero, Gravetinho. Criatura que permanecerá conmigo para siempre. Honraré este amor con el lenguaje de los hombres que aprendiste a traducir. Pues seguramente usabas palabras humanas con tus ladridos. Y mejor que cualquiera de nosotros.

Adiós, mi querido animalito.

Vuelve la gran escritora brasileña de las últimas décadas y Premio Príncipe de Asturias.

«Literatura pura, auténtica, íntegra, hecha a partir del amor a la palabra, a la vocación, al arte, a la belleza y a la creación.»

Mario Vargas Llosa



«Soy mujer, brasileña, escritora, cosmopolita, aldeana, un ser de todas partes, de todos los puertos.»

Una furtiva lágrima es el diario luminoso, íntimo y singular de una de las escritoras más importantes de la literatura latinoamericana. En este *collage* impresionista, formado por las reflexiones y los retazos más lúcidos de una inteligencia imparable, Nélida Piñon compone un autorretrato de su historia personal, de su familia y de sus

raíces.

Las meditaciones en torno a la literatura, el oficio de la escritura, la lengua portuguesa o la historia universal se mezclan de modo natural con un análisis de sí misma, de su condición de mujer, de su condición de escritora y de brasileña. Esta riqueza de enfoques y tentativas son, en el fondo, vías de acceso a una personalidad única y diversa; al fin y al cabo, la propia Nélida Piñon afirma sobre sí misma: «Soy múltiple».

La crítica ha dicho...

«Referencia absoluta de la literatura brasileña actual, escritora carismática y comprometida con la voz de Iberoamérica.»

María Luisa Blanco, *El País*

«Una de las protagonistas más relevantes y originales de la cultura brasileña, que nunca duda en participar en todas las formas de lucha.»

Le Monde

«La magia de Nélida Piñon consiste en unir imaginación y compasión, para dar a sus personajes y sus lectores —una piel con la misma temperatura que la de ellos—.»

Carlos Fuentes

«Literatura de primerísima calidad. La dimensión amazónica de la imaginación de Nélida Piñon eleva a la autora a la categoría de genio.»

Publishers Weekly

«Con la fuerza de su imaginación, tiene la capacidad de expresar literariamente los sueños de todo Brasil e incluso de toda la gran familia latinoamericana.»

The New York Times Book Review

«Nélida Piñon no solo es una de las más grandes escritoras en lengua portuguesa de su tiempo sino una de las más relevantes en el panorama internacional.»

Mercedes Monmany, *ABC*

«Tan actual y universal que no tiene nada que envidiar a la obra de autores como John Banville, Philip Roth y Paul Auster, que también fueron galardonados con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.»

Jonatan Silva, *Paraná Online*

«Piñon es una escritora de pulmones poderosos e imaginación desbordante que ha creado una literatura apegada a las pasiones y todo menos aséptica.»

La Vanguardia

Sobre la autora

Nélida Piñon (Río de Janeiro, 1937) es hija de padres españoles y licenciada en Periodismo. Es miembro de la Academia Brasileña de las Letras —y la primera mujer en presidirla— y de la Academia de Filosofía de Brasil. Ha sido profesora invitada en universidades como Harvard, Columbia y Georgetown. Entre sus obras destacan las novelas *Fundador* (1969, Premio Walmap), *La dulce canción de Cayetana* (Premio José Geraldo Vieira a la mejor novela de 1987), *La república de los sueños* (Alfaguara, 1999, 2005, 2013; galardonada con el Premio de la Asociación de Críticos de Arte de São Paulo y Premio Pen Club), *Voces del desierto* (Alfaguara, 2005; Premio Jabuti) y *La camisa del marido* (Alfaguara, 2015). Además es autora de los libros de ensayos y memorias *Aprendiz de Homero* (Alfaguara, 2008; Premio Casa de las Américas), *Corazón andariego* (Alfaguara, 2009) y *Libro de horas* (Alfaguara, 2013). Su obra, traducida en más de veinte países, ha recibido numerosos galardones literarios, entre los que destacan, además de los ya mencionados, el Premio Gabriela Mistral en Chile, el Premio Jorge Isaacs en Colombia, el Premio Rosalía de Castro en España, el Premio Internacional de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo en 1995, el Premio Internacional Menéndez Pelayo en 2003, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 2005, el Premio Women Together en 2006 y el Premio El Ojo Crítico Iberoamericano en 2014. Ha sido nombrada doctora *honoris causa* por diferentes universidades y, en 2012, Embajadora Iberoamericana de la Cultura. *Una furtiva lágrima* es su última obra hasta el momento.

© 2019, Nélica Piñon
© 2019, Roser Vilagrassa, por la traducción
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3839-9

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Cubierta inspirada en la edición brasileña de editora Record

Imagen de cubierta: © Oxygen / Getty Images

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Una furtiva lágrima](#)

[Dedicatoria](#)

[Soy diversa](#)

[Mi oficio](#)

[Sentencia](#)

[Estrellas y quimeras](#)

[Padre y madre](#)

[Estatuto del amor](#)

[La belleza](#)

[La tragedia](#)

[Soy aldeana](#)

[Abraham y Sara](#)

[Galicia](#)

[Suzy](#)

[El verano wagneriano](#)

[Desde la cuna](#)

[Una zapatilla roja](#)

[Resumen](#)

[Palabras al viento](#)

[El siglo XVI](#)

[La medida del hogar](#)

[Las suelas gastadas](#)

[Junto al fuego](#)

[La primera vida](#)

[Artemisa](#)

[En la llanura](#)

[Prueba de amor](#)

[Allí estaban las líneas del horizonte](#)

[Soy una mujer brasileña](#)

[Amuleto](#)

[Carta a Lygia](#)

[Mis quimeras](#)

[Leonor y Carlos](#)

[El Eclesiastés](#)

[Eran tan felices](#)

[Panteísta](#)

[El paisaje](#)

[La civilización del mundo](#)

[Velázquez y el papa](#)

[La eternidad](#)

[Una fecha](#)
[La escritura infantil](#)
[La intriga](#)
[Las pequeñas utopías](#)
[Pablo el predicador](#)
[Viajero](#)
[La cocina y el lar](#)
[Persistir](#)
[LFT](#)
[La ceremonia de la lengua, la moral del arte](#)
[El ángel de cobre](#)
[El signo del placer](#)
[Natália](#)
[Nélida](#)
[Suma de aciertos](#)
[Catedrales](#)
[Un plato de lentejas](#)
[Ritual amoroso](#)
[La mujer de la Biblia](#)
[Allá donde fuera](#)
[Epicuro](#)
[Sola](#)
[Somos forzosamente pragmáticos](#)
[Un refugio](#)
[Quién sabe](#)
[La indolencia](#)
[Siempre la sangre](#)
[Afrânio Coutinho](#)
[Emoción punzante](#)
[Las ensoñaciones](#)
[La historia de la soledad](#)
[Destino](#)
[Sueños](#)
[La carga del viaje](#)
[El rostro de Dios](#)
[Sopeso](#)
[Los ojos](#)
[Despertar](#)
[Avanzo por la creación](#)
[El poder del cuerpo](#)
[Mi pueblo](#)
[El arte no peca](#)
[Al caer la noche](#)
[Los mitos amigos](#)
[Ética](#)

[Inconformidad](#)
[Una nación](#)
[Las corrientes del cariño](#)
[El piadoso convento](#)
[Amo las ciudades](#)
[Mi universo](#)
[Río, de Brasil](#)
[Inmersión](#)
[Víctimas del tiempo](#)
[Viaje inaugural](#)
[El país que yo quise](#)
[Hago un carnaval de mis sentimientos](#)
[Rutina](#)
[Soy fugaz](#)
[Seres trágicos](#)
[Ser moderna](#)
[Mi padre](#)
[Wéstern](#)
[El espejo](#)
[Arcaico](#)
[La vida cotidiana](#)
[La huida](#)
[Además de mí](#)
[Expulsado de su tierra](#)
[Carlos V](#)
[La fábula](#)
[Mal de amor](#)
[Mi dios](#)
[La urgencia del caos](#)
[Celos](#)
[Los pedazos del corazón](#)
[Vila Isabel](#)
[Santa Fe](#)
[La creencia humana](#)
[Hechos de barro](#)
[Laberinto](#)
[Pan duro](#)
[Irradiaciones](#)
[En verano](#)
[La ciudad](#)
[Graduación](#)
[Mi ser](#)
[La travesía](#)
[Determinismo](#)
[Las estanterías de casa](#)

[Eloísa](#)

[Viajar con limosna](#)

[Todo lo que sé](#)

[Razón de vivir](#)

[El sol del mediodía](#)

[Política](#)

[El senador](#)

[Dios](#)

[Zona clara](#)

[El caballero](#)

[Venganza](#)

[Marcas iconográficas](#)

[Memoria involuntaria](#)

[Siempre Machado](#)

[Ventajas utópicas](#)

[Centenario del nacimiento](#)

[Soledad](#)

[Querido Gravetinho](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)